ANA CRIADO

ANTES DEL FIN DEL MUNDO



Multiverso

ANA CRIADO

ANTES DEL FIN DEL MUNDO



ANTES DEL FIN DEL MUNDO

Ana Criado

Antes del fin del mundo

Portada: Acrílico sobre lienzo
Obra de Rosana Ara
ISBN: 979-839-693-128-2
Depósito legal: CA 310-2023
Printed in Spain
Primera edición: Mayo, 2023

www.multiversoeditorial.com

DUPLICADOS

I

Aún no había empezado a desmantelarse el mundo. Todo parecía casi igual que antes. Hasta la playa, que en aquel tiempo fronterizo de invierno pretropical estaba vacía, sin huellas de pasos en la arena, como un paño de nieve recién caída. Una playa lista para estrenar, con todos sus encantos primigenios: la soledad, insospechada a esas alturas del siglo; el silencio, pautado por el incesante retumbo de la ciudad a lo lejos y por el contrapunto de unas palmeras escuálidas batidas por la brisa; las nubes formando en filas ordenadas ante el acantilado rojizo, como brotando de una fábrica de vapor; el Atlántico, enfrente, como una puerta abierta; algunos aguaceros a veces, las gotas de lluvia punzantes y finas clavándose en la carne como descargas de electricidad... La naturaleza, en suma. O lo que de ella quedaba. Y nadie, casi nunca. Algún recién llegado, reconocible por su aspecto lechoso y extraviado, remangándose a la que salta; algún vagamundo cargando sus fardos a la espalda. Rara vez alguien más.

Fue allí, en la anémica playa invernal, en esa playa con nombre de santa, donde Maelis Salem conoció a Max Ventura en el sol tangente de las 17 horas. En ese fin de los tiempos todavía estaba permitido el acceso a la costa, pero pocos se atrevían a disfrutar de esa licencia. Y en realidad, pensándolo bien, resultaba comprensible. Los raros eran ellos, que no se tomaban muy en serio las veladas advertencias del Gobierno civil.

Coincidieron varios días, porque era imposible no coincidir en una playa desierta. Ella bañaba en el mar algún desengaño menor. Él iba a veces acompañado por mujeres, siempre diferentes, siempre de una en una, con las que parecía compartir algún afecto, pero no dejaba de mirarla desde su palmera. Yo Tarzán tú Jane. Cuando pasaba él, ella canturreaba: *“Tu cuerpo impenitente de viento errante...”,* el último *hit* de Julius Kitsch, *“tus mentiras mentirosas de chocolate amargo y tu inssissiva lengua de periquito conversador...”* Pero aquel Max aún inédito se limitaba a sonreír con unos dientes muy blancos. Hasta que una tarde vino solo y la abordó con un pretexto que a nadie le importó que fuera inconsistente.

Era 29 de diciembre y había tiempo de sur. La calima borraba los relieves, el resol oblicuo alargaba las sombras de las palmeras espectrales, y al caer la tarde Max acercó los labios al oído de Maelis y dijo: “Ya me sé tu boca de memoria”. Ella se dejó domesticar por la suave amenaza de su respiración, a pesar de que el aire silbaba entre sus dientes, los mismos con los que luego la mordería.

Porque, para Max, Maelis Salem resultaba mordible: tenía los labios rifeños y consentidos, labios azules de bereber, los ojos relucientes como pipas de níspero, y unas areolas cobrizas que le recordaban a las antiguas monedas de cincuenta céntimos, según decía él.

Encajaron tan bien que no tardaron mucho en anidar en una habitación prestada. Ponían sábanas limpias sobre la cama ajena que olía a otros cuerpos, y se amaban de amor milenario, él un poco caribe y ella vagamente sahel, olvidados de que por las rendijas de la persiana se filtraba un resplandor turbio de muy mal agüero. Afuera, mientras tanto, el viento del sur cargado de partículas azotaba retazos de aire denso, contaminado de hedores a humanidad.

El primer día, siempre lo recordaban riéndose, Maelis se sacó de la manga un paquete de preservavidas. Max extrajo uno de su envoltorio y empezó a probarlo, por si eran de reciclaje:

—¿Sabes poner globos con la boca?

—No, pero los sé quitar a mordiscos.

Pero los preservavidas estaban todos picados.

—¿De qué te ríes? No te rías, que no tiene gracia—, ella mohína.

Y él:

—Los podíamos revender en el mercado negro.

Max Ventura tenía una inusual facilidad para levitar y no se tomaba nada en serio, a pesar de la urgencia ciega de la biología. A Maelis no le gustaba nada la mezcla de géneros: ¿cómo podían emulsionar la ironía o la risa con los sagrados óleos del amor? Pero Max lo contaminaba todo con su volátil levedad y ella lo seguía de lejos, como la barquilla de su globo aerostático, consciente del peso plomizo de sus pensamientos.

Y así pasó otro año, y ellos encontraron su celdita propia en una de aquellas colmenas, y se atortolinaron. Eso decía Max, al menos. Tal vez era que se estaban volviendo sabios, sin necesidad de interpretar ninguno de los papeles exigidos por la fauna palabrera de su generación. Poco a poco fundieron sus dos pasados en un único presente, y dedicaron los ratos de ocio a ensayar posturas ancestrales, algunas de ellas bastante incómodas por cierto. Max elaboraba magistrales fórmulas de cosquillas y caricias, haciendo el recuento de vértebras, dedos, pecas y vellos:

—Te voy a leer las líneas del pie... A ver, a veeer... Aquí pone que no vas a ir a la playa esta semana... Y aquí... Mmmm, no se lee muy bien... Ah sí, aquí pone que tienes sueño.

—¿Y en el pie izquierdo?

—En el pie izquierdo son las líneas eróticas, que son gratuitas.

Y cuando él tenía turno de vuelo y estaba varios días fuera, Maelis seguía su rastro por la casa, olfateaba su ropa usada, que conservaba la huella de humores y posturas, y se ponía su albornoz, y dormía en

su lado de la cama. Y al regreso de él, le desabrochaba la camisa y rastreaba los residuos de ozono, *echo charly,* los posos de niebla, *tango foxtrot november,* buscando esa alarmante mezcla de perfume y transpiración, "estate quieta, que aún no me he duchado", pero a ella le gustaba ese olor privado, caliente, a sudor, a cuerpo recobrado. Era una toma de posesión glandular.

En realidad, a Maelis Salem siempre le había gustado la exhalación de los cuerpos: creía que los olores son únicos e intransferibles, mucho más personales que una huella dactilar. Pero aunque el olor de Max había que cogerlo a traición, porque él tenía un gusto desmedido por baños, remojos y afeites, ya a ella la habían hechizado, además de su campo olfativo, la imparcial serenidad de su carácter, su humor elíptico y su capacidad para descifrarla.

"Me gusta el olor de los rincones del cuerpo. Es un olor íntimo, doméstico, de tienda de campaña debajo del edredón cuando hace frío afuera, de ruinas de un desodorante gastado, de perfume ensartado en las mallas del tejido como una garba de algas en una red de deriva. Me gusta mi olor y me gusta su olor. Penetro en su olor como en un bosque denso y oscuro. Tengo que rogarle para que me deje penetrar en su bosque perfumado. Negociamos. Accede a dejarme olfatear si yo lo resuelvo a él de la forma que a él más le gusta. Coser y cantar, en cinco minutos lo dejo listo, varado en Exámeron, y yo me voy con mi dosis de bálsamo en el almacén donde se almacenan los placeres, que debe de estar entre la piamadre y el alma."

En un universo lleno de líneas divisorias, y sin embargo cada vez más borroso y más incierto, acabaron siendo el uno para el otro un remanso. No acotado, porque Max era el mediano de una familia numerosa, y entraba y salía de las cosas y de las personas como si tuvieran puertas giratorias, con la misma facilidad con que aterrizaba y despegaba su avión, irisado como un caballito del diablo. Pero sí cifrado. Diáfano, pero codificado.

Y así pasaron dos, cinco, diez meses o años. Maelis y Max habían construido ya un refugio seguro de gestos, de palabras y de silencios. A veces se quedaban callados, y no ocurría nada y todo estaba bien; otras veces jugaban a hablarse en lenguas conocidas o inventadas, buscando inspiración en diccionarios de ida y vuelta. El adversario no se dejaba sorprender fácilmente y era preciso estofar un poco con bromas o con adivinanzas. *Qui veut voyager loin ménage sa monture,* rumiaba Max en algo que sonaba vagamente a francés o alemán. Maelis, a la defensiva, le señalaba en la pantalla una traducción del inglés al danés: *irretrievable, som ikke kan fås tilbage.* Aunque en el fondo lo que ocurría era que *я хочў вас попроситЪ.* ¿Cómo? *мне с*

вáми *не по Дорóге?* No había quien entendiera nada de lo que ponía en la aplicación para aprender ruso sin esfuerzo. Y precisamente de eso se trataba: de jugar al escondite, de decir sin decir nada, de no decir diciendo. *Eins zwei drei, der englische Versteck*, concluía Max. Y ella, misteriosa, contestaba: *Cherchez la femme…* Pero Max ganaba siempre: cogía los giros al vuelo, quizá por deformación profesional. Misión de acoso y derribo: *Verfolgung und Abbruch.* Era como hacer el amor en versión original subtitulada.

Con el tiempo, como cualquier pareja común, fueron adquiriendo incluso rutinas y manías. Por las noches Maelis esperaba a Max atrincherada en Exámeron, como llamaba él a la cama cuando se ponía bíblico, rodeada de libros de verdad que había encontrado arrimados en un sótano de la biblioteca en Guajara, libros que olían a moho y a viejo, y que le traían recuerdos de vidas que no había vivido y de ideas que otros habían pensado por ella. Cuando llegaba Max con su inacabada colección de aromas, a oxígeno y a millas y a horas de vuelo, a veces iba derecho a dar con Maelis en donde ella lo esperaba: Exámeron, que era en definitiva el mejor invento de la humanidad. O si no, se quedaba atracado en el Ludo, trasnochando con algún videojuego, moviendo palancas y apretando botones, con el casco haciendo las veces de cabeza. Hasta que se aburría de jugar y la cosa acababa también allí, en Exámeron. Y al final dormían juntos, mecidos por los ruidos del mundo, incapaces de pensar en nada que pudiera separarlos.

Y efectivamente, cualquier cosa que hubiera podido separarlos estaba aún por inventar. Pero todo eso ocurrió hacía ya tanto tiempo… Y *"las horas, que enmarcaron con tan gentil labor esa amable mirada, ejercerían sobre ella también su tiranía y sería su carencia mayor que fue su encanto…"* O por lo menos eso aseguraba Shakespeare en uno de los libros que Maelis guardaba debajo de la cama.

Según pronosticó Mª Lancia meses más tarde, tal vez la culpa de todo la tuvieron los rumores de catástrofe que corrían por ahí, agravados por huelgas intermitentes y desidias diversas, al principio solo en el perímetro de Santa Cruz-Guamasa y luego en toda la isla. Quizá fue solo eso, quizá fue el desorden, el desconcierto, el miedo. En varios países, además, se habían declarado estados de emergencia, al parecer por un incierto escape químico: ni san aplazamiento ni santa moratoria… Pero nadie estaba seguro. Unos decían que si un laboratorio de manipulación genética, otros que si una planta nuclear en el Báltico o una central térmica de la Unión. Y aunque los técnicos asesorados por los científicos subvencionados por los políticos patrocinados por las empresas multinacionales coreaban la inocuidad de la emanación ignota, nadie los creía. Las agencias de noticias

habían dejado de ser fidedignas, vendidas al mejor postor de los sponsors. Por si acaso, muchas familias del continente (del europeo, claro, porque el africano seguía blindado) buscaron refugio en las islas, las míticas Afortunadas, y los puertos y los aeropuertos quedaban a menudo colapsados por el desembarco masivo de migradores cada vez más ubicuos. Los mandos insulares tuvieron que reunirse de urgencia para adoptar lo que la prensa verde dio en llamar "medidas de convivencia", y que solamente sirvieron para agravar el caos. El abastecimiento por vía aérea y marítima se había interrumpido temporalmente como medida de precaución, hasta el punto de que escaseaban los medicamentos y algunos alimentos. Los meteorólogos predijeron que la supuesta nube tóxica se dispersaría con rapidez por todo el hemisferio, amenazando a plantas y animales, incluidos los presuntos racionales, poniendo en peligro a perenquenes, lisas, pardelas, tabobos, rabiches, pejes, hasta los más precintados, burgados o chuchangas, o los más sutiles y engalanados, sanantontones, folelés, aguavivas... Por si fuera poco, en la esquina de poniente del Cabildo vino oportunamente a sentar cátedra un predicador agorero que congregaba a los forasteros extraviados, a los descuideros y los merchantes, a todos los mendicantes astutos que señoreaban las calles estrechas, vaticinándoles un fin del mundo inminente. No faltaron tampoco embaucadores y charlatanes que aprovecharon el pánico de la gente para hacerse de oro vendiendo todo tipo de amuletos y jaeces que ya no se conseguían ni en la reventa de la Ama-Zone. Las opiniones estaban divididas entre la credulidad apocalíptica y el escepticismo suicida. Pero lo cierto era que los actos más anodinos se habían vuelto un azar.

Quizá fue todo eso junto, según decía Mª Lancia: ese pronóstico de hecatombe inminente, ese decaimiento de los confines y las conveniencias que ocurre en las guerras y los cataclismos; esa urgencia, ese aquí me las den todas, precipitado por la repentina caducidad de la existencia. O, como dijo Liuba, quizá lo que alejó a Maelis Salem de Max Ventura fuera una adversidad menor, motivada por el inexorable paso pesado de los años y los años, un brote de inconformismo, una resistencia al curso del tiempo. *"Pues el tiempo, incesante, al verano conduce / hacia el odioso invierno y lo aniquila en él: / corta el hielo la savia, se marchitan las hojas, / nieva sobre lo bello y todo queda al raso; / si no viviera entonces destilado el verano, / líquido prisionero en muros de cristal, / perdidos sus efectos al par que la belleza, / no quedaría nada de ella, ni su recuerdo..."* Sí, William S. les llevaba siglos de ventaja, y avisaba desde su libro de Sonetos a quien quisiera prestar atención.

El caso fue que, precisamente en ese momento, la Universidad

decidió poner en práctica su nueva ley interna de disponibilidad del personal, provocando un inesperado baile trucado de interinidades, de comisiones y de trueques. En febrero de ese mismo año, Maelis salió desplazada para cubrir temporalmente la baja de una documentalista en la Mediateca. Y se vino a inventar así el pretexto que amenazaba con separar a Max y a Maelis.

II

A su llegada a la Mediateca, en el edificio de los archivos, nada hacía presagiar el inminente protagonismo de aquel muchacho con el que se cruzaba todos los días a la entrada o en el ascensor. Era como el Hansel de un cuento de Grimm, con sus rasgos caucasianos, los ojos claros levemente rasgados, el pelo corto y espigado, montado en una bicicleta herrumbrienta. Únicamente le faltaban el pantalón de cuero con tirantes y las medias de lana hasta la rodilla. Puede que ni tuviera barba aún.

Y sin embargo, en cada una de las visitas de Maelis a la sala de usuarios, su olor viciaba el aire como un ambientador mágico. Él no siempre estaba allí, pero su olor lo traicionaba, enganchado como calígine por las esquinas de los muebles. Poco a poco se puso a crecer y de niño pasó a núbil, con aquel olor de afeitado, de gestos precisos ante el espejo, como siempre los hombres, todos los hombres que Maelis había dejado por la mañana: todos se afeitaban. Un rito común y sosegado, después del amor.

Un providencial día de lluvia, ella se ofreció a llevarlo en coche y desempeñó con soltura su función de afable transportista, aunque al quedarse sola y desbaratada únicamente recordara vagamente las respuestas breves y formales del chico, unas frases que permanecieron flotando dentro de la cabina hermética. Otro día, mucho más fulminante, en un pasillo estrecho cómplice de roces supuestamente fortuitos, descubrió la irradiación de su mano enérgica pidiendo permiso para pasar. Pero su olor, sobre todo lo demás, impregnaba los minutos compartidos y Maelis dejaba que fermentara en ella sin pensar en defenderse ni en pasar a la ofensiva.

Luego, en cambio, se maldecía por todos aquellos instantes preciosos desperdiciados, solos los dos en la sala de operadores, en la penumbra perforada a intervalos por los pilotos azul cobalto de los aparatos: había sido tan torpe como para no fijarse en él, o no lo bastante como para almacenar en la memoria todos los datos que más adelante le harían falta para recrearlo. Y le iban a hacer mucha falta, por cierto.

Porque eso fue el principio. Aún no lo sabía, pero era el principio de todo lo demás.

Sin sentirlo casi, llegó inexorable el verano, con su bochorno azufrado y sus largos atardeceres verdes, y ella asistía impotente y distraída a la instalación de ese espectro en su memoria. Y cuando, el

último día que Maelis pasó en la Mediateca, se dieron un beso de despedida —si es que aquel lícito roce ilabial y deslenguado podía entrar en la categoría de los besos— es cierto que sintió una extrasístole ligera. Pero tampoco fue tanto, en definitiva.

La ignición definitiva de la mecha ocurrió algún tiempo más tarde, precisamente a la vuelta de las vacaciones. Solo entonces se dio cuenta de que todo lo imperceptible había dejado huella. Estaba detenida en un semáforo, con las ventanas del coche cerradas para protegerse del enjambre de mendicadores, cuando lo vio pasar en bicicleta. Pulsando el desbloqueo, se asomó por la ranura del cristal y lo llamó:

—¡Lukas!

Él, como siempre, se mostró cordial (que viene de corazón, pensó ella: craso error). Pero aún era pronto para hacer predicciones. Lukas, metiendo la cabeza por la ventanilla, ofreció a sus labios una mejilla solícita y le preguntó por el nuevo Centro de Recursos. Aquel instante fue tan fugaz y tan eterno, que Maelis presintió algo: era de nuevo el influjo maligno de su olor, del que no iba a poder librarse ya. Aquella noche pensó en él antes de dormirse, y de madrugada, cuando la despertó algún ruido, se encontró con que el duende de Lukas ocupaba gran parte de Exámeron, amenazando con empujar a Max fuera del colchón.

En otras dos ocasiones, con varias semanas de intervalo, lo vio de lejos sin que él la viera, ella atrincherada en su coche, él en equilibrio sobre su montura como un funambulista velocipedista. Y ya entonces intentaba retener en su memoria la forma de sus hombros, el óvalo de su mandíbula, la extensión de su sonrisa, y luego utilizaba las coordenadas para perfeccionar sus fantasías.

Lukas Stern. Primero fue como una música que se escucha sin prestar mucha atención, y que luego se tararea sin poder evitarlo y ya no se consigue olvidar. Lukas. Stern. Más tarde se convirtió en una trampa insalvable. Y al final fue el epicentro de todos sus calamidades, fuerza 10 en la escala del deseo.

Siempre Lukas. Sus noches se fueron poblando de héroes que se le parecían todos, y que eran invariablemente temerarios y descarados, cachorros pubescentes de dientes largos. Por su olor a riesgo, o a lo que fuera que olía su agua de colonia, le concedió cualidades muy poco probables en un hombre tan joven. Empezó a inventarse historias en las que él tenía siempre el papel protagonista, y que la llevaban siempre a un mismo punto muerto en el vacío de las caricias. Pero ella qué otra cosa podía hacer, si ya estaba infectada por el virus de algo parecido a una obsesión.

Recalaba en Exámeron, cerraba los ojos, y ante ella se desplegaban playas como las de antes, puestos a pedir podía ser hasta Las Teresitas, esa playa con nombre de santa, llena de gente bañándose y niños jugando en la orilla a tirarse arena. Ella estaba sola, adormilada bajo un sol todavía benéfico, contemplando a medias el mundo a su alrededor. Cerca de su toalla había un chico que resultaba ser Lukas, aunque ella aún no lo conocía. En aquel primer sueño, invariablemente, Maelis se ponía boca abajo para curiosear con la cara escondida entre los brazos. El chico estaba tumbado de costado, la cabeza apoyada en una mano, mientras con la otra se tocaba distraídamente el vientre. Un vientre de publicidad de gimnasio, aunque cubierto de ese vello que nunca sacan en los anuncios y que se perdía dentro del pantalón corto despintado por el sol. Los muslos eran potentes, los pies anchos y fuertes de nadador. Luego el chico se ponía en pie de un salto e iba a darse un remojón. Andaba despacio, perezoso, rascándose la espalda, tensando los músculos dorsales al mover el brazo. Tardaba mucho en salir del agua y Maelis hacía como que se impacientaba. Pero al fin regresaba a su toalla, pues así lo había programado ella para que la acción transcurriera a su conveniencia. Al pasar, el chico veía a Maelis y ya no dejaba de mirarla. Ahora él se acostaba boca abajo, y la observaba con la barbilla apoyada en las manos. Hacía siempre aquel gesto: "¿Tienes hora?", y ella rebuscaba en su bolsa: "La una". "¿Cómo?" Como si no la oyera. Se levantaba con ademanes de gran felino y se le acercaba: "Me ha entrado agua en los oídos y no oigo nada." No se iba. Se sentaba en la arena al lado de ella: "Te vas a quemar. ¿No quieres que te ponga bronceador?" Qué fácil era todo en los sueños. Sin esperar la respuesta, él se vertía loción en la mano y comenzaba a embadurnarla. Solía empezar por los pies y las piernas con pericia de masajista deportivo. Luego sus dedos resbalaban por los brazos y los hombros de Maelis, rodeando con las dos manos su cintura, amasándola. A ella le latía el corazón en todo el cuerpo, pero él, como si nada, seguía ungiéndola. Y a veces, para trabajar mejor, hasta se arrodillaba entre las piernas de Maelis. Ya para entonces el animal que vivía dentro de su bañador estaba despierto, iba subiendo como una antena de coche, se iba a escapar, estaba vivo. Ella lo sentía siempre desplegarse, y sentía el peso elástico del resto de la carga dentro del pantalón. Luego iban a bañarse juntos y él, noche sí noche también, la cercaba bajo el agua sin rozarla, nadando en círculos alrededor de ella como un pez, envolviéndola en los remolinos de sus movimientos. "Qué tarde se me ha hecho, me tengo que marchar", decía ella para disimular su atontamiento. Pero una noche insomniaca Maelis decidió que al recoger la bolsa se le caerían las llaves. "¿Tienes coche? ¿Me llevas?",

preguntaría él. Y cuando salieran a la carretera, él empezaría a decirle cosas al oído, miel de retama, flor del higopico, real hembra, dulce de guayaba, miss perfumada, envolviéndola toda con su aliento dorado. Ella detendría el coche cuando él se lo pidiera, y también se desvestiría porque él se lo ordenaba. Le obedecería cada noche sin pensar en nada, obligada por lo perentorio de su audaz apetito. Él la miraría, sin tocarla, ayudándola con los ojos a quitarse la ropa. Y cuando ella se liberase de la última prenda y se quedase despojada, agarrada al volante, sin volver la cabeza, los músculos en tensión y el pelo revuelto chorreando agua salada por la espalda, él le metería la punta de su bota entre las piernas y se las separaría un poco sin dejar de mirarla. Luego se arrancaría la camiseta, abatiría de un golpe el respaldo del asiento, y al choque de los cuerpos saltarían chispas de sus pieles combustibles.

Justo en ese momento, Max empezó a removerse a su lado en la cama y Maelis se quedó en suspenso. No quería despertarlo. Permaneció inmóvil, al acecho, interrumpidos sus desvelos, hasta escuchar de nuevo una respiración pausada, y ya otro Lukas la estaba esperando en su cárcel de sueños.

Esta vez la había llevado a un lugar recóndito, con los ojos vendados y las manos atadas, y la había sentado sobre una mesa y le había amarrado las piernas a las patas del mueble. “No sirve de nada que grites, aquí nadie puede oírte”, había susurrado. Ya le había levantado la falda y ahora le estaba desordenando la blusa con esa lentitud de la que solamente él parecía capaz, y ella ¿qué podía hacer?, ella se dejaba, y él la besaba, erosionando todo a su paso con la lija fina de su barba que ese día, tal vez por ella, no se habría afeitado. Luego la empujaba hacia atrás hasta tumbarla sobre la mesa, con las caderas casi al borde, las rodillas muy separadas, como en los artefactos de exploración ginecológica, y la abandonaba así, con la cabeza colgando por el otro extremo del tablero. Ahora había dejado de tocarla y Maelis ignoraba qué se proponía…

Entonces sonaba el *jingle* del despertador con las primeras noticias de la mañana. Max se duchaba silbando, y la Señorita Hyde le cedía el paso a la Señora Jekyll con improvisada naturalidad.

Las noches de luna llena y vigilia febril, Lukas se transformaba en tripulante de un velero llamado Exámeron. Maelis Salem y un grupo de amigos (irreconocibles y anónimos, meros figurantes) habían alquilado sus servicios para un crucero por algún mar tropical no contaminado. Pero cuando el último puerto se perdía ya en el

horizonte, los skippers se amotinaban. Tomando a Maelis como rehén, a punta de pistola, obligaban a todo el pasaje a abandonar el velero en una zodiac. Y cada noche se montaba la misma escena: Lukas la había arrastrado de un voleo a proa, apuntándole a la sien con un revólver, y ella ¿qué podía hacer?, ella se dejaba, anhelante y amenazada, y miraba impotente a sus compañeros de viaje, en aquella inútil balsa neumática, en medio de las olas bravas. Luego resultaba que los tres skippers ejercían sobre ella una atracción inexplicada. Tal vez porque eran vehementes, infusibles, temerarios y muy cachas. Se turnaban al timón, izaban o arriaban, pescaban para comer, hacían flexiones en cubierta, y siempre se paseaban muy ligeros de equipaje. Aparte de Lukas, estaban Fripp, que era el que mandaba, y el Catire. A ella, que en los sueños también se llamaba Maelis Salem para no liarse, le asignaron la tarea de preparar el rancho. Al principio intentó rebelarse, pero Fripp la zarandeó en sentido literal y le aclaró las ideas: en el velero no había sitio para gandules y, si no quería colaborar, aún quedaba una balsa de emergencia... Allí nadie se le iba a andar con contemplaciones, aunque Maelis sentía sus miradas descaradas que nunca dejaban de perseguirla, y le inquietaba imaginar qué planes tendrían para ella. Un día de temporal, estaba en el cubículo que ellos llamaban la cocina, intentando abrir unas latas sin perder el equilibrio, cuando se le acercó Lukas por detrás. Le brillaban los ojos más de la cuenta en la oscuridad de la galerna. Se quedó de pie, dejándose ir contra ella a merced del balanceo. Ella solamente tenía puesto un jersey sobre su bañador. “A ver...”, dijo él, decía a veces también Max, restando bruscamente la lycra del bikini. El velero iba escorado, dando bandazos. Se iban a caer de la cama por la borda. “Déjameeee”, dijo Maelis, se lo decía a Max que no se estaba quieto, pero Lukas no la oía, o no quería oírla. El velero Exámeron cabeceaba y Maelis se tuvo que sujetar para no irse de boca mientras Max, ¿o era Lukas?, la aprisionaba. Debía de ser Lukas, porque Max dormía ya a su lado, sí, por el olor supo que era el otro, mentolado como un chicle, azufrado como Leviatán, incensario y deseado, maligno y candente, arrasándolo todo. “¿Te hago daño?”, y ella que sí, pero él seguía. Qué bruto, eso Max nunca se lo haría... Pero ella acababa siempre flaqueando, y Lukas practicaba extrañas operaciones que tenían por objeto impedir cualquier desobediencia y tomaba el camino más dificultoso y la desabrochaba con sus dedos de pirata, buscando el detonador de éxtasis y de raptos. El balanceo del oleaje los batía como si fueran espuma, y a Maelis le latía la carne tibia de sus valvas y se le llenaba la garganta de la melaza espesa de su goce, como un grito que casi se le escapaba. ¡Chchst! Como la oyera Max, a ver qué le contaba... Luego se corría la voz, y a la noche en el velero todos querían postre. Los dos que no estaban de guardia se alternaban para

sujetarla a la litera, y se aprovechaban siempre de su indefensión. Tuvieron que organizar un turno de uso y abuso de la pinche de cocina. Cuando no les gustaba la comida que ella había preparado, la castigaban a pan duro y a cinto, encerrada en la bodega de la que solo la dejaban salir para cumplir con sus obligaciones de odalisca. Pero de todos ellos, siempre era Lukas el más ansiado, y cuando ya se habían disuelto en un fundido artístico todas las imágenes de aquellos horizontes marinos y el crujir del viento en las jarcias, Maelis aún repetía su nombre en silencio.

De día Maelis era romántica y frágil. No habría podido soportar, ni por cuánto, que nadie le hiciera el menor atropello. Pero a la hora nocturna de las fabulaciones, no tenía ideales de feminista. Además feminista rimaba con oficinista. Sus dos mundos tenían en común que, ni de día ni de noche, nunca le habían gustado los invertebrados húmedos y rampantes, llenos de buenas intenciones blandas, sino los ejemplares del orden de los mamíferos carnívoros, de sangre caliente e impulsos fuertes y odoríferos.

El agua solía ser el vital elemento de sus espejismos. Aunque también el aire podía tener su encanto. Aquella noche, para probar, decidió acompañar a Max en su turno de vuelo, aunque él no era el Max que dormía junto a ella, ni ella era esa Maelis inerte bajo las sábanas, sino de nuevo aquella otra con más suerte que ella, esa suertuda afortunada que siempre coincidía con Lukas donde quiera que iba.

"El comandante Ventura y toda su tripulación les damos la bienvenida a bordo del Dumbo 969 y les deseamos un feliz vuelo." Esta vez el sueño le salió en blanco y negro: habían retrocedido al pasado, y en aquel avión tan ucrónico aún se podía fumar. A Maelis le había tocado pasillo, y zona de fumadores. Para colmo de males, los asientos eran incómodos y estrechos (aunque Max decía que no, pero él qué sabía, si él iba en la cabina). El pasajero de delante había reclinado su respaldo, reduciendo aún más la porción de espacio que le correspondía a ella. A su izquierda iba un pibote con el pelo al rape (sería un recluta de permiso, olía a cuartel y a ropa recia), que se había quedado dormido nada más despegar. No cabía en su fracción de asiento y dormía con las piernas separadas en ángulo recto, clavándole a Maelis su rodilla derecha. Debía de estar muy cómodo a pesar de todo, porque se dejó resbalar hacia ella y acabó desplomándose. El cepillo de su cabeza rapada olía a campamento y a humo. Ella se movió en el asiento con la esperanza de hacerlo cambiar de postura, y consiguió despertarlo. La miró desde su alambrada de pestañas: "Oye, perdona, es que me he quedado dormido", y se estiró

como pudo. De sus sobacos se escapó el relente de unas cuantas horas de maniobras al sol, y Maelis sintió la oleada del instinto subiendo por los conductos acostumbrados. "¿Fumas?" El tufo del tabaco negro se sumó a la mixtura de olores. Se presentaron: se llamaba Lukas, por descontado, y era directo y espontáneo como correspondía a su condición. Enseguida entró en confianza. Cuando terminó su cigarro, quiso salir al pasillo a estirar las piernas, y al pasar entre ella y el respaldo delantero le metió, sin querer o queriendo, una rodilla entre las suyas. Cuando volvió a sentarse, lo hizo restregándose contra ella, como un perro marcando el territorio. Se comió la comida de su bandeja, y la de Maelis también, y cuando terminó pidió propina. Ella se apoyó contra su brazo de mercenario y, enzarzada en el perfume acre de su cuerpo, le dio como pudo lo que él quería. Luego las azafatas repartieron mantas y se apagaron las luces de la cabina de pasaje, y bajo el cobijo de lana ignífuga ella le dejó descubrir el mecanismo de sus broches y el manejo de todos los botones de su cuerpo. Se sobresaltó con la voz de Max por los altavoces: "El comandante Ventura y toda su tripulación les damos la bienvenida a bordo del Dumbo 969 con destino al séptimo cielo..."

Muchas noches era culpa de Lukas, que no sabía estarse quieto, allí, al lado de Max dormido; otras, soñando, era ella la que provocaba los asaltos. Pero invariablemente, asaltara él o asaltara ella, cada noche se reunía con su fauno, el único en su estatuario.

Estado civil: suspensa. De noche no dormía. Y de día se daba a sí misma pretextos para poner en práctica su busca, recorriendo sin rumbo las calles polvorientas, envueltas en ese vaho pestilente que emplastaba la ciudad desde que habían comenzado los interminables trabajos de desmantelamiento de la refinería.

Una tarde, al volver del trabajo, le pareció ver a Lukas entrando en el parque García Sanabria. Abandonó el coche a su suerte en una esquina y, a pesar de su recelo, se aventuró por vericuetos sombríos, caminos flanqueados por árboles descoloridos, rodeados de rejas altas que los protegían de la embestida de todos los arrimeros. Iba con un nudo en la garganta, de refrenado anhelo cinegético por alcanzar a su trofeo, o de no saber qué hacer si lo alcanzaba, y a punto estuvo de dar media vuelta. Más le habría valido. Porque no encontró nada: solo varias bandas de prepúberes sobre patines teledirigidos, con bombas de pintura fluorescente en la mano, uniformados y anónimos bajo sus cascos integrales. Algunos llevaban piquetas y cinceles colgados de la cintura. Había una escultura destrozada en el paseo. El parque, hacía tiempo ya, había sido tomado por las bandas, y no era muy frecuente encontrar por allí gente de fiar. Afortunadamente pasaban a intervalos

las patrullas de recogida de escombros, y se atrevió a acercarse al circuito de acrobacia. Pero él tampoco estaba allí. Se alejó deprisa, volviendo la cabeza por si alguien la seguía.

Aquella misma tarde, de regreso a casa, se sintió vencida por el destino que le negaba un encuentro fortuito. Max ya había llegado. Él, por suerte, no estaba al corriente de lo que se cocía en la olla de Maelis, ni sabía nada de sus vanos empeños. De todas formas no los iba a entender. Él no entendía de estados de ánimo simplemente porque no los padecía, y por eso mismo le parecían una pamplina. Además, aunque no hubiera sido así, no se los habría tomado en serio. Qué suerte, qué suerte tan ajena, vivir sin ciclos ni influjos ni reflujos, ni propensión a la melancolía, ni laberinto en el alma.

Se sentó al lado de él en el sillón del Ludo. Max la abrazó:

—¡Inmensa, valkiria, enceladora! —riéndose, entre bromas y veras, breve lenitivo para su infortunio.

Pero ya no había remedios que valieran. El tiempo transcurría y a Maelis se le enquistaba la pasión como un absceso mal curado. Poco a poco había dejado de creer que el azar se pondría de su parte. Y lo peor de todo era que su galán inventado se volvía cada vez más borroso: le costaba representárselo, y a veces en plena acción nocturna le cambiaban los rasgos, se le desdibujaban, lo cual resultaba molesto y desconcertante. Pero ni así se le pasaba: seguía intoxicada de él.

Cuando se lo contó, Liuba y Mª Lancia no la tomaron en serio. “Las Pericas”, como las llamaba Max, no le dieron la menor importancia:

—Eso es el rollo ese endocrino gonadotrópico, niña, que te tiene trastornada. Ya se te pasará —decían.

Pero no se le pasaba. Se sentía cada vez más carcomida por lo torpe y lo inútil de sus persecuciones, por la distancia que los separaba, por la fractura entre ella y él, por todo lo que de él desconocía y quería descubrir, prendida en su deseo como un pez que ha mordido un anzuelo y que, en su frenesí por liberarse, se enhebra en él para siempre.

—Eso es la típica crisis tonta —decía Liuba.

—Eso va a ser el síndrome del fin del mundo —decía Mª Lancia.

—Qué va, eso es que vas a cumplir años.

Puede que Liuba tuviera razón. Porque, el día en que por fin los cumplió, decidió que ya no le importaba nada: ni siquiera perder para ganar. Se le estaban agotando los plazos: él corría hacia la plenitud de su vida y a ella le parecía haberla dejado atrás hacía mucho tiempo. Cada minuto que transcurría la alejaba de él. Además, ya lo había dicho Mª Lancia: el fin del mundo no iba a tardar en llegar. No podía seguir confiando en la suerte. Tenía que ser más eficiente, afinar mucho más el colimador, poner la bala donde ya estaba el ojo: iba a

pasar a la acción.

Una tarde se demoró en el área de lectura, pretextando trabajo atrasado, y tecleó en la red interna su petición de información, recelosa, temiendo que la Unidad Central rastreara la búsqueda. Por si fuera poco, tuvo que craquear algunas claves de seguridad en los ficheros protegidos donde se almacenaban los datos de todo el personal estable de la Universidad. Solo faltaba que saliera un mensaje de error, "password incorrecto, váyase usted a freír bogas", todo eso en lenguaje cifrado, claro. Pero no salió ningún mensaje ni se bloqueó el sistema, y encontró por fin la etiqueta: Stern, Lukas. Allí estaba, como un cuento digital, la historia de su vida en cifras objetivas: su número de identificación, la fecha de su primer contrato, su rendimiento en tanto por ciento, las horas extras realizadas, el número de días de inasistencia y los retrasos, el historial de navegación, pero qué vivos los de Personal, lo tenían todo controlado, a pesar de los cortafuegos sindicales... el expediente médico, la criatura no tenía un pero, eso ya se le notaba... su fecha de nacimiento, contó con los dedos y le parecieron muy pocos años... y al final de la ficha lo más importante, lo que iba buscando: un teléfono.

Estuvo varios días dejando que aquel número germinase en su memoria, dejándose hechizar por la alquimia de esos signos iniciáticos que se tornan mágicos cuando nos sirven de contraseña. Y una tarde, después de muchas otras tardes aciagas, Maelis por fin se atrevió a editarlo, sujetando el móvil como si fuera a darle un calambrazo; pero no sucedió nada raro, ni sonó ninguna alarma, ni se convirtió en estatua. Entonces activó la llamada con número oculto, para mantenerse anónima, tecleó las cifras cabalísticas, y esperó. Agua: contestó una mujer, y no, él no estaba, se había mudado de casa, aunque pasaba por allí de vez en cuando a recoger algunas cosas, no, tampoco había dejado ninguna dirección, pero ella le podía decir que le habían llamado... Maelis no supo qué recado dar y cortó la llamada sin despedirse. Qué raro que hubiera dado el teléfono de otra persona.

En las semanas siguientes siguió probando: aquel número era su único enlace, un hilo intermitente que la unía a Lukas. A veces no contestaba nadie, otras veces era la misma voz de mujer, y Maelis cortaba sin decir nada. Cada nueva tentativa fallida la hacía dudar hasta de sus propias ganas. Pero no podía evitar volver a intentarlo, con un nudo en la garganta, anhelando que contestaran, aliviada cuando no lo hacían.

Habían pasado ya varios meses desde que dejó la Mediateca, tiempo de quimeras, de llamadas perdidas. Una tarde de primavera inoportuna, ventosa y tibia, se aventuró a abrir una ventana y

asomarse. Se alongó hacia fuera con precaución y miró primero hacia arriba: decían que era peligroso asomarse porque a la gente le había dado por saltar por las ventanas. No es que fuera un meme: a Maelis le sonaba haber oído a su padre contar lo que ocurrió cuando el 11-9. No, más bien tenía que ver con la depauperación de la vida, con la angustia de no saber qué pasaba, si era verdad que pasaba algo grave... La brisa apresurada barría la pestilencia sulfurosa y amarillenta que pesaba sobre la isla desde hacía meses. Se veía una porción de cielo azul, o eso parecía, y hasta algunos cirros volátiles y plumiformes. Bastaba con no mirar al suelo para creer que la vida volvía a ser la de antes. Bastaba con taparse los oídos para no escuchar el zurrido de toda la humanidad.

Se sintió en momentánea avenencia con el universo. Decidió probar por última vez y marcó el número, siempre en modo anónimo y con el visor apagado. Cuando oyó la voz de siempre estuvo a punto de cortar, pero no lo hizo. Le latía el corazón con estruendos de tormenta. Después de un silencio, preguntó por él, y estaba, aunque solamente de paso: había ido a recoger los últimos trastos. Fueron a buscarlo.

Ahora escucho su voz solamente una vez, pensó, aunque sea esta vez, pensó, y luego corto. Solo para recordar el sonido de su voz, su color y su timbre. ¿Cómo sonaría a través del teléfono? ¿Metálica o matizada? ¿Sería caliente como sus manos? ¿Tendría aquel acento extranjero que repicaba en directo? No recordaba nada, ni su inflexión ni su cadencia. Cuando irrumpió en el aire enrarecido, vadeando la maraña de las ondas, la cogió por sorpresa:

—Sí, ¿quién es?

Voz de ¿barítono?, con ligero acento centroeuropeo.

—¿Lukas? Soy Salem, Maelis Salem, ¿te acuerdas de mí, de la Mediateca?

—Ah, sí, sí…

Estaba claro que no se acordaba de ella.

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien.

—¿Y el trabajo?

—Ah, todo bien, como siempre…

(Bueno, Maelis, arranca ya.)

—Mira, ya me imagino que estarás muy ocupado, pero necesito pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Bueno, es que es un poco complicado de contar así, por teléfono, sabes, preferiría hacerlo en persona, ¿podríamos vernos?

—Bueno, no sé… Si quieres, tengo libre mañana por la tarde, ¿tú puedes?

No, qué va. No podía improvisar un pretexto en tan poco tiempo. ¿Qué le iba a contar? Si ni siquiera ella se aventuraba a pensar qué quería porque, aunque lo supiera muy bien, hasta ese momento solo se había atrevido a susurrarlo a la noche callada. No, mañana no. Imposible. ¿Podían verse al lunes siguiente en la cafetería de los archivos? Sí, podían. Era una zona neutral, y además se inventó que tenía que acercarse allí por motivos de trabajo. Él insistió en averiguar por encima de qué iba la cosa. Pero ella no quiso darle ninguna pista, y se despidieron.

Cuando soltó el móvil le flojeaban las piernas y tuvo que echarse un trago de una botella casi vacía que encontró en la repisa, detrás de los videojuegos antiguos. Tenía sentimientos encontrados de índole volátil y ganas de tirar la botella por la ventana. Si no lo hizo fue para no contribuir al caos universal: había roto el hielo, pero no era cosa de romper nada más por allí debajo.

Pasó el fin de semana incrédula y deshilvanada. A ratos le parecía que todo iría sobre ruedas. Pero la asaltaba por adelantado el remordimiento de mentir o engañar a Max (que, según todos los cánones de buena conducta, no se lo merecía, aunque él nunca había dicho que "eso", esa cosa que no sabía nombrar todavía, traición o deslealtad, o deserción amorosa, esas reliquias morales, le importaran). Otras veces pensaba que no habría nada que hacer: ¿cómo iba ella a tener cabida en la existencia de un bimbo como ese? Además, no sabía qué inventarse para justificar la cita, y mucho menos para conseguir otras, porque con una sola no se agotaban las ganas...

El domingo de aquel fin de semana, cuando Max se marchó a uno de sus turnos trasatlánticos o pacíficos, salió con las Pericas y, mientras ellas cacareaban lo suyo, Maelis se perdía en conjeturas, calibrando la forma de disponer de ese organismo ajeno, de apropiarse de su pubescencia, de su orgánica rotundidad. Pero no se le ocurría el medio para tan noble fin. Si por ella fuera, se lo diría a quemarropa, pero temía escandalizarlo. Le diría que... que necesitaba un intérprete, un secretario, un chófer, un equilibrista... O le podía decir que se lo había apostado con alguien, se había apostado que él le daría un beso. Pero no, porque un beso no dura nada. Dura lo que dura un beso, como mucho. ¿Y si le contaba que estaba escribiendo una novela y que quería inspirarse en él para uno de los protagonistas? Eso lo halagaría. Le diría que quería conocerlo para darle forma al personaje, y así tendría disculpas para verlo, para hacerle unas cuantas preguntas, para adueñarse poco a poco de su tiempo quizá. Le pareció tan buena idea que se le escapó una carcajada. Menos mal que las Pericas no se dieron cuenta de nada.

El lunes se preparó como una atleta. Hizo una comida ligera, por primera vez conforme de estar sola en casa, y repasó su coartada. Había esbozado un pequeño esquema, y antes de salir repasó las frases que diría para entrar en materia: tenía que darle una cierta impresión de verosimilitud, para que se lo creyera de entrada. Pero mientras avanzaba a empujones por la acera de la avenida atestada hacia el edificio de los archivos generales, al final de la avenida Tres de Mayo, por el cuello y la espalda le caían regueros de sudor frío.

El bar, como todo en los últimos tiempos desde el accidente de la central francesa, o coreana, o lo que fuera, estaba lleno de gente, de ruido, de vapor sucio. No vio a nadie conocido; ni siquiera a él, al principio. Y sin embargo ahí estaba, volviendo la cabeza hacia una de las puertas, buscando entre los bustos parlantes y las espirales de humo que salían de las máquinas de bebidas y las rejillas de aire acondicionado. Maelis recordó que probablemente él no sabía a quién esperaba, y su candor desató en ella una ternura omnívora. Se detuvo junto a una columna. Justo entonces él la vio y la reconoció. Pareció sorprendido, pero sonreía. Maelis también sonrió y fue hacia él sorteando obstáculos, envuelta en su emoción como en un aura protectora.

A medida que se acercaba, iba restaurando sus recuerdos desgastados. No quería perderse ni el más mínimo detalle: la urdimbre de su cuerpo y el compás de sus gestos, la disposición de los pliegues de su ropa, la materia sólida de su presencia, el entramado espiral de su ADN, lo que fuera, el color de su lengua, la composición química de su aliento, la textura de su piel, el vello rubio de sus brazos, sus ojos felinos, su saludo afelpado y tímido, ¿cómo estás?, voy cogiendo una mesa, ¿qué tomas?, yo nada, él lleno de urbanidad, ella gobernando su pasión, él mirando de reojo desde la fila ante una de las máquinas, ella poniéndose y quitándose las gafas de sol...

Regresó con un vaso y varios envoltorios que fue desprecintando metódicamente mientras la escuchaba.

—¿Estarás superintrigado, no?

—No, no, tranquila, no tengo nada que hacer después, no problema.

Sí, tenía un ligero acento extranjero. Y evidentemente no había entendido eso, lo de “superintrigado”. Tal vez aún no dominaba el idioma. Procurando simplificar para que él la siguiera, lentamente, para no confundirlo a él ni confundirse ella, recitó de memoria las frases que se había preparado, y esperó una reacción.

—Me gusta.

¡Como que él también escribía!, fíjate, aunque solo poesía: se había presentado a algunos concursos que no había ganado, y habló por los

codos de todos los poetas que le apasionaban, y se mostró encantado de la coincidencia literaria. Parecía entusiasmado. Maelis en cambio casi se arrepentía: había sido demasiado fácil mentir, y él la miraba con unos ojos tan crédulos y tan claros… Pero él interrumpió sus divagaciones. Le preocupaba saber qué personaje había reservado para él: ¿sería un héroe o un villano? No se atrevió a desengañarlo, y tuvo que seguir fingiendo: aún no podía contestarle, le dijo. Todo dependía. Además, ya habría leído que los personajes siempre acaban por hacer lo que se les antoja, y no lo que les tiene reservado el autor, ya sabes…

Hablaron de él, de Lukas. De eso se trataba, según explicó ella, de darle hechura al protagonista con lo que él le contara. Le preguntó por sus recuerdos y por sus proyectos, por sus gustos y sus disgustos, y a medida que él, extravertido y narcisista, con un candor y una sinceridad aparentes, le abría el frasco de su alma, Maelis bebía sus palabras y se dejaba invadir por un irrefrenable sentimiento de afinidad. Ella, que vivía en un mundo previsible de coordenadas, ella, la barquilla disciplinada de un globo aerostático, ella se estaba enamorando locamente de un improbable personaje de ficción, como se había enamorado primero de un aroma y luego de una imagen accidental.

La asaltó en el último instante un inoportuno y común sentido, y decidió racionarse las dosis, y dijo de repente que tenía que irse, ¿pero tal vez podían verse otro día? Intercambiaron e-mails y números de teléfono particulares: por fin un enlace sólido. Y quedaron para un sábado por la tarde, como las parejas del siglo pasado. Aunque estaba bien claro que era una cita de trabajo.

Al salir del local, ella iba desnortada y él la guió entre las mesas, poniéndole una mano solidaria en la espalda. Su energía y su calor la traspasaron, quemando la tela de su vestido: parecía tan cortés… Ella deseó que su gesto no fuera solamente cortesía. Creyó por un momento que no lo era. Tal vez no fuera.

“Eres en grado extremo de la escala de Richter mi tormento, masculino de tormenta. Has adquirido sobre mí un poder maquinal a pesar de que, cuando tú aún no habías nacido, yo ya investigaba mi capacidad de entrega, mi resistencia a la amargura y la desesperanza. ¿Qué misterioso fluido destila tu recuerdo, que me trastorna? Por haberlo deseado tanto, nunca creí que llegaría a encontrarme contigo. Ahora que eso ha ocurrido, has reaparecido en mis sueños, en los que yo siempre tengo el peor papel, y tú el de estrella, Stern Lukas.

He soñado que iba a buscarte al estudio que compartes con no sé quién, que yo no conozco. Era domingo, temprano por la mañana. Me

abrió la puerta un chico recién levantado, despeinado, con la ropa arrugada. Le dije que quería verte y me dijo que dormías. Le dije que era importante y que yo misma me encargaría de despertarte, gracias. Cerré tras de mí la puerta de tu habitación. El cuarto estaba a oscuras y olía a cerrado. Me quedé unos segundos apoyada en la puerta, procurando calmar el revoloteo de las ruidosas mariposas, sin saber si debía atreverme o si mejor abandonaba. Mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y te vi, medio envuelto en una sábana. Tu ignorancia de mi presencia me devolvió el valor que me faltaba. Me asaltó un deseo krakatoa de invadirte. Me desvestí..., no, no del todo: me dejé puestos algunos arneses indispensables a mi pudor, y me acerqué a la cama. Recuerdo que temblaba como una novicia, de deseo y de terror. Antes de asaltar tu intimidad soñolienta, busqué el enchufe de tu lámpara de cabecera y lo arranqué de la pared: no quería que la luz nos separase cuando tú te despertases. Entonces me sumergí a tu lado. Y cuando tú recobraste el conocimiento, ya te tenía todo entero. Voy a tragarte en cuanto te descuides, mi bien. Quiero probar de qué está hecha la materia de tu cuerpo."

A Maelis, definitivamente, se le había quitado el sueño. Pasaba las noches dando vueltas en la cama, emborronando las sábanas, hasta la madrugada, hasta que se levantaba despacio para no despertar a Max que dormía boca arriba, entregado y tranquilo, plantándole cara a la oscuridad, vagando por cielos espejados y por pantallas virtuales. Maelis se acercaba a la ventana y a través del panel empañado contemplaba las luces de la retícula que tejían las calles y las avenidas, y el culebreo de los focos bordeando los muelles. Pasaban nubes rojas por el cielo desvelado, y algún helicóptero. Ya nunca había luna, o no se veía. A veces intentaba bastarse a sí misma, recostada en un sillón, vencida: simple consuelo profiláctico. Pero el mecanismo fallaba. Ya no podía, mirándose con otros ojos, como si fueran los de él. Le pesaba el inventario biológico, como decía Cumming. ¿Qué hacer, qué hacer cuando la vida construida no se corresponde con la edad del alma ni con las ambiciones del amor, que es el más ambicioso y el más extemporáneo de todos los proyectos?

Quería saberlo todo de él. A veces caía en un estado de tontería suma y pensaba en preguntarle por la marca de su aftershave o por su signo del zodíaco. No conseguía recordar cosas tan vitales como el matiz del iris de sus ojos, que se le despintaban en la memoria. ¿Topacio? ¿Berilo? ¿Aguamarina? ¿Y de qué hablaría con sus amigos? Se lo imaginaba riéndose y bromeando, mirando a las chicas. ¿Le gustarían las gatas de angora, o las nadadoras? Cerraba los ojos y lo veía enjabonándose, las axilas y las ingles espumantes como cava, y él distraído, cándido propietario de todo su esplendor. Inconsciente.

Luego leería en la cama, y cuando por último apagara la luz, dormiría expugnable y confiado. ¿Se miraría en los escaparates al pasar? ¿Se gustaría, él, se gustaría tanto como le gustaba a ella? ¿Tendría resuelto su edipo? ¿Y cómo sería amando, en bronco gerundio? Un aro de fuego, un volcán stromboliano, sin duda, un ejemplar de cualquier animal mitológico.

La próxima vez le tenía que contar la verdad. Le tenía que decir que no le importaba ser su buque escuela. O su grumete, en tal caso. Se le iba a declarar. Aunque mejor no: ¿y si se lo contaba a alguien? ¿Y si la llamaba estando en casa, estando Max? ¿Y si no la llamaba? O, poniéndose en lo peor, ¿y si ella no le gustaba? ¿Si se lo tomaba a broma? ¿O a la tremenda?

El acto de declararse hace siempre tan vulnerable al declarante... Porque es un acto que conlleva la amenaza del desprecio ajeno, y porque implica a su vez otros dos riesgos. El riesgo social es de menor importancia; pero si el declarado no sabe guardar secretos, el declarante perderá entre los dimes y los diretes toda su más tímida intimidad, y con ella cualquier remota, cualquier utópica, cualquier posibilidad de una seducción. El otro riesgo, el personal, es más grave, porque tiene que ver con la propia estima, y en este juego la apuesta es alta. Se puede ganar mucho, una aventura o una historia de relativo amor, espacios de tiempo que instilarán ya para siempre recuerdos en las noches de insomnio. Pero también se puede perderlo todo, la propia imagen en los espejos, o la capacidad de soñar.

A la mañana siguiente se esfumaban todos los recelos. Si no le gustaba, pensaba Maelis, pues se cortaría el pelo al cero, como Juana de Arco, o se dejaría bigote y barba, como Cyrano, o no haría nada... Al fin y al cabo, de Lukas ella solo quería coronar su ocho mil privado, proponerle quitarse mutuamente las camisas de once varas, varar las olas del placer y el gozo... Había que ponerle montañas rusas a la vida, que pasaba sin sentir, y un mal día ya no estabas ni para contarla. Y además, se trataba de un juego.

Decidió que por el momento lo más urgente era comprar preservavidas.

Entró en la farmacia con paso resuelto. Había cola, como siempre, pero consiguió adelantarse aprovechando un descuido. La gente, a fuerza de vivir amontonada, estaba perdiendo hasta los reflejos.

—Oiga, que todos tenemos prisa —protestó una señora que solamente quería parches de oxitocina.

—Me da un paquete de preservavidas —la ignoró Maelis.

—Pues no nos quedan. Se nos han terminado —dijo parcamente el mancebo.

—¡Es increíble! Es la tercera farmacia en que me dicen lo mismo.

—Ya sabe usted cómo es esto de estar tan lejos, y más ahora, con los problemas que tienen de transporte, con lo de la central esa.

—El cuento de siempre —terció un jubilado.

—Entonces, ¿no le queda ninguno? ¿Ni siquiera caducados? —insistió Maelis.

—Estarán en el muelle —la señora no había perdido el buen humor a pesar de todo.

—¿Y cuándo los van a recibir? —Maelis no se rendía.

—Pues andarán al llegar, porque el pedido ya está en el muelle —el mancebo miró atravesado a la señora—. No han de tardar mucho. Pásese en un par de días.

—Pues como los tengan al sol se van a picar…

—No se preocupe, que las últimas fórmulas ya vienen con un seguro, si le ocurre a usted cualquier cosa le devolvemos el dinero.

—Lo que tendrían que hacer es distribuir de una vez las dichosas vacunas, hay que ver, vaya un Estado del bienestar que tenemos, qué poca vergüenza —dijo la señora de los parches.

—Eso del bienestar era antes. ¡Van a comercializar las vacunas, si lo que quieren es que se muera cuanta más gente mejor! ¿No se da usted cuenta de que aquí ya no cabemos todos? —el jubilado por fin había encontrado debate para entretener la espera.

—¿No le pongo alguna otra cosita? ¿Obturadores antiruido, fotopantallas absolutas, pendientes anticonceptivos, cápsulas oníricas…?

Para cápsulas oníricas estaba la cosa. Tendría que arreglárselas sin preservavidas: no se atrevía a coger los que había en la gaveta de casa, no fuera que Max... Y en el fondo se alegró de no haberlos conseguido, por si le traía mala suerte darlo por hecho.

III

Con o sin preservavidas, por fin había llegado el día de la primera cita de verdad con Lukas. La tarde de sábado calcinaba las aceras y recortaba sombras de bordes nítidos, oscuras y frescas como bodegas. Del coche casi hermético emanaba un fino velo de condensación, como al abrir una cámara frigorífica.

Maelis avanzaba a paso de procesión hacia la avenida y aprovechaba cada frenada para observarse en el retrovisor. Había estado por la mañana en una “cámara de Helios”, como le había dado a la gente por llamarlas. Desde hacía algunos meses, justo desde que habían prohibido oficialmente el acceso a las playas, el bronceado volvía a estar de moda, sobre todo entre los postgots y los pijijets, y la palidez era síntoma de un poder adquisitivo poco menos que deleznable, porque cada sesión de sol artificial salía carísima. Pero la ocasión bien lo merecía.

Sin embargo, en el último instante, y a pesar de todas las ceremonias previas, estuvo a punto de echarse atrás por miedo a jugárselo todo a la carta del deseo. Pesaba demasiado el déficit de las diferencias entre ella y Lukas. Pero no era fácil dar media vuelta en la Rambla últimamente, por los atascos: a pesar de la hora, veía delante de ella la habitual fila inacabable y compacta de automóviles, y de mendicantes corriendo por los techos de los vehículos, intentando arrancar alguna pieza de un coche para luego revenderla. No había escapatoria.

Poco antes de llegar al cruce con estatua, escupió el chicle ansiolítico que masticaba para quitarse los nervios y decidió dejarse llevar por la fatalidad: después de todo, él era poeta, según dijo, y de los poetas es lícito esperar cualquier cosa.

Por cierto que ya estaba allí. Desde el semáforo lo vio esperando en la esquina pactada, a la sombra de un flamboyán liofilizado. Él también la había visto y la saludó con la mano, pero no se adelantó: esperó a que el coche se acercara. Estaba un poco más serio que el primer día. Habría estado dándole vueltas a su cita con aquella mujer que a saber...

Por fin Maelis alcanzó a recogerlo en su esquina umbrosa. Se dieron un beso desabrido, brusco y protocolario, y ella giró por la avenida. Al principio no supieron de qué hablar y solo les salían tópicos y frases hechas. Luego discutieron brevemente: que cogiera por allí, que doblara por allá. Pero era trabajoso escaparse improvisadamente de la caravana uniforme que cubría las calles.

Se levantaban unos silencios viscosos que siempre interrumpía ella, para quitar hierro:

—Tranquilo, que esto no es un secuestro.

Él no contestaba.

—¿A dónde te parece que vayamos? A una terraza aquí en Santa Cruz mejor no, ya te supones cómo es esto...

—Entiendo.

¿Qué cosa habría entendido? Sonreía, pero no cómplice. Solo correcto. O precavido. Si de casualidad Maelis se hubiera fijado en ese detalle, quizá se habría librado del amargo sinsabor que la aguardaba. Pero no se fijó, absorta como estaba, y atenazada por su inminente declaración de intenciones. Y así fue que siguió con su plan de ataque sin saber que estaba perdido de antemano, equivocándose adrede o sin querer de cruces o bifurcaciones, e intentando romper el hielo de los buenos modales:

—¿Y por qué has aceptado esta cita, porque eres un chico educado que no sabe decir que no, o porque te interesa el tema de mi novela?

—Sí me interesa, claro. Es muy interesante.

Sus respuestas a todos los intentos de tumbar los muros eran impecablemente decorosos. Pero de momento seguía allí, a su merced, en el asiento de al lado.

—¿Y si subimos por Aguere? ¿Conoces algún sitio para tomar algo a estas horas?

Pues no, no conocía. Pero ya la riada los arrastraba hacia el casco antiguo. Aunque tampoco las pocas calles transitables parecían propicias, interrumpido como estaba el paso a intervalos regulares por la prelación del tren ligero... Por el Camino Largo no había terrazas ni bares abiertos, ni tampoco horcas ni puentes ni patíbulos donde suicidarse, y al final del Cercado del Marqués alguien los insultó por radio porque ella no se aclaraba con las señales de dirección y entorpecía el tráfico. Así que iban a la deriva, sin rumbo por el trazado urbano, dejándose llevar hacia el perímetro, él indefenso y perplejo, ella buscando las palabras apropiadas y al mismo tiempo un sitio donde aparcar, él intranquilo y ella un poco ausente, esperando el momento propicio, mientras desfilaban silencios cargados de electricidad, como nubes de tormenta.

—Yo a las siete tengo que estar en Santa Cruz —un resplandor rasgando el cielo, el vacío que precede al trueno (¿Esto no es un secuestro?).

Salieron de nuevo a la autopista y cogieron la desviación de la bajada a La Punta por el Socorro. La carretera se iba abriendo delante de ellos a medida que sorteaban vueltas y revueltas. En el mpZ del coche malsonaba el *"Maximizing the Audience"* de Wim Mertens. ¿Le gustaba esa música?, preguntó Lukas. ¿Qué, cómo? ¿Cuál música?

Maelis había pinchado en la aplicación por inercia y ni la escuchaba. ¿Qué decía Lukas? Imposible mantener por más tiempo aquella situación incierta y turbia.

Maelis pisó el freno ligeramente al salir de una curva. Había llegado el momento de inmolarse.

—Te voy a ser sincera, Lukas —tragó saliva—. Mi intención era llegar contigo hasta el final de esta experiencia.

No saltaron los airbags. Pero, por el hálito glacial que se interpuso entre ellos, supo que había errado el tiro.

—No estoy seguro que entiendo bien. ¿Hasta qué final quieres decir?

Ella volvió la cabeza para asomarse a sus ojos.

—Hasta ese que estás pensando.

El volante hacía las veces de clavo ardiendo.

—En este caso tengo que decir no.

No había dudado. Dijo, ¿qué fue lo que dijo?, que estaba comprometido (¿fue eso lo que dijo?), y que no podía hacer algo así, que era una relación importante, tenía que comprenderlo, que no era nada personal contra ella, y le apretó ligeramente el brazo, un gesto pretendidamente reconfortante que a ella no la reconfortaba; y, mientras repetía una vez más que se sentía... cómo decir, muy... muy ¿elogiado?… ¿halagado?…, bajaba el cristal de la ventanilla para coger aire, como deslastrado de un fardo invisible.

Maelis también respiró. Ahora que habían caído las máscaras, no había necesidad de seguir fingiendo. Por otro lado, si se trataba solo de eso, de una cuestión de congruencia o conveniencia temporal, quizá tenía arreglo. Tal vez podía, con hechizos o con argumentos racionales, deshacerse limpiamente de esos presumidos vínculos que habían prendido en él la mecha de la fidelidad, esa palabra tan en desuso, esa virtud de otros tiempos que ya la gente solía practicar, y no siempre, únicamente por miedo a los contagios…

De momento, una vez atravesado el espejo, ya no había nada que perder y podía mostrarse incluso impertinente: ¿Por qué no dejaba de ser tan educado? ¿Por qué no soltaba de una vez lo que pensaba de la situación, de su proposición, de todo eso?

—¿Tu “proposición in-10-cente”?

Hizo el gesto de entrecomillar.

—¿Ah, sí? ¿De verdad te parece indecente?

—No, es solamente la referencia al videojuego, ¿sabes?

¿El videojuego? Ni idea.

—Y también, tengo que decir, para mí no es usual que una mujer lo propone, sabes, pero me tengo que sentir... Quiero decir, para mí es un...

Imposible saber si decía lo que pensaba o lo que creía que debía

decir. Pero hablaba con un acento tan inusitado y con unos giros mal traducidos tan suyos, que a ella le pareció que no podía estar fingiendo. Además le había acariciado el brazo de nuevo, como amasándola. ¿Se le impregnaría su perfume en los dedos y la recordaría luego?

—¿Y a ti en ningún momento se te pasó por la imaginación algo así? —mirándolo de perfil.

—No, no, yo soy muy tímido para esas cosas… bueno, alguna vez, pero solo un momento. No lo podía creer. Pero tú, ¿cómo has venido a esta idea?

Vaya pregunta. Con él era muy fácil "venir" a cualquier cosa... Su personal elaboración del idioma era como un sutil aderezo de sus labios y de su voz, y los hacía aún más comestibles y nutritivos.

Pero había que seguir interpretando el papel autoimpuesto de escritora en busca de experiencias límite:

—Pues yo quería llegar hasta el fondo en esta historia para mi novela, claro, pero no te pienses que lo hago en plan experimental y científico y todo eso, no es así, tú me interesas como persona, no como el objeto de un experimento de laboratorio.

—Entiendo.

—¿Y cómo te sientes ahora, estás incómodo?

—Bueno... Es muy raro para mí. Pero pienso que para ti es peor.

—No te creas. Yo ya contaba con esto. Con esto, y con cualquier otra contingencia.

Y si no entendía lo de contingencia, peor para él. No le iba a decir la verdad: que llevaba muchos meses viviendo en él, porque lo que de él presentía alimentaba sus noches y despertaba sus sentidos, los cinco de siempre más algún otro sin cabida en el repertorio, el del desequilibrio y el de la sinrazón. Que le agradecía que su frescura no fuera insolente y que soñara en verso. Que se moría por su acento y sus errores de gramática, por su bicicleta y sus anacronías, y por su olor.

Aunque le podía decir una verdad a medias:

—Dentro de algunos años, tú también pensarás que hay que cometer locuras antes de que se acabe el tiempo.

Él se disculpó por no querer cometerlas con ella:

—La verdad, no has tenido suerte. Llegaste en el mal momento.

La tarde de un verano prematuro iba cayendo entre los árboles enrejados y el declive del sol los alcanzó de lleno en una curva. Se había instalado otro de aquellos silencios sólidos. Pero esta vez lo rompió él.

—¿No me vas a contar ahora el argumento de tu novela?

—No, ahora no —dijo Maelis, tragando puños—. Lo que sí voy a hacer es dejarte tranquilo. ¿Adónde te llevo?

—Si me llevas a mi casa, tal vez tengo tiempo de hacer algo hasta las siete. Es cerca del microcampus. ¿Sabes dónde está?

Maelis asintió y giró para regresar, fingiendo ignorar el vacío áspero y seco del fin de fiesta. Sin saber cómo, ya estaban metidos de nuevo en otro atasco, y habían vuelto a toparse con los cortes intermitentes de tráfico. Para escapar del atolladero, tenían que salir otra vez del casco antiguo. Maelis quitó la música, puso el GPS y sintonizó el receptor de información viaria.

De trecho en trecho había que parar, al ritmo que imponía la caravana, y Maelis pudo al fin descansar y volver la cabeza: llevaba mucho más de una hora conduciendo, y muchísimo más de un año esperando por él. Se dio permiso al fin para contemplar a su tímido oponente. Tenía cara de niño, sin los surcos de la vida en plena labor, porque la juventud es esa calidad de mullidez, de carnosidad, de aterciopelado. La nariz un poco respingada, los ojos de uva, entre amarillos y verdes. ¿Y la boca? No sabía, estaba de perfil ahora, pero los dientes parecían de lobo, o de tiburón, ¿afilados? un poco encorvados hacia dentro, muy poco, no le quedaban mal. Se hacía el distraído, mirando por la ventana, con las manos apoyadas en sus muslos espaciosos. Tenía las manos anchas, aunque sus dedos eran singularmente distintos a los que imaginaba para su condición de postadolescente, dedos de artista con las uñas sin morder, y hasta con media luna.

Parecía tan desprevenido que ella se aventuró a poner su mano derecha cerca de la mano de él, sobre su muslo izquierdo, cerca de la ingle. Allí debajo latía la vida, pero el decoro y la tela rígida del vaquero se interponían. En seguida se arrepintió de esa torpe declaración y quitó la mano convertida en puño, devolviéndola al volante del que nunca debió haberse desprendido. A pesar de todo, la verdad se le escapó de golpe:

—Me gustas mucho.

Él no decía nada. ¿Qué iba a decir? Quería bajarse del coche. Ahora podía hacerlo: estaban a... ¿qué? ¿trescientos? ¿quinientos metros de su casa? No se bajaba. Tan educado... Seguramente en el fondo era muy etimológico y se tomaba las cosas en serio. O tal vez prefería no tener que cruzar en medio de todos los mendicadores que rondaban por la zona, ofreciendo preservavidas reciclados y botellas de agua de mar desalinizada.

—¿No me vas a escribir un poema? Me podías escribir uno, de recuerdo.

—Sí, puedo escribir un poema para ti, pero es que yo todavía no hablo español bastante bien para...

—No importa: la poesía admite deslices.

Maelis lo miró de nuevo, y allí seguía aún. Aún estaba a tiempo. A

tiempo para la furia, para los barrenos, tiempo de pasión, tiempo de incendio. Pero se contuvo.

Siguiendo las indicaciones de Lukas, aparcó el coche delante de un edificio chanflón y feo, con jardines de cemento rodeados de alambradas, diseñados para que jugaran los escasos niños que venían al mundo, ese mundo cuyo fin ya era tan inminente. Pero eso qué importaba, si él todavía estaba allí, a su lado en el coche.

—¿No me vas a invitar a entrar?

De ninguna manera. En eso era aún más irreductible que en su negativa a amar: estaba todo desordenado, él no vivía solo, tenía que limpiar... Majaderías. ¿Quién limpiaba a esa edad? Hizo el último intento para retenerlo unos minutos más.

—¿Cómo hacemos para que puedas leer el borrador de mi novela?

Él sugirió que se lo mandara y ella asintió. ¿Tenía su correo? Que lo anotara, por si lo había perdido. Él anotó aplicadamente su dirección con el lápiz del pad. Tenía letra apurada de colegial, o quizá fuesen los nervios. Maelis guardó la tableta y él abrió la puerta del coche y dijo, como disculpándose, algo que Maelis no entendió. Luego se inclinó hacia ella rápidamente y su antiguo olor, ya no olía a colegial sino de nuevo a loción para después del afeitado, la inundó brevemente. La besó de refilón entre el cachete y la oreja, y ella ni siquiera intentó rozar sus labios con la boca. Era mejor zanjar la cuestión, ahora que todo estaba ya vendido.

Mientras se ajustaba el cinturón de seguridad vio cómo él, inaccesible, inabordable, su capitulación, su naufragio, se alejaba, y cómo, antes de doblar la esquina, se volvía para saludarla con la mano en señal de adiós. O para comprobar que no lo seguía.

Hacía muchos meses que Maelis no bajaba al centro de Santa Cruz. Recelaba de la muchedumbre, de los malos olores, de la suciedad, del riesgo real que podía correr por esos andurriales. Pero necesitaba perderse de sí misma. En el quiosco del Príncipe estaba tocando música una banda de dixies, con sus disfraces raídos y sus metales deslustrados. Tocaban *cakewalks* y *out-of-tunes*, la banda sonora de aquella sátira de desamor recién vivida entre una Maelis Salem desacertada y un Lukas Stern muy suyo. Volvió a casa cuando empezaba a oscurecer.

Max la esperaba para cenar.

—¿Dónde has estado?

—Nada, por ahí, perdiendo el tiempo.

A la hora de dormir él se puso zalamero, pero a ella le dolía la cabeza, claro.

—Abrázame —le dijo a Max cuando apagaron la luz.

Su abrazo era sin embargo una pobre medicina que no conseguía

atajar el aluvión que corría por su garganta.

—¿Qué tienes?

—Me he resfriado, creo.

Antihistamínicos. Pastillas para dormir. Calmantes para el dolor de estómago. Ya estaba somatizándolo todo. Hidróxido alumínico, 8,2 gr. Carbonato cálcico microlipocubierto, 5,25 mgr. Sacarina sódica, 0,05 gr. Ni con sacarina sódica se endulzaba esa pena.

Por la mañana, al ir a coger la ropa que llevaba la víspera, el olor de Lukas, real o imaginario, se desprendió como un vaho maligno del vestido negro de su desencuentro. Decidió tirar el vestido al depósito de reciclaje. No pensaba volver a ponérselo, de todas formas.

"¿Qué importancia tiene que no seas mi amante, si eres ya mi amado? Es una simple cuestión de formas verbales, y no vamos a discutir por eso, por un verbo, ni por el participio activo tan venido a menos. ¿Acaso el hecho de no acceder a una intimidad acrobática contigo va a impedir que muera por ti como ya muero? Pues no. Puedo amarte desbocada, y a la vez puedo amarte castamente, por desgracia. Parece ser que descubro, a buenas horas, el amor platónico.

¿Me dejarás ser, aunque no sea otra cosa, un planeta en tu elipse? ¿Me dejarás orbitar? Puedo soportarlo. No necesito más. Me conformo con eso. (Dice que se conforma con eso, pero... ¡Cuidado! Es solo una estrategia: tan pronto le asignes destino o lugar o puesto en tu corte de admiradores o en tu club de fans, intentará aprovechar cualquier descuido.)

"Qué faré yo o qué serad de mibi? Habibi, non te tolgas de mibi..." Concédeme una plaza en tu fuerza de gravedad. Déjame gravitar en tu órbita. No libremente. Nunca libremente: mi pasión me esclaviza."

No era un fracaso ni una fijación en un orden caduco. Era *"un amor que podía prescindir de su objeto, que en la nada encontraba su alimento",* como decía Julio, y qué Julio, pues, Cortés no, César tampoco, Casares mucho menos. El único, Cortázar y cortante, amargo y destemplado, che, no seas boluda. Sí, boluda. Y encima se le estaba pegando la manera de hablar de los escritores que él le contó que leía, y que ella se había apresurado a descargarse.

Pasaron unos días, y el acíbar del rechazo se fue diluyendo en el tiempo y la memoria. Se proyectaba la sesión continua de las dos horas escasas que decidieron el término de su lance, recreándose en los detalles, buscando indicios que le permitieran reconstruir el mito o el espejismo y, de tanto buscar, encontrándolos: había sido quizá demasiado directa, se le habría aparecido como una devoradora de hombres, no supo hablarle de sentimientos. Así no se hacían las cosas, y menos con un niño. Se echaba todas las culpas.

Lo del compromiso (¡en esos tiempos!, qué ucronía más grande, qué obsolescencia…) le parecía un pretexto discutible, y Maelis se convencía a sí misma de que él la había rechazado por la precipitación de su propuesta, por un error de procedimiento. O, vale, okey, porque ella no le gustaba. Pero, aunque así fuera, no iba a tomárselo a la tremenda. Pensaba en los hombres a los que ella en algún momento se había negado, y ninguno parecía haber sufrido pérdidas irreparables por ello. Además, estaba segura de que tarde o temprano Lukas la acabaría llamando. Ahora estaría cogiendo moscas. Pero en cuanto se lo pensara bien, la llamaría.

Mientras tanto, a Maelis no le quedaba otra que volver a encontrarse cada noche con el fantasma de Lukas. Un Lukas más comedido, más acorde con el de verdad, el que ahora conocía. En el nuevo sueño, resultaba que Maelis y Max eran los padres de un tal Bibu y vivían tan felices en una casita muy *town,* cuando de pronto un buen día el Bibu se presentaba con un compañero de la facultad que no tenía dónde quedarse. Podía instalarse en el cuartito de la azotea, aunque ¿no resultaba un poco pequeño?, habría que sacar de allí todos los trastos, las mancuernas y el banco de ejercicios que Max arrinconó cuando se le pasó el síndrome de los abdominales. Pero si había que sacarlos, se sacaban, porque el compañero de Bibu era un chico tan educado y tan serio, clavadito a Lukas, con su pantalón de loneta beige y sus camisetas blancas, con su reloj de pesca submarina y su bicicleta vieja… Los chicos hacían su vida, pero Maelis coincidía a veces con “el nuevo” en la cocina (las cocinas tenían una relevancia extrema en el inconsciente de Maelis: la comida y el amor debían de tener algo en común para ella), y sus rodillas se rozaban sin querer debajo de la mesa, te preparo algo, no gracias ya me lo preparo yo, como quieras estás en tu casa, y ella se colocaba en su sitio el escote del albornoz que se le había entreabierto, mientras el ir y venir del aftershave de Lukas tejía una red de señales que ella captaba con su antena sensorial. Una noche ella regresó tarde a casa, de una cierta fiesta (seguro que a Max le habría gustado acompañarla, pero Maelis lo había mandado de viaje para que no estorbara en el momento más álgido), y le extrañó ver luz en la sala: los chicos a esas horas solían estar durmiendo. Al entrar vio a Lukas leyendo. Ah, Lukas. ¿Aún no se había acostado? Y él, qué va, que la estaba esperando, que no podía dormir, le pareció que tardaba, estaba preocupado. Ella se extasió: hacía mucho tiempo que no encontraba a nadie esperándola al volver tarde a casa. Para celebrarlo fue derecha a la cocina a abrir una botella. Él la siguió. El corcho se resistía. Lukas se apresuró a ayudarla, y ella sintió sus manos fundiéndose entre las dos suyas. Propuso un brindis: por la juventud eterna, pero él le quitó la copa y se puso muy serio, había algo que tenía que decirle, hacía ya varios

días que pensaba hablar con ella. ¿Había ocurrido algo grave? No, nada grave, o bueno, sí. Que creía que se estaba enamorando. A Maelis le subían los colores, pero mucho cuidado, no fuera a equivocarse. Le preguntó si estaba pensando llevarse a la niña allí, a casa. Lukas se echó a reír. No, no era eso. Se miraron como nunca antes, y después de eso fue cuando vino el primer beso, que ella encontró algo intemperante y que a Lukas debió de saberle a poco, porque agarró a Maelis y se la llevó hasta su cuarto de la azotea dando traspiés por la escalera. *"Nos dimos un verso y nos metimos en un grave poema…"* Ella, que a esas alturas tenía ya la piel hirviendo y la boca huérfana, iba anclada a él, pero prométeme, decía, mira que como se entere Max, ¿qué Max?, ¿el de verdad o el de mentira?, hay que portarse bien, y él le juraba y prometía. La sentó sobre la cama y sin dejar de mirarla empezó a quitarse la ropa. La luz amarilla de la escalera refulgía en su cuerpo de cárabe, sin camiseta blanca ni pantalón de loneta, y con el calzón enarbolado. Al verlo desvestido, Maelis creyó en la inmortalidad de la especie humana y en la perdurabilidad de la materia. Aunque a contraluz su mástil le pareció desproporcionado: en la fábrica de sueños se les había ido un poco la mano con las medidas. Pero tuvo que seguir mirando, porque Lukas ya solo tenía puesto el reloj de pesca submarina. Iba a proceder a la inmersión. Se acercó a ella y le desanudó el vestido, liberó sus hombros y su espalda, y la empujó hacia atrás sin brusquedad sobre la arena de la cama deshecha. Bésame aquí y aquí y aquí, le pedía Maelis recogiéndose el pelo y ofreciendo su nuca, la intersección de sus ingles y el pulso que latía en sus muñecas. Y él se avasallaba suavemente, besando también los pliegues que surcaban sus párpados como afluentes de sus ojos, sus ojos nísperos que brillaban como carbúnculos. El vestido cayó al suelo en la playa mojada junto a la ropa de Lukas. Las pieles sorprendidas se reconocían, la de Maelis mantequilla, seda gastada, la de él albaricoque en almíbar. Era infinitamente refinado y experto para su edad (la edad, esa furtiva asesina): acariciaba como un acariciador profesional, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida, como si fuera un pintor dándole vida con su pincel, y ella el retrato sobre el lienzo. O como un hábil buceador, descubriendo premioso los arrecifes de la isla Salem: ya navegaba entre las vetas, buscando el rubí de fuego que dormía entre sus muslos, tallándolo con sus dedos sabios, imán abrasador, disparador de cumbres, simas y delicias. El hábil buceador no parecía tener ninguna prisa. Su obsceno submarino, en cambio… Entonces Maelis lo amenazaba con el filo de los dientes suavemente, y lo engullía. Más tarde acabaría tragándose a Jonás, como la ballena; y el néctar de Lukas le sabría definitivamente a océano.

Y así una noche tras otra. Porque solamente de noche podía Maelis

encontrarse con su genio lascivo. Por el día malvivía.

Se distrajo durante un par de semanas con la llegada de un grupo de investigación al que tuvo que servir de anfitriona. La visita a los santuarios I+D se hizo en un helicóptero Chinook antediluviano cedido por la helipasma, sobrevolando autopistas colapsadas y campos de refugiados bajo el cielo anodino de las tardes de lluvia ácida. En el museo botánico de La Orotava, donde se conservaban las últimas plataneras dentro de urnas biosféricas, todos quedaron boquiabiertos con la técnica de reproducción vegetal asistida. Luego por las noches cogían el trans-sub para llevar a los visitantes a un hangar sin nombre en Araya, donde se había puesto de moda encanallarse con drogas sintéticas de sabores ancestrales, sabores a jengibre, a bergamota, a maracuyá, a cantarelas. Decían que era un sitio poco seguro, y mucha gente iba allí por eso. Ella no. Ella iba buscando.

A ese, y a otros lugares extraños llevó a los forasteros, y en todos buscaba a Lukas. Pero por más que, obstinadamente, cada noche se ponía las lentillas de infrarrojos que se había comprado para ver en la oscuridad de las catacumbas, por más que con cada recién llegado volviera la cabeza sin prestar atención a sus invitados, no consiguió jamás encontrarse con él. Era el proyecto más evanescente de su vida.

Había pasado un mes desde la tarde del secuestro inútil de Lukas. El grupo de investigación ya estaba aclimatado, y colocados todos sus componentes en equipos de apoyo en los que en realidad no hacían ninguna falta. Pero ninguno había querido regresar a su país de origen.

Había pasado un mes y por fin tenía tiempo para volver a poner orden en la incuria de su corazón hipotecado. En todo aquel tiempo Lukas no había dado muestras de interés. O quizá no la había localizado: es notorio que los teléfonos siempre lo dejan a uno colgado en los momentos cruciales. Iba a averiguarlo enseguida.

Tecleó la cifra mágica y, prodigio de prodigios, el fauno cárabe contestó:

—Hola, Juan Hielo —susurró Maelis.

—¿Quién es?

—Soy el acariciador loco —dijo ella, pensando en el videojuego de la proposición indecente.

—¿Quién?

Pero ya la había reconocido. Ella se disculpó por su atrevimiento y por el mal rato que le hizo pasar aquella tarde de sábado, y él insistió en que para ella había sido muchísimo peor. Ella eludió su parte de condena y propuso que volvieran a verse, y él recalcó que solo (remachando el “solo”) para hablar. Ella forzó una risa fingidamente

atolondrada y prometió llevar el primer borrador de su famosa novela. A él le pareció buena idea. Quedaron de nuevo en tierra de nadie. Él mencionó la terraza de una cafetería a la que a ella jamás se le habría ocurrido ir, pero aceptó sin condiciones. Y aún faltaban ocho interminables inaguantables días.

"Corazón infusible, inexpugnable fortaleza, ¿qué me has hecho que ya nunca estoy como estaba ni soy como era?

A veces, por fortuna, un espejismo me rescata de las zonas sombrías, como si hubieras aceptado entrar en el juego y se hubiera consumado tu entrega. Estamos solos y tú no desconfías. Túmbate ahora a mi lado, cierra los ojos. No hagas nada. Yo lo haré todo por ti, si tú quieres. La habitación está a oscuras y huele a una tarde de verano de las de antes. El sol se detiene en la franja fresca de la ventana entreabierta. Estamos recién duchados los dos, con el pelo mojado todavía. Déjate llevar por el entumecimiento de la siesta, por el silencio de la ciudad dormida. Las sábanas blancas están frescas y crujientes como obleas y tu cuerpo irradia una energía que casi puedo ver en la semipenumbra.

Primero voy a domesticar tu olor. Voy a hacerlo mío. La fragancia de tu piel, el efluvio de tus axilas, el olor de tu pelo, el aroma picante de tu sexo que me ata a ti con más fuerza que un as de guías, como un vínculo intangible. Déjame que te separe los brazos, que separe tus piernas. Déjame hacer. Sin tocarte voy a aspirar despacio tu perfume que me emborracha. ¿Sientes el huracán impaciente de mi respiración?

Ahora tu olor forma parte de mi identidad. Ya me pertenece. Está impreso en mi código genético. Ahora voy a registrar la calidad de tu materia corpórea. Primero con la boca: no quiero violentarte con mis manos voraces. Mi piel que sobrevuela la tuya se carga de tu energía y con los labios acaricio a distancia tu perfil caliente. Tu calor llega hasta mí como un aura. ¿Sientes ahora el rastro de mi lengua por tu pecho, por tu vientre, y por tu cabo de hornos, muy despacio, sin forzar?

No hagas nada. No te muevas. Yo lo haré todo por ti, si tú quieres. Te tomaré entre mis labios. Te desnudaré con la lengua, te despojaré suavemente, te dejaré crecer aún más dentro de mi boca, te acariciaré con los labios hasta que te derritas. Y luego me lo tragaré todo. No quedará ni rastro de tu fluido sabroso, de tu licor espeso, de tu crema líbida. ¿Sientes cómo te vacías dentro de mi boca, que te acoge en su blandura tibia?

Cuando ya estés ahíto, cuando yo te tenga todo dentro, mi boca abandonará el burgado vacío sobre tu vientre, como la marea abandona pecios y conchas en la orilla. Tu respiración se irá calmando

poco a poco, y cuando te despiertes no habrá ya nadie a tu lado.

No hacen falta prestaciones. No se trata de batir marcas. Solo quiero catarte, sin atiborrarme de ti. Solamente una vez. Permítemelo. Estoy a dieta de ti y me voy a morir de inanición. Dame al menos una pequeña dosis. Será suficiente para sobrevivir. Será quizás el antídoto que me permita desintoxicarme de ti para siempre."

Pero no había ni dosis ni antídotos, no había más que el monótono paso de los días, roto únicamente por la promesa de su cita sabática. Como si no hubiera ni música ni olores ni jardines. Ni los videojuegos del Ludo en los que Max, cuando la veía ausente sin saber qué motivaba su ausencia, se empeñaba en iniciarla: pasatiempos multimedia, multiacceso, multiusuarios, trepidantes persecuciones interactivas en escenarios de colores planos y estridentes, retos de estrategia o destreza con muy mala uva, juegos en tres dimensiones, en tiempo real, casi en vivo… Nada, ni siquiera eso, lograba extraerla de su estado de abatimiento. Porque no había ni presencia ni alivio.

Intentarlo, ella lo intentaba. Se sentaba, obediente, se ponía el casco, y pulsaba el botón de arranque. Las voces metálicas se filtraban por los auriculares: "¡Rápido, rápido! ¡Más aprisa! — ¡No puedo! ¡Mantén quieto el maldito trasto! — ¡Dispara ahora! ¡Deprisa!" En todos los videojuegos la consigna era siempre "rápido", los trastos eran siempre malditos pero eficaces en su lucha contra el lado oscuro, las conspiraciones eran siempre sombrías y maniqueos los argumentos, y por la pantalla móvil desfilaban personajes varios con diversas intenciones, las más de las veces con atuendos imposibles y actitudes de absoluta provocación a la violencia que a ella, sin embargo, la dejaban indiferente. Porque ninguno era el que ella buscaba, el que le hacía más falta.

El que más falta le hacía era el más inalcanzable, precisamente en una época en que no quedaba nada que no pudiera alcanzarse con un poco de imaginación y una consola de videojuegos.

Y así fue, de esa manera tangente, como se le ocurrió a Maelis la idea que no habría de tardar en desbancar a todos sus sueños artesanales.

IV

Había llegado el día, por fin, sábado 16 de julio, y la plaza era como un templo de mercaderes. Desde su mirador en el edificio del antiguo Casino, Maelis dominaba el fragor y la mugre, el tumulto, el desorden cuasi medieval, los olores picantes y ácidos que emanaban de todo aquel gentío. Había llegado antes de la hora para poder llevar a cabo su plan.

Desde allá arriba se veía todo. La suciedad. La miseria y el exceso. La vulnerabilidad de los transeúntes, su falta de agilidad para esquivar los avisperos, su falta de reflejos. Uno pensaría que el peatón urbanícola, a esas alturas, estaría profesionalizado... Pero no. Era un frágil aficionado. Algunos extravagantes arrastraban mascotas inverosímiles, hurones, conejos, monitos, bichos asustados tironeados por correas y lazos, pisoteados por la turbamulta de viandantes, o amarrados a una farola esperando a su dueño. Otros, más extravagantes aún, empujaban un carrito con niño dentro, a ras de los tubos de escape, del ruido de los motores, de las motos circulando a contracorriente por mitad de la plaza. Tropeles de presuntos turistas como plagas de langosta. Mendicantes, menesterosos unos, viviendo del cuento otros, exigiendo providencia. Espontáneos de la indigencia cantando a voz en cuello, o mortificando un acordeón o una trompeta, a la espera de que alguien se arrancara por gentilezas con tal de que se largaran con la vaina a otra parte... Maelis se estremeció: en unos minutos tendría que bajar a bañarse en aquellas aguas.

La terraza donde estaba citada con Lukas era como un atolón en medio de un maremagno, cercada por paneles blindados, climatizada por aspersores de agua helada, protegida de los timadores y de los pedigüeños, de los trileros adustos echando cartas y de las gitanas enjaezadas diciendo la buena ventura (que en el caso de Maelis habría de ser la mala), de los africanos altivos vendiendo paloduz y de los andinos impávidos tocando instrumentos del altiplano. Desde el segundo piso del edificio contiguo distinguía claramente, a través de las mamparas, las mesas inmaculadas donde unos cuantos remilgados sorbían sus bebidas, ajenos al discurrir del universo, como peces en un acuario rodeado de tiburones. Un poco más allá había otra terraza abierta: aún quedaba gente a quien le gustaba la promiscuidad, sobre todo a los forasteros. Unos saltimbanquis se paseaban con parsimonia entre las mesas, furtivos, enganchando al pasar lo que podían, las propinas olvidadas o los restos de comida que quedaban en los platos.

Maelis tenía el aparato listo. Estaba estrenando: se había comprado

para la ocasión una cámara con autoenfoque y teleobjetivo óptico y con todos los píxeles disponibles. Le habían explicado que la calidad de las imágenes era fundamental a la hora de pasarlas a otro soporte, y ella quería alta definición. La más alta de todas las definiciones posibles. No podía conformarse con menos.

Encontrar un laboratorio especializado en realidad virtual había sido más complicado. Los videojuegos se conseguían casi todos exclusivamente online, y en la isla solo había aficionados, estudiantes de la Facultad de Imagen que duplicaban prototipos para sacar algo de dinero mientras preparaban sus tesis. Le hablaron de un grupo clandestino que operaba desde los sótanos de la propia Facultad. Fue varios días allí, a preguntar, pero extrañamente nadie le sabía decir por dónde se bajaba al sótano. Tuvo que recurrir al sobrino de una subalterna del Centro de Recursos, que trabajaba para una revista de juegos de rol interactivos, y que la introdujo en el ambiente. Al final, había conseguido que la recibiera un tipo pálido, casi fosforescente, con los brazos cubiertos de tatuajes azulados, que le habló sobre todo de tarifas. Le explicó con displicencia que existían dos versiones en el diseño de juegos virtuales, *reality games,* como él los llamaba: una más económica, con un guión prediseñado, en el que los personajes tenían roles previamente establecidos, y otra un poco más cara, de roles abiertos, en la que los personajes actuaban según los parámetros introducidos en el programa en base a unas tablas de caracteres standard. Le dio muchos detalles, pero Maelis no se acordaba de nada: llevaba un buen rato perdida con tanto tecnicismo. En cualquiera de los casos, hacían falta imágenes perfectamente nítidas, tomadas desde distintos ángulos, de las personas que fueran a aparecer en el videojuego. Regatearon y al final el albino tatuado, al que le decían Sylabus, accedió a hacerle un presupuesto cuando le trajera las fotos.

Y en esas andaba: en la captura de datos. No tuvo que esperar mucho tiempo en su atalaya. Poco antes de la una vio llegar a Lukas, lo buscó en la pantalla y lo enfocó de inmediato. Durante unos instantes se demoró en contemplarlo. ¿Qué estaría pensando? Parecía inescrutable. A Maelis se le aceleró el pulso, pero la mano no le temblaba. Empezó a disparar. Ella seguía con la cámara todos los movimientos de Lukas, y la pantalla recogía sincopadamente su derrotero. De pronto algo llamó su atención. Levantó la cabeza, y su mirada felina, el dibujo de sus labios, el brillo de sus dientes quedaron para siempre atrapados en la red.

Cuando le pareció que ya tenía material suficiente, Maelis extrajo con cuidado la tarjeta de memoria, la introdujo en un sobre y se la guardó en el bolso. Antes de bajar, entró en el servicio del bar y se miró en el espejo mohoso. Estaba efervescente como un refresco de soda. Maquiavélica y vulnerable.

Él no la reconoció al verla: se había puesto una peluca negra y corta que le endurecía los rasgos. Llevaba también gafas oscuras y ropas parecidas a las de los patinadores del Parque. Se sentó enfrente de él, sonriendo. Parecía que con la peluca le habían prestado también otra personalidad, más tenebrosa.

Él, en cambio, no sonreía como otras veces. Parecía a la defensiva, o quizá malhumorado, pero ese ceño ligeramente fruncido le favorecía a pesar de todo.

Después de un intercambio diplomático de frases hechas, ella le preguntó si había vuelto a pensar en su oferta, por si había cambiado de opinión, pero él dijo que no, apenas, no. No había tenido tiempo. Luego se quedó callado y se puso a mirar hacia las mesas vecinas. Estaba hermético. Y tan... Con su... Y sus...

—¿Y a quién se lo has contado? —era preferible saberlo.

—A nadie —parecía sincero.

—¿Y tu "n-o-v-i-a" qué opina? —preguntó Maelis, cuatro dedos en el aire, entrecomillando adrede.

Consiguió que se riera. A su chica sí se lo había contado, claro, y ella le había dicho que tuviera cuidado. ¿Tan peligrosa le parecía Maelis Salem?

—¿Qué piensa, que estoy chiflada?

Lukas no contestaba: no sabría lo que significaba "chiflada". Y Maelis tirándose al agua:

—Loca por ti sí, un poco.

Él arqueó levemente las cejas pero no dijo nada. Seguía muy distante. Impenetrable. Maelis estuvo a punto de levantarse y salir corriendo. No podía nadar como un salmón contra la corriente de su indiferencia. Pero tampoco podía renunciar a su presencia, porque era como dejar de respirar. Aunque doliera el aire que tragaba.

Para quitar hierro, le enseñó la cámara.

—Mira lo que he traído. ¿Me vas a dejar que te saque unas fotos?

Que no, que para nada: si él salía muy mal en las fotos. Además ¿para qué las quería? Inquebrantable.

—Pues para mirarte. Para robarte el alma.

—No, de verdad, lo siento, pero tengo que decir no.

—Bueno, no importa. Ya te saqué unas cuantas desde la terraza cuando llegaste.

Maelis señaló la azotea del edificio, sonriendo. Pero a él no le hizo gracia. Se puso muy serio.

—Pienso que no tienes derecho, no entiendo a qué juegas, y no me interesa tampoco, pero pienso que no puedes hacer fotos sin mi permiso.

—Chico, no te lo tomes así.

—Lo tomo como quiero, además no tengo gana de seguir con esto.

Recogió su macuto, para marcharse. Ella se alarmó: si no era cierto, si era solamente una broma. Sin darle tiempo a levantarse, le enseñó la cámara, se la puso en las manos.

—Toma, mira: está vacía, ves que no tengo tarjeta... Mira si quieres el fichero de imágenes.

Lukas pareció tranquilizarse. Decidieron pedir algo de beber, él un batido de papaya y ella una caña. No, nunca bebía alcohol. No, por nada, simplemente no le gustaba. Pero cañas no quedaban. Y el batido tenía un sabor raro, y tuvieron que pedir otra cosa. Seguramente no era ni batido ni de papaya.

Maelis le preguntó por el poema. ¿Se había olvidado?

—La verdad, no he tenido mucho tiempo para escribir. Pero no lo he olvidado, la verdad.

—Yo sí te he traído un poema.

Sacó un papelito doblado en cuatro y se lo entregó. Él puso cara de "vamos a ver, vamos a ver" y leyó en voz alta: "Road-movie..."

—¿Road-movie?

Sonrió un poco, recordando tal vez la tarde del "secuestro", y siguió leyendo:

— La tarde está hirviendo en las aceras
Las sombras son agujeros de bordes nítidos
oscuras como bodegas y frescas como botijos
Se levantan silencios cargados como nimbos
Ya se libró una batalla incruenta
entre mis sentidos y tu pragmatismo
Mi piel desbocada enfrentada a tu razón
Mi carne abierta y la tuya ajena
Quiero amasar tus muslos sin que nada se interponga
Quiero pasar mi lengua bajo la sierra afilada
de tus caninos de tiburón y que me muerdas
¿Por cuánto tiempo vencerá tu castidad?
¿Blandirás siempre un escudo tan puro
ante tu espada flamígera de carne y semen?

Maelis lo observaba mientras leía. Se sonrojó ligeramente. Ella también estaba intimidada: aquello era una declaración. Él hizo ademán de devolverle el papel.

—No, quédatelo. Lo he escrito para ti. ¿Te gusta?

—No entiendo muchas palabras pero parece interesante.

Era obvio que no quería comprometerse con otros calificativos. También le parecía un poco... Un poco agresivo.

—¿De verdad me tienes tanto miedo?

Pero él eludía meterse en arenas movedizas. Se quedaron en silencio, viendo estirarse los minutos en el reloj de la torre del

Cabildo. Luego él le preguntó por la novela. ¿Llevaba mucho escrito? ¿Se la iba a dejar leer?

Maelis, viendo llegar el momento de las verdades más crudas, intentó desviar la conversación, pues sí, ya llevaba más o menos cincuenta folios, pero se estaba quedando sin ideas, y por cierto, ¿cómo hacen los escritores cuando se quedan sin ideas?

Lukas insistió:

—¿Y? ¿Puedo mirar? Tal vez puedo ayudarte.

—Pues fíjate que me la he olvidado en casa, me di cuenta cuando estaba llegando aquí, pero ya no era cosa de regresar, me habría retrasado mucho, podemos vernos otro día si te apetece y así la lees.

Él desvió un momento la mirada, y luego:

—Dime, ¿qué quieres en realidad?

—Ya lo sabes, ya te lo conté, tener una experiencia contigo, para que tu personaje me salga más redondo —Maelis dando excusas.

—Pero yo te he dicho que eso no es posible —Lukas impaciente.

—Sí que es posible, pero eres demasiado cagueta, tienes miedo de vivir algo que luego se te vaya de las manos —a la desesperada.

—¿Cagueta? ¿Qué es cagueta?

—Gallina, timorato, cobarde…

—Mira, ya tengo bastante.

Lukas se puso en pie bruscamente, empujando la silla. Los vasos se tambalearon en la mesita coja. Ella lo siguió entre las plantas artificiales, intentando retenerlo, agarrándolo por la manga de su camiseta gris.

Salieron a la plaza, al calor húmedo y la luz blanquecina del mediodía.

—Espera, Lukas, déjame que te explique.

El paso de un carrito teledirigido los obligó a detenerse.

—Por favor —le tembló la voz a Maelis.

Se apartaron del aluvión que surcaba la plaza. A la sombra del edificio, él se volvió a mirarla. A ver, ¿qué?

—¿Por qué eres tan duro conmigo? Si te pones a ver, yo no te he hecho nada.

—Prefiero si no haces chantaje sentimental.

Qué bien manejaba los conceptos de repente.

—No me creo lo de tu novia —disparó ella.

—Y yo no creo nada de tu novela —asestó él certeramente.

Era mentira, lo de la novela era mentira. Vale. Lo confesaba. Que la perdonara, no había querido burlarse de él, se lo juraba. Pues entonces que lo dejara tranquilo ya. Pero es que ella necesitaba verlo. ¡Si ella no quería escribir una novela sobre él, quería vivirla, quería vivir una novela con él, aunque fuera corta! Bueno, si lo que buscaba era una aventura, él le podía presentar a uno o dos amigos que tal vez... Lo

dijo sin maldad, pero a ella se le clavó como un arpón.

—¿Pero no te das cuenta? ¿No quieres darte cuenta de que no es eso? —gritó Maelis. Había perdido por fin aquella compostura que tanto le estorbaba. Lo había conseguido. Pero tampoco eso lo conmovía.

—Lo siento, yo no puedo ayudarte.

—Entonces ¿no quieres que volvamos a vernos?

—No. Lo siento.

Como en aquellos versos de Benedetti que se había aprendido de memoria: *“pero vos encontraste la manera una manera tierna y a la vez implacable de desahuciar mi amor”*.

Era una despedida de emergencia. Pero en aquella ocasión fue ella la que se acercó a darle un beso. Antes de que él tuviera tiempo de esquivarla, ella se había apoderado ya de su boca, de su suavidad morbosa, de su humedad lasciva, de sus labios de terciopelo y de su aliento, como en sus sueños. No le dio un beso: se lo quitó. Fue un beso robado a su héroe reencarnado. Un beso en carne viva. Un beso sin derecho a devolución. Solo una dosis mínima para poder seguir viviendo. Décimas de segundo eternas robadas a su inadvertencia.

Cuando él retrocedió, ella aspiró profundamente el aire denso y sofocante que acababan de compartir. Él permaneció inmóvil unos instantes y luego le dio la espalda sin decir una palabra. Maelis lo vio alejarse: no se dio la vuelta ni una sola vez para mirarla. Castigándola por su imprudencia temeraria. O simplemente indiferente.

Ella permaneció unos minutos apoyada contra la pared del edificio. El sudor le resbalaba por debajo de las gafas de patinadora, mezclado con las lágrimas y los versos: *“todas mis intuiciones se asomaron para verme sufrir y por cierto me vieron”*. No sabía ni adónde ir, con aquel beso robado en su haber.

Ya no recordaba dónde había dejado el coche. Deambuló por la alameda asolada, por el puerto, cerca de los muelles, sorteando bichos muertos y contenedores herrumbrientos, pisando orines y desperdicios, entre camiones y grúas, entre marineros franceses y pescadores rusos, entre legionarios y coreanos, buscándolo. Cuando lo encontró aparcado, se encerró dentro con el bloqueo de seguridad activado. En la esquina, detrás de un dispensador de fluido eléctrico, había un borracho aliviándose. Al verla, empezó a hacer con la mano unos gestos inequívocos, “eh, chss, chss, cuerpo, ¿estás sola?”, silbando entre dientes, “¡cuerpo! te voy a comer la llaga”. Maelis apartó la mirada y se miró en el espejo retrovisor. Sus gafas de sol estaban partidas. Las arrojó a la calle y un mendicador las recogió, seguramente para revenderlas.

Aquella misma tarde un viento huracanado y ardiente barrió la isla, rompiendo las amarras en los pantalanes, arrancando cables, volcando

containers y arrastrando las señales en las autopistas. Un relámpago aislado cegó por un instante a los conductores que bajaban hacia el sur. El rayo cayó sobre la central de telecomunicaciones, quemando varios transformadores. Se inundó todo lo inundable, los coches nadaban en sopa fría, y por cualquier hendidura corrían ríos de tierra. En las dos horas que duró la tromba de agua y barro, se contabilizaron cincuenta y dos accidentes de tráfico, aunque sin víctimas mortales. Uno de los coches accidentados fue el de Maelis. Pero más abolladuras llevaba ella.

"¿Qué cosa es el sexo, mi amor? ¿Y qué cosa, pero qué cosa es el amor, mi sexo? ¿Por qué obstinarnos en atribuir al Amor (con esa mayúscula que le da carta de naturaleza muerta) todos nuestros impulsos, cuando a lo mejor el noble instinto que nos anima es el mal llamado reproductor? ¿Por qué expresarnos en términos de amor para disfrazar nuestra animal entrega? "Te juro amor eterno", decimos cuando nos ponemos esenciales. ¿Y por qué no: "Te juro sexo eterno"? Esa es la traducción literal de la fórmula para machos montaraces, la que quieren escuchar de verdad: no importa tanto que sus mujeres dejen de amarlos, con tal de que mantengan la más estricta observancia del juramento de fidelidad genital. Lo contrario no se concibe, por extravagante: que ellos admitan la manumisión amatoria, la licencia erótica de sus hembras, a cambio de un amor incólume y casto hacia ellos, es del todo incongruente. Aunque el axioma es igualmente válido alterando los géneros: las mujeres no son distintas de los hombres en lo referente a cotos privados.

El sexo a secas es punible (violadores) y además está mal visto (políticos, hombres públicos, y mujeres no digamos). En cambio el almibarado amor es un eximente, como el estado de embriaguez; una franquicia. Lo justifica casi todo, hasta el crimen, hasta el asesinato. Hoy ha sido el amor lo que ha justificado tu frialdad, tu deserción, la grosería de tu desprecio. Y a mí, que únicamente te deseo, no me arropa ningún derecho."

Las noches siguientes, Maelis tuvo una pesadilla recurrente. Estaba junto a una pileta de acero inoxidable vieja y mugrienta, llena de agua empozada. Debía de llevar mucho tiempo el agua allí, porque el fondo del recipiente tenía un sedimento blancuzco de cal o barro. De pronto, en el lodo viscoso iban apareciendo unas letras, como escritas por un dedo invisible, mientras una voz de ultratumba murmuraba lentamente: "No lo publiques". Ella intentaba gritar, pero no salían sonidos de su garganta seca. Se despertaba gimiendo, bañada en sudor.

Decidió llamar a Imperio, experta en ciencias ocultas y fenómenos

paranormales. Según ella, era un símbolo muy típico: el agua en general, y más empozada, significaba deseo, y esa voz que le decía que no lo publicara era su propio inconsciente. Pero ya era demasiado tarde, ya estaba más que publicado, ya Lukas sabía.

“Nunca mi voz ha conmovido tu aura
ni tus cimientos.
El dardo apasionado de mis palabras
nunca acertaba
a prenderse en el blanco de tu diana
de hielo o miedo.
Mi cuerpo fértil, frondoso, río bravo,
se ha vuelto yermo.
Mi boca: surtidor, aljibe, estanque
de risa y besos,
ya se ha secado.
Mi sexo: fuente, huerto, puerto, atraque,
carece de corales
de humus primigenio
de espadas y de nardos.
Un temporal de verano
Un abrupto desencuentro
El aire se ha ensuciado
Se ha levantado el viento
La noche se ha rasgado
Se ha rasgado el recuerdo
Se han deshecho los símbolos
Se ha detenido el tiempo
Se han alzado las voces
Se ha cortado el camino
Se ha clavado un estoque
El plazo se ha consumido
Se ha hundido un imperio
Se ha quebrado el destino
A las puertas del silencio.”

Empezó a decaerse y le salieron mil peplas. No podía dormir, temiendo la aparición de aquella pesadilla que parecía esperarla cada noche en la misma arruga de la amohada. Cuando al fin conseguía distraer la mente y la iba poco a poco tumbando, surgía como un destello algún recuerdo y se le volvía a poner de pie el muelle de pensar. Tieso. Erguido. Era como un músculo con vida propia.

Eso, por las noches. De día, rondaba por los alrededores del microcampus, cerca de donde lo había dejado aquella tarde. Se

apostaba cerca de la Mediateca, a hacerse la encontradiza, pero siempre se marchaba sin atreverse a subir. Por la calle se le iban los ojos detrás de las chicas. Una de ellas, una acaparadora de veintialgo, se lo había apropiado. Empezó a mirarse al espejo como se mira al enemigo, con malos ojos, escrutando la edad que cavaba entre ellos el imposible encuentro: *"hace mucho muchísimo que yo no me enfrentaba como anoche al espejo y fue implacable como vos mas no fue tierno":* ya lo había dicho Mario Benedetti antes que ella.

"Tirar de mí sonámbula hasta tu calle desierta
acecharte y comprobar mi suerte amarga
pasar como una sombra bajo tu ventana ciega
sabiendo que no voy a llamar a tu puerta
que no voy a llamar a tu recuerdo
que no voy a dormir en tu cama
ni en tus sueños ni en tu cuerpo
tu lengua macho sobre mi lengua hembra…
Llamarte a gritos por los barrancos
llorarte como a nadie antes he llorado
perderte como quien pierde un pañuelo
inventarte de noche para ahuyentar el desvelo…"

Con Max la vida seguía siendo pacífica, aunque no como al principio. Ella a menudo estaba absorta, y él tenía que repetirle varias veces las cosas, porque no lo oía. Él seguía buscándola antes de dormir y ella, ausente, se prestaba inerte a todo, por no dejarlo en la cuneta. Pero cuando suspiraba, era para darle escape a su alma prisionera.

Al ser rechazada por Lukas, había sido descalificada como amante, había perdido su potencial amatorio, se había desviado del amor. Ya no podía complacer a nadie, si no lo complacía a Él. Recordaba sus manos de escolar, sus dientes afilados, sus muslos anchos, y no deseaba sentir otras manos, otros dientes, otros muslos, como Vero en "Costas": *"No quiero casi que otras manos me toquen, sólo tú, de cartílagos y mapas mantenerme extrañamente vírgen, de una noche a la otra esperarte".*

¿Y qué iba a hacer a partir de ese instante con su monte de Venus, con su mitad erótica, su versión hormonal?

"Me he desdoblado en dos Maelis. Vivo en una de ellas, pero me cuesta gobernarla cuando la otra se interpone. Cuando hablo con alguien, suelto mi alegato como una cinta pregrabada y luego me doy cuenta de que no recuerdo nada. La yo de este lado ha dado la réplica, mientras que la otra yo seguía el curso de su perdición.

No sé si es un proceso degenerativo, o el síntoma de que estoy en

vías de alcanzar el ascetismo absoluto, o quizá de que tengo que tomar magnesio, o fósforo, o hierro, o las tres cosas al mismo tiempo. O tal vez sea, simplemente, el amor.

Es el amor, mi amor, has puesto el dedo en la llaga. Es el amor que me consume desde hace tiempo. El síntoma definitivo es que me ha dado por la poesía mala de los amantes despechados. Escribo poemas (o pameos) pensando en mandárselos. Por suerte, un vestigio de sensatez me salva del ridículo.

También he vuelto a cometer una llamada. Volví a marcar esa cifra cabalística, esa combinación numérica prohibida ahora por su último rechazo, y cuando contestó (¿Él? no me merecía que no fuera Él), yo, como el genio de la lámpara, aunque a través de otros conductos menos poéticos, me introduje en su receptor como un soplo de aire, materializándome a su lado sin que Él notase más que una vaga presencia inodora. "¿Quién es?" y luego ante mi silencio: "¿Hola?". Por el tono contenido, tranquilo aunque intrigado, de su voz, supe que llevaba puesto un jersey azul marino, no, verde oscuro, sobre una camiseta blanca. Su silueta debía de recortarse como una sombra chinesca sobre la luz fría, de última hora de la tarde, que entraba por una ventana al fondo de aquel cuarto o aquel pasillo. Durante unos segundos más, dejé que el silencio fluyese entre nuestras dos distancias acortadas, y luego colgué. Y a Él, por un momento, lo asaltaron las dudas, pero luego pensó: "No, es imposible, no puede ser tan tozuda", y concluyó que habría sido una equivocación.

Arrancármelo, sí, pero ¿de qué manera? ¿Cómo desinjertarme este adminículo utópico en forma de deseo? Mi deseo hidrófilo. Mi deseo túnel. Mi deseo condicionado. Incondicional e insensato. Interminable. Renaciente. Afluente. Puñal. Mechero. Mi deseo charco."

Al menos tenía la tarjeta con las fotos. Tenía al menos eso. La cargaba en el fondo del bolso como una reliquia, demorando el momento de llevársela a Sylabus. No se atrevía a copiarlas en el ordenador de casa, por si Max de casualidad encontraba el fichero. Además, antes de desprenderse de la SD, quería conseguir las fotos en papel por esa ilusión de realismo que proporciona el tacto. Aunque no era ese el único motivo de su demora: era tal vez una forma de precaución antes del salto que la precipitaría al vacío de la irrealidad absoluta. Pero sin la intervención de Sylabus no había reconstrucción de su héroe binario, ni gozo, ni goce.

Por fin, un lunes de septiembre, accedió a separarse de la única prueba de la existencia del cielo y le confió la tarjeta flash a Berto el Tenso, un amigo que se dedicaba a la reprografía. En el estudio le dijeron que podía recoger los prints en un par de semanas, pero no antes: estaban tardando un poco más por falta de papel, que ya

escaseaba, y había que mandarlo a pedir.

Ese par de semanas pasó sin dolor, porque a Liuba le habían dado una beca de investigación en Austin, Texas, y todo el mundo quería organizar despedidas. Se reunieron en casa de unos y otros, y todos encontraban a Maelis diferente, como si la desolación que padecía la hubiera transfigurado. Ella se reía, con la mirada ida y un regusto a fiebre en la boca, y no contestaba.

La mañana del día en que se cumplía el término se le hizo larguísima. Por la ventana del Centro de Recursos entraba una luz apocalíptica, una luz seca y sin sombras. Las últimas noticias eran un poco espeluznantes. Se había muerto el escaso ganado que quedaba en el sur de la isla, de Chío para allá, y los animales de compañía hacían cosas raras, según decían. Todo el mundo hablaba de eso. Pero a Maelis le daba lo mismo que la palmaran las vacas, los perros, los cabritos, o los hamsters. Ella sí que se estaba muriendo, y sin remedio.

Había quedado para almorzar con Max en el Walrus, un restaurante patagón que acababan de inaugurar en la cresta del Auditorio, y que estaba teniendo mucha aceptación porque servía carne de foca y de guanaco, de la poca que quedaba sin contaminar. A saber...

Max estaba en su quincena de tierra. Cuando ella llegó, él se había anticipado y no tuvieron que hacer cola. Había reservado una mesa con vistas al puerto vacío y la esperaba ya.

—Hoy fui a buscar la copia de un videojuego al garito de Berto el Tenso y me dieron unas fotos que al parecer habías dejado a imprimir hace unos días.

El tiempo quedó suspendido en el ambiente climatizado del restaurante. A Maelis solo la delató el redoble de su pulso. Intentó disfrazarlo repasando el menú con detenimiento. Se asomó desde detrás de la carta de bebidas:

—Ah, ¿y qué tal han quedado? Son de la despedida de Liuba. ¿Las has traído?

—No, las devolví porque parece que se habían equivocado.

Lo miró incrédula. Max no parecía haberse dado cuenta de nada. Con lo listo que era siempre, y ahora que la cosa ardía ni se enteraba.

—¿Y de qué eran? —fingió un interés limitado.

—Eran todas de un tipo joven, parecían sacadas con zoom. A lo mejor eran de un detective privado. O de un voyeur. El caso es que las dejé allí. Me dijo el Tenso que te pasaras más adelante, a ver si el dueño de las fotos iba por allí a reclamarlas y a devolver las tuyas.

Se tuvo que morder la lengua para no preguntarle a Max qué le había parecido Lukas, esto… no, que cómo era el chico aquel de las fotos. Al final, no pudo contenerse: “¿Y cómo era? El tipo de las fotos, digo.” “Corriente”, dijo él. Corriente eléctrica, corriente subterránea, corriente alterna, su cuenta corriente de escasos recuerdos…

Pues estaba lista. No daba una a derechas. A ver qué se inventaba para que el Tenso le diera los prints y la tarjeta SD. Qué difícil se lo ponían entre todos. Menos mal que Max no sospechaba nada.

Aun así, no consiguió probar bocado. Las delicias patagonas no eran lo que exigía su impaciencia. Al salir del restaurante se inventó una disculpa, le dijo a Max que había quedado con “las Pericas”, y se marchó donde Berto.

Al pasar por la plaza, cerca de la terraza en la que ella se le había declarado, lo buscó entre las mesas, por si su imagen accidental permaneciera allí como un holograma. Hay lugares anodinos que cobran color y significado, que de repente se iluminan, cuando han sido el escenario de un episodio vital. Un encuentro, una despedida, un beso. Una derrota. Recordó una frase de Ernesto Sábato que había leído hacía poco: *“Siempre es levemente siniestro volver a los lugares que han sido testigos de un instante de perfección.”* En este caso sucedía al revés. Maelis había pasado muchas veces por aquella plaza, por el costado de esa terraza, pero eran otra plaza y otra terraza desde que Él la había repudiado por última vez. Desde ese día no podía cruzar entre la gente sin verlo, sin verse a sí misma, sentados los dos bajo los ficus artificiales. Una insólita pareja. Ella llevaba peluca, gafas de sol y botines negros de patinadora. Él tenía veintiséis implacables años.

Cuando llegó a la galería del estudio del Tenso, se detuvo a pergeñar alguna artimaña. Tras desechar, por arriesgadas, varias alternativas, se le ocurrió un subterfugio y decidió esperar a que saliera alguien con un paquete de fotos para proponerle un cambio. Pasaron varios: unos guiris, un apunte con pinta de currinche, un pelirrojo soso, dos analistas de los Archivos… Lo único que le faltaba. La saludaron. No terminaban de irse. Berto iba a cerrar el garito como no se diera prisa.

A la quinta tenía que ir la vencida. El quinto resultó ser un chico con coleta y una camiseta con el logotipo de la Universidad de Las Palmas. Salía desprecintando un sobre.

—Oye, perdona un momento, esto, ¿me podrías hacer un favor?

Le favorecía ser mujer. Si hubiera sido un hombre, seguro que el tipo ni se para.

—Que es que resulta que por una confusión en el laboratorio me han traspapelado unas fotos, sabes, y si a ti no te importa, entras y les explicas que estas fotos no son tuyas. Las que llevas en la mano, digo… Y cuando te pregunten de qué eran tus fotos, les cuentas que eran todas de un chico, les dices que es para una publicidad o lo que se te ocurra. ¿Vale? Entonces ellos te enseñarán unas fotos hechas con teleobjetivo, y tú les dices que sí, que son esas, y me las traes. Y luego voy y entro yo, y con mi resguardo me dan las tuyas y luego te las doy

y tú me das las mías. Date prisa, por favor, no vaya a ser que cierren. Yo te espero aquí mismo. ¿Vale?

—Pues no vale, porque no entiendo nada y además no me fío. ¿Cómo estás tan segura de que luego a ti te darán mis fotos?

—Hombre, porque lo sé, es una historia muy complicada de un cambiazo, pero confía en mí, hombre, que no soy una choriza.

Dudaba, indeciso, un poco perplejo. Tenía un lunar cerca del ojo izquierdo, y los labios bien dibujados.

—No entiendo nada, pero bueno, se puede intentar.

Tardó mucho rato, pero por fin apareció con un sobre. Maelis se apresuró en comprobar el contenido. Eran las copias de las fotos de Lukas, y allí estaba también su tarjeta de memoria. Estuvo a punto de salir corriendo, pero el universitario le bloqueaba el paso por la galería.

—Bueno, ahora me toca a mí —se resignó.

—Eh, espera un momento, ¿y yo cómo sé que no te vas a dar el piro con mis fotos? —él no estaba convencido.

—Porque no las quiero para nada. Quédate tú las mías en prenda, ¿vale? Yo sí que me fío de ti, para que veas.

Se demoró unos minutos deambulando por la galería, para dejar pasar un tiempo razonable, y luego enfiló hacia el garito del Tenso. Entró con mucho revuelo, para que se notara que tenía prisa y no le hicieran preguntas. Por suerte, estaban recogiendo para echar el cierre.

—Hola, Tenso, ya me contó Max. ¿Han devuelto mis fotos?

—La casualidad que hace cosa de diez minutos ha venido un chico a devolverlas, has tenido suerte. Mira, ¿son estas?

Se había olvidado de preguntarle al universitario de qué iban sus fotos; iba a tener que arriesgar. Cogió el paquete que le tendía el Tenso. Eran unas vistas aéreas.

—Sí, sí, perfecto.

—Oye, perdona la confusión, es que tenemos un becario nuevo.

—Vale, vale, bueno, que tengo mucha prisa, adiós, ay perdona, ¿cuánto te debo? Una pasta, ¿no?, con la escasez de papel, ya me imagino…

Por suerte, el universitario aún estaba esperando a la entrada de la galería. Intercambiaron los sobres, comprobaron de nuevo sus contenidos, se rieron aliviados, y luego Maelis le ofreció tomarse algo. Estaba encantada de haber recuperado a Lukas. Había un bar por allí y ella lo invitó a lo que quisiera, que resultó ser un café de máquina. Se llamaba Hugo van der Brandeler y no era universitario, como ella pensaba, sino auxiliar de heliambulancia; la camiseta era un regalo de unos colegas. Estuvieron interrelacionándose un rato, intercambiando trivialidades. Se cayeron medio bien, al parecer, y Maelis estuvo a

punto de contarle la verdad sobre las fotos, pero pensó que para qué, si no era muy probable que los auxiliares de heliambulancia entendieran de sexo platónico. Le dejó el teléfono de su despacho, por si se le ofrecía algo de Archivos o Recursos, o lo que fuera, y se despidieron.

Ella se quedó en el bar, impaciente por mirar las fotografías. Las había visto cien veces en su ordenador del Centro de Recursos, pero no era lo mismo. Al contemplar aquel cuerpo que le estaba vedado, volvió a sentir la mordida del deseo. Aunque observándolo fríamente, sobre el papel, tampoco era para tanto. Ya lo había sentenciado Max: era un muchacho corriente. Pero su complexión rotunda, su mirada rasgada de oro líquido, la forma de su boca, toda la energía que desprendía su persona, encajaban en el espectro de Maelis como en un rompecabezas.

Era un amor irracional, mucho más amor y más irracional por insaciable. Qué juventud tan ajena, qué inalcanzable juventud, pura e intangible. Qué cerca habían estado, y qué lejos. Ella tenía la certeza de que era su auténtico gameto cósmico. Pero ¿cómo iba ella a convencerlo a Él de que la necesitaba? No había sabido hacerlo y ya, ahora sí, ya estaba todo vendido. De nuevo recordó los versos de Benedetti: *“creo que tenés razón la culpa es de uno cuando no enamora y no de los pretextos ni del tiempo”*.

Al menos le quedaban todos los recuerdos, como un eco, retumbando en su memoria, sonoros como una alcancía, aliviando los momentos vacíos y pobres que estaban por llegar.

“Tengo por lo menos dos cosas tuyas que no me puedes arrebatar. Tus fotos, y los contados momentos que compartimos. Pero para qué los quiero, si solo sirven para recordarme que lo mejor ya pasó y no supe aprovecharme. Si hubiera sabido o podido, o si me hubiera atrevido…

Si me hubiera atrevido, me habría sentado a tu lado en la terraza del Casino, y allí te habría arrinconado, te habría acorralado contra la cristalera. Tú sin duda alguna te habrías defendido, aunque sin demasiado revuelo: la gente alrededor, los turistas, los camareros, las gitanas, habrían actuado como eficaces testigos mudos de tu abandono por temor al escándalo. Ya te tengo junto a mí: estás rígido, envarado, turbado sin querer que se te note, y yo te soplo al oído unas bromas bastante subidas de tono que tú me ríes poniéndote colorado. Voy a darte un respiro, venga: cinco minutos de tregua, un tiempo muerto para pedir una cerveza y un batido. El camarero, como estaba previsto, te pone a ti la cerveza y a mí el batido. Permutamos los vasos. Pero cuando pruebas tu batido lo notas raro, un sabor raro, “¿quieres probar?”, dices. Me apodero de tu vaso y pongo los labios en

el lugar preciso en que los tuyos acaban de depositar su huella. Esto, como es lógico, me deja insatisfecha y te digo, pues claro, es que uno en los sueños es siempre tan descarado, te digo: “Pues yo no noto nada, déjame probar otra vez”, y te agarro por la barbilla, y mis labios sobrevuelan tu boca, y mi lengua se aventura entre tus dientes, esa mi lengua tarambana que va en busca de su homólogo, como los primeros ministros de dos países en las conferencias de paz.

O aquella tarde en el coche, cuando la road-movie. Si en lugar de dar tantas vueltas hubiera aparcado el coche bajo los eucaliptos gastados de alguna carretera infrecuentada... Hacía calor, recuerdo, era la hora de la siesta. Ni un alma. Habría puesto otra música, y habríamos hablado. Habríamos dicho tal vez las mismas cosas que nos dijimos, pero en lugar de imponerte mi perfil menos fotogénico, habría podido leer en tus ojos tus sentimientos mixtos. Y en un momento dado, “para nada, para nada”, habría dicho yo, “ya está bien de tanto darle al bistec”, zas, voy y me abalanzo sobre ti. Tú intentas zafarte y yo me burlo un poco: “¿No irás a denunciarme por acoso?”. Estás muy a la defensiva y yo me enrosco como un gato. Te confieso que me siento terriblemente ofendida. Incluso lloriqueo un poco. Los hombres nunca han soportado ver a una mujer llorando. Te ablandas, te conmueves. Intentas disculparte. Yo aprovecho el descuido para acurrucarme un poco sobre tus muslos tibios y montarte un numerito de desconsuelo. Tú es que no sabes ya ni qué hacer con las manos, y acabas poniéndomelas en los hombros, posadas como dos pájaros livianos. Entonces, con una lentitud insospechada, sin dejar de hablar para distraerte, te bajo la cremallera y rebusco y encuentro lo que busco y me doy la gran zampada, y tú ahora te dejas, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, con los labios entreabiertos sobre los que depositaré algunas gotas de tu simiente, luego.

Así es como debería haber sucedido. No fue así, y ahora está ya todo perdido, y yo, de boba, aún no me he resignado. Pero sé que debo tomar las medidas necesarias para destruir este mortal cardiograma.”

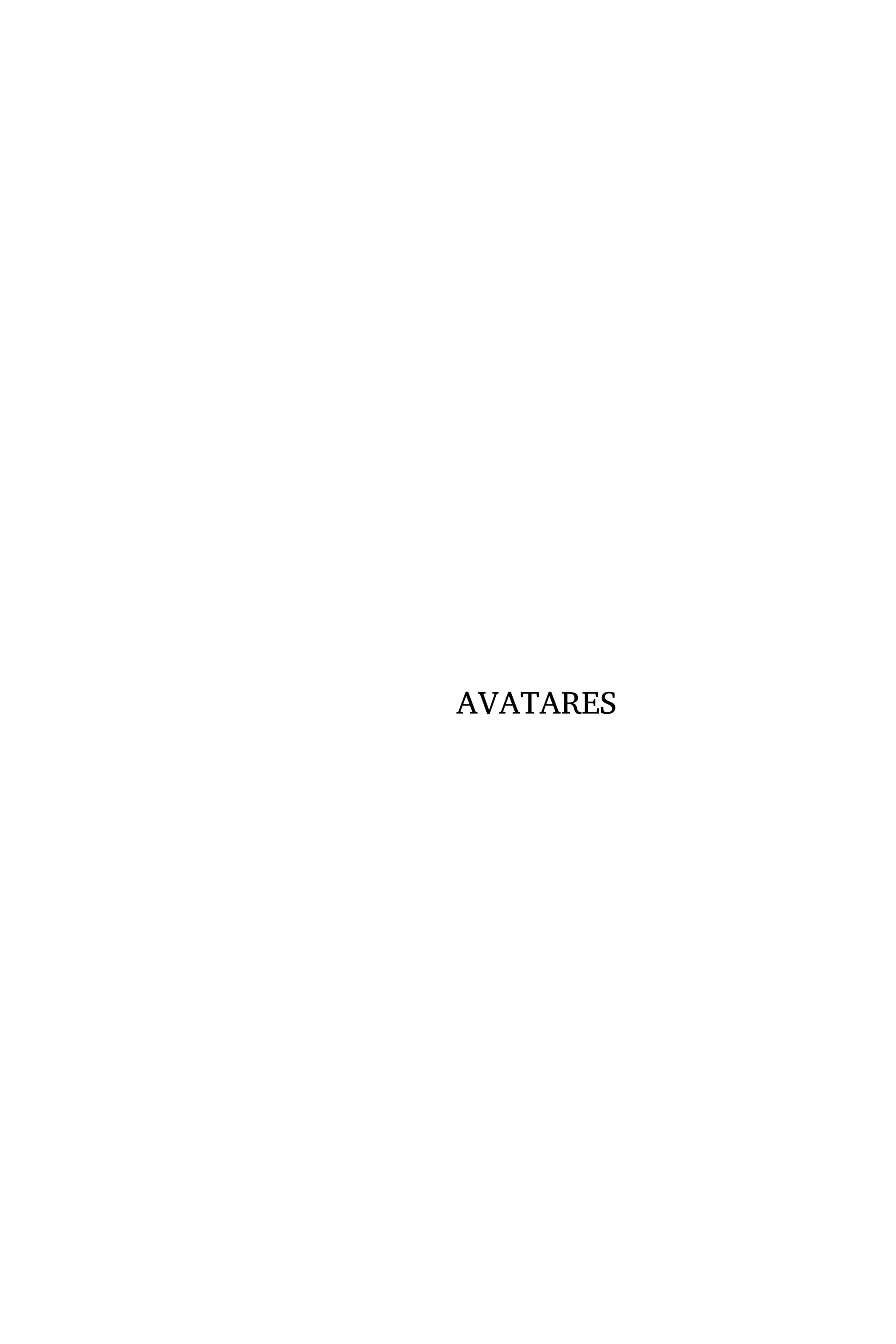
Al día siguiente le llevó la tarjeta de memoria a Sylabus. Estaba en su sótano, blanco como un cocodrilo de alcantarilla de esos de las leyendas urbanas, como un gran escarabajo sepulcral sagrado, con las dos patas delanteras cubiertas de jeroglíficos, tatuado hasta las mismas retinas. Se había encogido desde la última vez, por falta de clorofila.

Examinó las fotografías en la pantalla, salivando, morboso, simulando un interés de entomólogo muy propiamente facultativo, y seleccionó las que parecían adecuadas para una clonación solvente de Lukas. Luego le preguntó a Maelis Salem por el tipo de videojuego que

quería. Tarifas. Honorarios. IGIC. IVA. Ella se lo tenía pensado ya y, como desconfiaba, prefería empezar por uno normal, baratito, a ver qué chapuza le hacía.

Por último discutieron el guión, y el escarabajo se puso un poco psicológico, quería escarbar, se le veía vicioso, alegórico, echando babas mentales, pero ella lo atajó: una historia de amor clásica, sin complicaciones, que para complicaciones tenía bastantes con las de evidencia. ¿Una historia de amor romántico y algo de sexo? Bueno, sí, amor y esas cosas, pero nada de perversidades duras.

El coleóptero amenazó con demorarse un mes. Ella le propuso pagar un plus de urgencia. Él aceptó con cara de alimaña, la única que sabía poner, y la citó para tres semanas más tarde.


AVATARES

I

Maelis se sentó en el sillón articulado frente a la pantalla móvil y se sujetó las cintas con los efectores sensoriales. Era igual de incómodo que un sillón de dentista. Al menos a ella le daba la misma grima. Se amarró los pies descalzos sobre la goma blanda de los minipatines, deslizó las manos dentro de los dataguantes flexibles, y por último se ciñó el yelmo transparente sobre la cabeza. De un lateral del casco colgaba una correa elástica cubierta de sensores, con un micrófono incorporado. Casi se olvida: Sylabus le había recomendado que se la ajustara bien sobre la barbilla y la boca, y así lo hizo.

Había visto a Max repetir esos gestos muchas veces. Ella misma había ocupado el puesto de mando en varias ocasiones, siempre a instancias de él, para probar algún juego. Era muy sencillo. Pero ahora experimentaba una rara turbación, como si al introducir el disquito en la ranura fuese a invocar el espectro de Lukas, o a desatar las fuerzas del mal. Pulsó el botón de inicio en el brazo del sillón y esperó. A punto de consumarse el acto que tanto deseaba, tuvo vértigo y cerró los ojos, pero los abrió al oír un rumor familiar: era el retumbe del oleaje rompiendo en la orilla del mar.

En la pantalla apareció un paisaje conocido, aunque iluminado con una luz distinta, quirúrgica, artificial y fría. ¡Las Teresitas digitales! La playa estaba desierta, tal como la recordaba. El sol, enorme y rojizo como una corona de sandía, brillaba en el cielo añil, y un fáfiro templado movía las palmeras de un verde excesivo. Se veía el mar enfrente y nada más. Maelis sentía el calor de la arena rubia bajo sus pies, sentía en su pelo la brisa pretropical, y hasta ella llegaban finísimas gotas de salitre pulverizado.

No sabía qué hacer, si debía activar algún mando o dejarse llevar por el juego. Movió la cabeza encasquetada y el paisaje se alteró levemente para adaptarse a la nueva perspectiva. Allí enfrente estaban sus viejas conocidas, las montañas oxidadas, mucho más rojas ahora. Estiró los brazos y vio aparecer en el visor unas manos de mujer que no eran las suyas: tendría que acostumbrarse a ellas. Decidió tumbarse en aquel simulacro de arena. El sillón reclinable obedeció a la presión de sus músculos y la arena virtual acogió blandamente su cuerpo, que se hundió en su engañosa aridez. Se puso a esperar.

Pero no sabía qué esperaba. Se incorporó torpemente e intentó aproximarse a la orilla. Le resultó más fácil de lo que pensaba: bastaba con deslizar suavemente los patines de rodillos sobre la plataforma del aparato. Las olas batían contra sus piernas a medida que se adentraba

en el mar. El agua estaba tibia. Un pilotito en una esquina del monitor indicaba la temperatura: “25°”.

Allí, entre la playa y la escollera, había alguien nadando. ¿Cómo no lo había visto antes? El nadador desapareció unos instantes bajo el agua y reapareció más cerca. ¿Era Lukas? Cada vez se acercaba más y los rasgos conocidos se precisaban. Sí, era él, eran sus ojos rasgados, su boca grande, sus dientes carniceros, su pelo tieso y rebelde, aun mojado. Tenía incluso un hoyito en la barbilla que Maelis no recordaba. Sonreía y le hacía señas de que se acercara. Poco a poco iban aflorando, entre el mareaje de las olas, la combadura de sus hombros, los músculos de sus brazos y su tórax excesivamente pulidos y compactados. Parecía una estatua. Solo una veredita de vello rubio, que se le iba oscureciendo a medida que descendía por su vientre desnudo, lo dotaba de humanidad.

Ya estaba casi al alcance de sus manos, y Maelis extendió los brazos para estrecharlo… Pero el cielo no se juntó con la tierra. Sus dedos virtuales aparecían en la pantalla, pero no alcanzaban a tocar. Él no hacía nada: esperaba allí, inmóvil y obediente. El vaivén del reflujo lo alejaba y lo acercaba a ella con alevosa obstinación.

Intentó atraparlo varias veces, sin éxito, aunque sin rendirse aún. Hasta que al final, desengañada, acercó sus manos enguantadas a la pantalla del monitor para rozar la imagen de su torso falsificado: se conformaría con eso de momento. Y fue de esa manera como, en vez de encontrar el cristal líquido y liso de la pantalla cargada de electricidad estática, de improviso sus dedos se toparon con la piel crepitante de Lukas. Con un impulso depredador, ella se apoderó de su cuerpo inerme, y en ese mismo momento, obedeciendo quizás a una señal digital, él le aplicó la ventosa deliciosa de sus labios, y empezó a practicarle un boca a boca mullido e invasor. Pero no era él: eran los sensores del aparato.

Por suerte, Maelis no tenía que hacer ningún esfuerzo: el beso mecanizado venía a ella como por encanto y le sabía a beso auténtico, a marea y a algas. Y en la pantalla, ampliado, hiperrealista, a pocos milímetros de ella, estaba el primer plano de aquel Lukas de imitación, con los ojos cerrados y todo lo demás a su antojo. Maelis suspiró, empañando con su aliento los sensores de la correa. El beso interactivo se atenuó brevemente.

Se dejó besar así largo rato, petrificada, paladeando. ¡Llevaba tanto tiempo esperando! Pero ya besos no bastaban. Ahora quería más. Estiró de nuevo los brazos, y en la pantalla aparecieron las manos de mujer prestadas, el único vínculo de su cuerpo real con el mundo de detrás del espejo. Las guió otra vez hacia el cuerpo de Lukas, que seguía allí con el agua hasta las caderas, y esbozó un movimiento escarpado, rozándolo levemente en la pantalla con las manos

enguantadas: iba a proceder a un reconocimiento completo. Bajo las yemas de sus dedos se prodigaron sus muslos por fin, por fin todo lo demás. A Maelis le retumbó el corazón como el volquete de un camión descargando: aquel Lukas anfibio tenía de todo lo que hay que tener en cantidad suficiente, c.s.p. un comprimido, como el excipiente de los medicamentos. Aunque no parecía que las caricias lo conmovieran. A ella sin embargo todo aquel despliegue de morfología la trastornaba. Su respiración se aceleró, y su pulso activó los efectores que tenía repartidos por todo el cuerpo.

Súbitamente, una ola más fuerte y más arrastrera que las demás los separó. La masa de agua revolcó a Maelis hasta hacerle perder la noción del espacio. Apenas si podía coger aire. Y no parecía parte del juego, era una sensación demasiado real. Enseguida se recobró varada en la orilla, un poco aturdida. Jadeante aún, quiso volver a entrar en el mar, incorporándose en su sillón, pero otra ola le hizo perder el equilibrio. Al resbalar se hizo daño, un daño ilusorio que dolía de verdad, y gritó maldiciendo a Sylabus, que le estaba tomando el pelo. Como en los juegos bélicos de Max: "¡Rápido! ¡Más aprisa! – ¡No puedo! ¡Mantén quieto el maldito trasto!" El maldito trasto acababa siempre saliéndose con la suya.

Entonces vio a Lukas: había salido del agua y caminaba hacia ella. Desnudo era exactamente como se lo había imaginado: abundante, no muy alto pero bien constituido, con el vello sabiamente repartido por las zonas estratégicas, un cuerpo que Maelis había querido profanar e iba a profanar sin más tardanza… Pero antes de que pudiera hacer nada, una voz sintetizada le susurró al oído: "Tócate."

Maelis se sobresaltó. No era la voz de Lukas, ni su acento, pero ¿quién, si no, le había dado la orden? Recordó que en el brazo del sillón estaban las clavijas de control y decidió comprobarlo, oprimiendo la tecla de retroceso. Pasaron las imágenes a tal velocidad que, cuando volvió a pulsar el play, se encontró en el agua de nuevo frente a Lukas inmóvil. Esta vez ya sabía qué hacer: volvió a alargar una mano hacia el monitor y chocó enseguida con la morbidez de su cuerpo. Vencida, se dejó invadir por el sabor salado de su boca, una boca tan letal que le arrancó un gemido. El corazón se le estaba desmayando otra vez. La ola subversiva llegó de nuevo para atoarla brutalmente hacia la orilla y por fin, mientras se dejaba arrastrar por el agua que no mojaba, Maelis comprendió que aquello le sucedería siempre que se excitara más de la cuenta, activando con su pulso los efectores sensibles. Sylabus era más hábil de lo que parecía y ella se había convertido sin saberlo en una cobaya voluntaria que él manejaba a su antojo. Por desgracia, ya era demasiado tarde para arrepentirse, y el arrepentimiento no iba a resolver nada. Nunca lo ha hecho.

Pero ya estaba Lukas de pie en la arena como un matador insolente, con todos sus atributos de forma y función, y la voz incolora que le ordenaba tocarse salía precisamente de sus labios, esos labios que Maelis se sabía tan de memoria como Max declaró saberse los de ella cuando se conocieron. El tritón volvió a pedirle que se tocara, con el mismo impudor que la primera vez: aquel Lukas virtual estaba resultando mucho menos virtuoso que el Lukas de carne y hueso. O tal vez no estaba capacitado para decir otra cosa, que no por nada Maelis había encargado el videojuego más barato: probablemente el sistema, o el *chip,* o los *bits* o los *bytes,* o el *boot,* o la memoria *ram* o *rom* o *caché,* o lo que fuera, no daban para más.

Pero tampoco ella sabía cómo iba a obedecerle: no podía tocarse con toda la parafernalia del aparato colocada, ni con los guantes puestos, y si se los quitaba perdería parte de la operatividad.

Sin embargo, algo estaba ocurriendo: mientras reflexionaba sobre su dificultosa maniobrabilidad, el artilugio le había tomado la delantera. De pronto se sintió invadida por un extraño placer que le recorría todo el cuerpo, una sensación nueva, como si unas manos invisibles y expertas hubieran tomado posesión de su sistema nervioso. Era un placer sintético, sobrenatural, muy preciso y muy insustancial a la vez. No eran las típicas caricias focalizadas que solían prodigar los hombres. No, era mucho más global, como un masaje simultáneo y total. Excedida, reclamó a Lukas igual que en sus sueños, pero él no se le acercó. Seguía allí, de pie, dejándose contemplar por ella y contemplando aquella descarga inducida.

El estremecimiento que sentía Maelis podía ser de goce o de terror, no habría sabido decirlo, pero no acertaba a defenderse. Era una sensación indefinida, o ni tan siquiera una sensación, sino una sospecha de haber perdido el control sobre su voluntad. Empezó a notarse agotada y no sabía cómo detener la partida. En un intento por desactivarla, estiró los brazos, y las manos de mentira aparecieron en la pantalla, vacías. Poco a poco, dejó de sentir el masaje remoto. Y ya Lukas se alejaba, adentrándose en el mar. Sus nalgas redondas, su espalda reluciente de tritón desaparecían ya en el agua. Justo antes de desvanecerse se volvió, sonrió, le hizo un guiño y se zambulló. El videojuego terminó como había empezado, con la playa desierta y el rumor de la marea vaciando.

Maelis esperó unos minutos más y luego se arrancó del aparato. Estaba desconcertada. Y furiosa con Sylabus. Era como si ese gusarapo repugnante la hubiera manoseado sin su permiso. Se lo imaginaba babeando de morbo mientras urdía su viciosa telaraña de señales codificadas. Pero se lo tenía bien merecido: a nadie sino a ella se le ocurría confiar en un insecto albino.

Guardó el videojuego en el cajón de su ropa interior, con las

fotografías y la tarjeta de memoria que le había devuelto Sylabus. No quería que Max lo encontrara: no se sentía capaz de dar algunas explicaciones que habría tenido que empezar por darse a sí misma y que no habrían sido convincentes para ninguno. Además, Max no había vuelto a preguntar por aquellas fotos cambiadas, y ya no procedía que les pusiera la vista encima, ni mucho menos al juego con la lección de anatomía de Lukas.

Se dio un baño caliente, un baño de resurrección, y mientras se enjabonaba en el agua templada, las imágenes del videojuego seguían proyectándose en su memoria. Tenía que reconocerle al gusarapo Sylabus sus dosis de creatividad e imaginación. El detalle de oscurecerle a Lukas progresivamente el vello era de lo más realista, eso no podía habérselo inventado el bicharraco, lo habría copiado de algún sitio... El caso era que la densidad corporal del personaje, la calidad de la piel, y sobre todo los besos, los había bordado.

Sus pezones asomaban como dos islas desiertas entre la espuma del baño. Labios, lengua, dientes, quería Sus dientes ahí mismo, le entró un hambre voraz al recordar el melocotón carnoso de Su boca. Su piel. Se oía a su piel susurrar con el susurro de las pieles mojadas. Su piel húmeda, electrizada, expectante.

Se envolvió en una toalla y se tumbó sobre la cama. Exámeron crujió bajo el peso de su vehemente ardor. Estaba incandescente y desenfrenada, y sus pechos reclamaban como animales en celo. Dejó caer la toalla y se los palpó con las dos manos, y comprobó que latían, pulsátiles, que vibraban, elásticos y dóciles. Tenía las areolas dilatadas por el calor del agua y por la falta de Lukas, por su deseo llaga, su deseo túnel, su deseo afluente, puñal, incondicional e insensato. Se acarició los pezones y ellos, perfectos conmutadores, enseguida lo agradecieron, poniéndose duritos como guisantes. Le gustaba provocarlos, hasta que empezaba a entrar en órbita y tenía que auxiliarse con lo primero que encontraba, dedos, botellas, linternas, postes, obeliscos, campanarios. Hasta que el obturador que activaba todos los centros de sabor y de olor y de infinito se disparaba. Un chorro de luz la irradiaba de pronto desde el plexo solar hasta la garganta, rebotaba en su paladar, corría por sus venas, se rompían las barreras, la presa se desbordaba, y ya no importaba nada de nada de nada.

A la mañana siguiente llovía, sin la menor consideración ni motivo aparente, y el tráfico estaba más caótico que nunca. Desde el aparcamiento del Campus, a través de la cortina de agua, se veían torrenteras de vehículos en estrecha procesión cerrada. Maelis llevaba un rato contemplándolos con la mente en blanco, o en gris, más acorde con el tiempo. Se desperezó: no iba a pasarse la mañana

sentada en el coche esperando a que escampara. Era sábado, uno más, aunque ese sábado estaba citada a las doce, no con Lukas, sino con Sylabus, para pagarle lo que le había dejado a deber, en previsión de que el videojuego no fuera de su agrado. Y ya eran las y veinte.

Había cola en la puerta: unos empleados uniformados sometían a cada visitante a un cacheo minucioso, sin precisar lo que se buscaba. Los controles rutinarios habían pasado a formar parte del escaso intercambio de gestos entre las personas; la gente, obligada a convivir apretadamente con sus congéneres, levantaba a su alrededor pantallas de impasibilidad que sustituían a ese antiguo lujo llamado intimidad. En el interior de la facultad, el aire cargado rezumaba, y apestaba a ropas mojadas, impregnadas de humo de cafetería y de cigarros electrónicos.

Pero en el sótano silencioso y oscuro olía como siempre a cueva. Sylabus levantó la cabeza al oírla entrar, y la luz violeta del foco bajo el que trabajaba retiñó sus dientes: por primera vez le sonreía. Por si acaso, Maelis se quedó de pie junto a la puerta:

—Vengo a pagarte lo que faltaba.

—Así que te ha gustado.

—Bueno... Podría mejorarse.

Se negaba a adular a la sabandija, después del morbo que se habría dado a costa suya con sus onanismos mentales y su culebrón digital de sexo basura.

—Ahá. ¿Y qué fallos le has encontrado?

—A lo mejor no son fallos y lo hiciste adrede.

—Bueno, si no me lo explicas no puedo aclarártelo.

No tenía la menor intención de entrar en confianza con aquel bicho. Pero ya que quería saberlo, el chico de la película le había salido un poco incompetente. Y de clímax femeninos ni idea, claro, o clímaxes, o como se dijera. Maelis se lo largó escueto y despectivo, pero Sylabus se echó a reír. Parecía una caricatura de sí mismo, como un grillo espectral con la mandíbula batiente ampliada por la lente de un microscopio.

—¿Qué aparato has utilizado?

—Pues el que tengo en casa. Me parece que es un Ludo-VR9.

—Un poco anticuado, pero aún te sirve. ¿No tienes joystick?

La pregunta la cogió desprevenida. Sí, sí que tenía, pero no se le había ocurrido usarlo. Como no era un juego tradicional de mover proyectiles ni aviones ni nada...

El grillo levantó una ceja transparente y le filtró una mirada preñada de significados.

—Pues en el amor todo vale, como en la guerra.

—Bueno, dijo Maelis, pues ya lo probaré...

Qué bien grillaba el grillo. Le dieron ganas de decirle:

“Acostúmbrate con la otra mano, oíste...” Saldó su deuda y se escapó antes de que al gusano se le ocurriera experimentar en vivo.

Regresó a casa para hacer el pedido del mes en el súper. Pero el *Reply* estaba saturado y, en vista de que no conseguía conectar, lo dejó para otro día. Max no volvía hasta el martes siguiente, y ella podía arreglárselas con lo que había. Todo lo relacionado con la comida, o con la casa, o con el aseo del cuerpo, también el pobre cuerpo, todo era un lastre hecho de gestos repetitivos. Tantos adelantos y aún no se les había ocurrido eliminar la esclavitud del cotidiano, la higiene, la evacuación, el abastecimiento, la alimentación... A ver cuándo inventaban un sustitutivo, un rico plato de lentejas virtuales.

Le daba vueltas en la cabeza la frase de Sylabus. Se acercó al Ludo y contempló la palanca del joystick delante del sillón. ¡Cómo no se le habría ocurrido! Si la forma era idónea y la textura agradable, y suave, y lisa. Hasta el nombre era propicio.

Se había bajado las “*Songs from Liquid Days*”, y las copió en la memoria del Ludo. Era la banda sonora que demandaba su ánimo desapacible. Luego se encadenó al aparato, sin conectarse esta vez los efectores para evitar los revolcones de las olas. Decidió ahorrarse los preliminares y, pulsando la tecla de avance rápido, fue derecha a meterse en el mar en busca de su tormento, masculino de tormenta. Pero no notaba el agua batir contra sus piernas como la primera vez: la sensibilidad de su cuerpo, sin los efectores, se perdía en el vacío de la máquina. Se sentía incorpórea, salvo por las manos y los labios.

Ya llegaba su tritón robotizado, fiel a la cita, con la piel reluciente, poderoso y aperitivo. Sin esperar a que emergiera del todo, Maelis le aplicó las dos manos sobre el torso expuesto en la pantalla, y recuperó de golpe todas las sensaciones que recordaba: en él firmeza, tersura, plenitud, y ella rabia, despecho, deseo, sí, deseo, ¿qué, a ver? ¿Qué pasaba? Quería gozarlo sin restricciones, de inmediato, devorar a su héroe de cómic, clavarle los dientes, caníbal, piraña, desgarrarlo con las uñas, sanguinaria, gozar de él con todas sus papilas y todas sus mucosas, mezclar su saliva a la de él, mezclar sudores y olores y humores. Pero solo tenía una pantalla lisa, chata, insípida e inodora.

Él, sin embargo, obedeciendo la orden del contacto electrónico, cerró los ojos y entreabrió los labios sabrosos, tocinito de cielo, ambrosía, pasta de almendras, bizcocho borracho... ¿Qué haría su robot si ella lo agrediera, si le clavara los dedos en los ojos y le arañara la cara o lo abofeteara, si se vengara de las malas noches, del insomnio, del síndrome de abstinencia, de los desvelos? ¿Estaría programado el Lukas de animación para reaccionar ante un ataque por sorpresa, o padecería inerte los embates de su rencor mercenario?

Pero Maelis no hizo nada de eso. Llevaba demasiado tiempo

aguantándose las ganas. Se dejaba mansamente besar a través de la correa de sensores. No tardó en darse cuenta de que el Lukas digitalizado ya estaba moviendo las caderas con esa inconfundible oscilación pendular. Y sin embargo ella no sentía nada. Claro: como que no se había puesto los efectores sensoriales, y probablemente hacían falta para el perfecto funcionamiento del juego… Soltó el aparato, se amarró una por una las cintas cubiertas de sensores, y volvió a empezar con todos los trastos en su sitio, recobrados ya los cinco sentidos. Lukas inició enseguida el movimiento rítmico de caderas, empujando su pez rémora hacia ella. Y sí, ahora sí que lo sentía, rebotando contra su vientre. Como antes con el beso, ella no tenía que hacer nada: él obedecía órdenes codificadas y se convertía en su amante más dócil y mecánico, prisionero de un juego, encerrado en su pantalla como en una pecera.

Pero ya Maelis buscaba a tientas delante del asiento el joystick. La vara de la felicidad. Y entonces se cumplió el pronóstico del gusarapo: ahí estaba el apéndice de Lukas que necesitaba. ¡Tan fácil era! Con el monomando entre las manos, Maelis se maravilló del volumen, y la textura, y la engañosa lubricidad. Qué lujo, qué exceso, qué abundancia, qué mucho, qué de todo... Entregada a la bárbara bulimia, intentó resarcirse de su anterior dieta forzada. Le entraron ganas de merendárselo. Se inclinó hacia abajo y, separando la correa, se metió la palanca en la boca. Nunca le había hecho un francés a una máquina, pero aquella sabía a Lukas: dulce de leche, quesillo venezolano, yemas de santateresa... Se le aceleró el pulso: se estaba buscando un buen revolcón con la ola. Y así fue, pero qué importaba. Bastaba con volver a empezar desde el principio, porque era todo él, todo suyo, y para siempre.

Al final acabó mareada de tanto varar olas. De él no se cansaba, pero el Ludo-VR9 no le perdonaba ni un latido de más a su pobre corazón flechado, y la arrancaba a sus besos mojados en cuanto se desmandaba. Era mejor dejarse llevar ya dócilmente hacia la playa, donde le aparecería muy pronto su amante cibernético en desnudo integral, obligándola con su extraña voz a emular a Onán. Pero ya Maelis conocía el secreto de Sylabus. A tientas y sin quitarse los guantes, sometida al placer artificial que le proporcionaba la máquina, se insertó la vara de la felicidad y dejó que el vibrante éxtasis tridimensional se posara sobre su cuerpo solitario.

Cuando se separó del aparato de sus tormentos, del cuchillito de su agonía, no habría sabido decir cuánto tiempo había estado repitiendo las mismas escenas, los mismos sincopados gestos. Había anochecido y se oía a lo lejos el estruendo del viento y de la lluvia que seguía cayendo. Se acercó a la ventana y llamó a Lukas, pero no venía. El de verdad nunca venía. Invocó entonces a todos sus amantes por riguroso

orden alfabético, que era el más higiénico de todos los órdenes para no herir susceptibilidades. Pero ninguno compareció. Solo seguía lloviendo.

Tenía que volver a Las Teresitas, volver a ver de cerca su playa de antes, esa playa en la que conoció a Max y que ahora se erigía en escenario de su amor sintético. Distanciarse por unas horas de la estructura plana en que se había convertido su existencia de espectadora y paciente. Llenarse los ojos de horizonte limpiamente recortado de quebradas gris japón sobre un fondo acursilado y nítido, a pesar de la humareda sucia.

Cuando se desvió por la carretera que llevaba a la zona de los aparcamientos, un cachorro uniformado le hizo señas de que se aparcara a un lado. El cachorro se acercó al coche y Maelis bajó el cristal. Estaba prohibido el acceso a la playa. Eran órdenes. ¿No se había enterado? ¿No escuchaba las noticias? Tenía que dar media vuelta. Más allá había otro par de uniformes. Vio que habían tendido unas cintas amarillas de lado a lado de la carretera. De lejos reconoció la palmera donde Max la había besado la primera vez, y le pareció que estaba reseca y amarillenta, con las hojas arrancadas a medias, a media asta sobre la arena removida y pisoteada. Del noreste llegaban ráfagas de un viento cargado de presagios. Regresó a casa reacia, resignada a encerrarse de nuevo con sus sueños psicotrópicos, pensando como siempre en Él y en su ineludible amor recurrente.

A veces habría querido poder arrancárselo. Otras veces, en cambio, confiaba. Estaba tan enferma de Él que tenía que ser contagioso por fuerza, tenía que ser recíproco. Él tenía que pensar en ella también, tenía que necesitarla aunque fuera la mitad, aunque fuera menos de la mitad, de lo que ella Lo necesitaba. Su frialdad iba en contra de las leyes armónicas, generosas, simétricas, que debían regir el universo. Sin embargo, Él no daba su brazo a torcer y, cada vez más a menudo, a Maelis le parecía que estaba consiguiendo sustituir esa pasión estéril hacia el Lukas de verdad por la peripecia con su doble cibernético. Pero el alivio duraba apenas un momento y luego se desbordaba de nuevo el vaso comunicante de los recuerdos.

De vuelta en la colmena protectora se encerró con llave, puso la *Gnossienne no. 5*, y se sentó en el sillón del Ludo como en un potro de tortura. En una pausa de la música le pareció oír un estallido blando, como una ola rompiendo contra un acantilado, como de odres vaciándose, y pensó que estaba tocando fondo su locura, y pensó, como el Vidente: *"je est un autre"*. A la mañana siguiente, al llegar al Centro de Recursos, se enteró de que un hombre se había arrojado la noche anterior desde el último piso de su edificio.

La despertó la titilación molesta del teléfono. Intentó buscar el aparato a oscuras, pero no conseguía moverse. Se dio cuenta de que estaba atada y amordazada en el sillón del Ludo. Se había quedado dormida.

Cuando encontró el móvil, era Max.

—Salem, soy yo. ¿Cómo va todo? ¿Estabas preocupada?

Encendió la luz. Era casi la una de la madrugada. Llevaba esperándolo desde las once de la noche. Menos mal que se retrasó y no la había pescado con el videojuego…

—¿Max, ha ocurrido algo?

—Qué va, es que nos hemos ido a cenar con la nueva tripulación, se empeñaron, y entre unas cosas y otras no te pude llamar antes. Ahora vamos al Toxic a tomar una copa. ¿Te apetece reunirte con nosotros allí?

No le apetecía nada, después de tantas horas encadenada al aparato, aburrida de esperarlo a él, de esperarlo a Él también, de esperarlos a todos.

—Bueno, pues enseguida voy a ajustarte las cuentas. Un beso.

Estaba molida por el abuso que había hecho del joystick. Recordó que tenía que limpiarlo de humores y amores solitarios antes del regreso de Max.

Por fin se acostó, solo para seguir dando vueltas en la cama. No lograba sumergirse en la amnesia liberadora del sueño. Sabía que tendría que volver a ver a Sylabus. Llevaba tres semanas atornillada al videojuego, tres semanas de ineludibles olas, anhelando las ausencias de Max para encontrarse con el androide que únicamente sabía besar, y ya no le proporcionaba la misma deflagración que las primeras veces: el efecto se había atenuado, tenía que doblar la dosis. Había llegado al punto en que hacía falta más, algo más que solo la alimaña podía procurarle, por mucho que le repugnara negociar con aquel bicho.

Max la encontró todavía despierta cuando llegó de amanecida. Estaba hablador y risueño, candente e industrioso, pero Maelis lo esquivó suavemente. No estaba en eso, con Max no.

Hubo que esperar cinco semanas a que Sylabus terminara el segundo juego, a pesar de que esta vez Maelis le había pagado todo de entrada. La disculpa que dio el gusarapo fue que en esta ocasión la trama era más sofisticada y llevaba mucho más tiempo elaborar el programa. Pero en realidad él ya sabía que ella estaba enganchada, y aprovechaba para tomárselo con calma.

La sesión de selección de datos en las catacumbas de la facultad había sido larga y penosa. Maelis había tenido que elegir y marcar

adjetivos entre largas listas que le proponía el programa de caracteres standard. Esta vez iba a por todas, a por un juego de roles abiertos, para lo cual había que introducir los parámetros actitudinales de su héroe de animación. Tenía dónde elegir: cordial, blando, sensible, brutal, desabrido, pendenciero, afectado, indómito, jovial, soñador, inmaduro, natural, vicioso, latino, sincero, feroz, agresivo, débil, tierno, lacónico, incongruente, lechuguino, ¿lechuqué?, sí, eso mismo ponía en la lista… adicional, rítmico, casquivano, limítrofe, cómo podía nadie ser limítrofe, ¿sería sinónimo de borde? Pantallas y pantallas de calificativos entre los que no lograba decidirse. A veces incluso marcaba un adjetivo y su contrario: por suerte el programa admitía las contradicciones, sabedor de lo insondable del alma humana. Se había decidido al fin por unos cuantos: fogoso, sensual, glotón (recordaba verlo tragar enormes trozos de comida en el bar del fondo de archivos), frío, por lo de septentrional, pero a la vez cálido, como sus manos cálidas, como su cuerpo… extrovertido y narcisista, pero también reservado, cruel, al menos con ella lo era, y tan indiferente… pero en el fondo tal vez ingenuo. Y creativo, por su faceta poética. No sabía qué resultaría de aquella mezcla.

Sylabus le había pedido también unas fotos de ella: ¿no quería aparecer en el juego junto al otro personaje? Su avatar. Le iba a salir un poquito más caro, pero valía la pena, de verdad, ya lo vería. El parásito aquel la tenía atrapada, estaba claro. Porque ni se lo pensó, consciente y todo del lío en que se estaba metiendo.

Luego tuvo que esperar a que Max acabara su turno de descanso, que afortunadamente acortó por voluntad propia: dijo que se aburría y prefería dejar para más adelante la semana de vacaciones que le quedaba. Habían tenido alguna discusión y él le reprochaba que ya nunca tenía ganas de nada, ni de entrar ni de salir, y que se pasaba las horas mirando al techo, y que no había quien le sacara dos frases seguidas. ¿Qué ocurría, se encontraba mal? ¿Estaba enferma, o qué? Lo mismo que le repetían las Pericas. Pero ella qué podía decirles, si aquello no tenía remedio.

Llegó la tarde en que por fin se quedó sola en casa, libre de estrenar el segundo videojuego. Como la primera vez, estaba muy nerviosa, con la insólita sensación de un peligro inminente. Para tranquilizarse puso música de esa que Max llamaba “de ascensor”, aunque con el volumen casi al mínimo para evitar cualquier distorsión, recordando que en ese tipo de juegos los personajes estaban capacitados para mantener diálogos, y para hacer preguntas y contestarlas; como si, al habérseles dotado de personalidad, tuvieran vida propia.

Se acomodó en el sillón del Ludo con el mismo sobrecogimiento que si fuera a una cita con el Lukas de verdad. Se había puesto para Él

un vestido de gasa con remates de angora, se había hecho una trenza historiada y se había perfumado con un resto de ylang-ylang que quedaba en un frasquito. Se palpó el pecho y el vientre, a través de la tela sutil, y le pareció que podrían gustarle: estaban tibios, palpitantes como animales vivos. ¿Por qué se habría negado a hacerlos suyos? Tal vez algún día, o tal vez nunca, lo sabría.

Luego, por encima de la ropa, se colocó las cinchas, los guantes datasensibles, y el casco con la correa de sensores y el micrófono. Tenía agujetas en la memoria recordando la última vez. Pero pulsó el botón de inicio, resignada e impaciente, y esperó.

Una figura de mujer apareció ante sus ojos en el visor. Era su corresponsal en el más allá. Le costó un poco reconocerse. Se dio cuenta de que era ella misma por el color del pelo y por su forma de caminar, casi de puntillas. Ensayó unos cuantos movimientos y le sorprendió la facilidad con que se adaptaba a su nueva envoltura virtual. Se miró desde lejos y se hizo un gesto.

Estaba en un pasillo muy largo y sombrío, el pavimento simulaba un tablero de ajedrez, y de las paredes colgaban espesos cortinajes de terciopelo verde oscuro. Al fondo se veía un leve resplandor: había una puerta entreabierta y se dirigió hacia ella con sigilo. Dudó un instante antes de entrar, empujando apenas la hoja de madera. No se oía a nadie. Tampoco conseguía distinguir nada en la semipenumbra glauca. La ventana estaba entornada, y por ella se filtraba una pálida luz irisada, y una brisa mansa que hacía ondear las colgaduras diáfanas y volanderas. Poco a poco se iba acostumbrando a la oscuridad. Al ir hacia la ventana fue cuando vio una cama grande con dosel que ocupaba toda una pared de la estancia. En la cama había alguien. Maelis sabía que era Él. Se acercó quedamente. Ahora oía su respiración acompasada. Estaba desnudo, recostado en un almohadón rojo: parecía dormido. Tenía la cabeza apoyada en su brazo izquierdo y con la mano derecha se cubría como con una hoja de parra. Ella se arrodilló en el suelo y se inclinó sobre su cuerpo. Tenía ganas de reírse y de llorar, porque era Él, pero no era, y deseaba transgredirlo y al mismo tiempo transgredirse.

Deslizó imperceptiblemente las puntas de los índices por su torso, hasta sus axilas, hasta sentir el musgo de su vello. La sangre le zumbaba en los oídos y el corazón le martillaba en el pecho. Lukas se movió y ella se echó hacia atrás, pero él volvió a quedarse inmóvil en otra postura, con la cara vuelta hacia Maelis. Ella se proponía acariciarlo sin tocarlo casi, como en sus sueños de antaño, con los dedos como plumas ligeras: no quería despertarlo para no romper el hechizo. Pero se le iban las manos. Descubrió con dedos vacilantes la forma afilada de su barbilla, su hoyito, la sombra de la barba y la suave aridez de su lija por sus mandíbulas, y llegó al puerto de su

boca. La tomó por asalto, se moría de sed, la asaltó con sus labios, y buscó como un náufrago su aliento caliente, buscó con la lengua la sierra afilada de sus dientes. Y de repente, los caninos de tiburón se cerraron sobre su lengua y quedó atrapada.

Lukas se había despertado y le mordía la lengua, sujetándola por la nuca con fuerza. Ella protestó y el cepo cedió. "¿Te la arranco?", susurraron sus labios pegados a los de ella. Ella suspiró que no. Su mano no la había soltado todavía. "¿Aún quieres seguir jugando?" Tenía la misma voz sintetizada que en el otro juego, aunque como hablaba muy quedo se le notaba menos. Sí, quería seguir jugando. Entonces él dejó escapar a su presa y se volvió a recostar, con la cabeza apoyada ahora en los dos brazos y las piernas flexionadas, exhibiendo todos sus caudales privados. Maelis se lo comía con los ojos y él abrió aún más el compás de sus muslos para allanar el camino. Su piel brillaba en la penumbra, tenía los brazos y los muslos anchos, como ella los recordaba, y los hombros rotundos, y en esa postura se le hundía levemente el vientre. Allí, el joystick dorado reposaba sobre un lecho de espuma densa: su puñal, su palanca, su párker de oro, el mango de su cuerpo… Maelis no sabía por dónde empezar a apropiárselo.

Pero él se adelantó. "Es un juego muy fácil", dijo con una voz lisa y sin emoción, "yo tengo algo escondido y tú debes buscarlo." Dobló una pierna y movió los dedos del pie como burlándose. Sonreía con perversidad. "No olvides que la regla es que no hay reglas. En este juego vale todo." Se percibía en su voz una rara amenaza. Y como Maelis no se movía, apremiada por esa nueva perfección digital pero a la vez intimidada por su cínica actitud provocadora, el robot volvió a hablar: "Puedes empezar cuando quieras", insistió. "¿No te animas?"

Ella se sentó en la cama al lado de su adversario. El colchón virtual era tan duro como el sillón del Ludo, a pesar de su aspecto mullido. ¿Qué tendría escondido, y en qué lugar? Lo lógico era comenzar por los sitios secretos. ¿Dónde, si no, podía ocultarse algo?

Fue derecha a su boca y él ya la esperaba. Permitió que Maelis le separara las mandíbulas y escudriñara, permitió que los dedos visitaran sus encías y registraran por debajo de su lengua. Pero ella solo encontró su carne húmeda y rosa y sus dientes agudos. El siguiente orificio era el de los oídos, y en ellos rebuscó con la lengua, pero como no eran muy profundos acabó pronto. Estaba entrando en erupción y se le empezaban a quitar los escrúpulos, aunque no la sensación de peligro. Bajó hacia el remanso oloroso de sus axilas sin separar los labios del cuerpo abandonado, y luego reptó por su vientre con la lengua hasta la celdilla de su ombligo, dejando a su paso un rastro de saliva. Pero no halló nada tampoco en el ombligo.

Temblando casi, siguió su descenso al paraíso oscuro. El fauno

procaz la ayudó a llegar, sujetándose con las dos manos los muslos, ofreciendo su exuberancia, pero “frío, muy frío”, dijo. Ella lo miró sin comprender y él sonreía. Sus ojos de ámbar relucían en la oscuridad aterciopelada.

De golpe se dio la vuelta y se tumbó boca abajo, con los brazos y las piernas abiertos como aspas. Era evidente lo que esperaba de ella. Entonces Maelis se inclinó sobre su grupa curva, sopesó con las manos el volumen de sus nalgas, y esbozó con el índice una maniobra central. Estaba todo muy caliente y muy apretado, pero el cuerpo cedía a la invasión. ¿Lukas poseído? ¿Leviatán expoliado? Lo oyó darle instrucciones desde la lejanía blanda del almohadón: “No, así no. Con la boca.” Sus deseos eran órdenes: se sometió de inmediato, y forzó la natural resistencia con los dedos y la lengua, como nunca antes, violando su carne, estremeciéndose de la osadía de su asedio. Pero allí tampoco descubrió nada. Tan solo la esponjosa intimidad tridimensional, y los estallidos de su propio corazón.

Se separó de la pantalla y apartó de su boca la correa de sensores, presa de un extraño desdoblamiento. Se veía a sí misma, pálida y menuda, arrodillada sobre él, pero ninguno de los dos estaba allí de veras. Sabía que todo era un juego, y sin embargo no terminaba de aceptar que ese Lukas sicalíptico y perverso no fuera más que una creación de Sylabus.

Ante sus ojos en el visor del casco seguía el íncubo irresistible decúbito prono, esperando su registro. Por los auriculares le llegó de nuevo su voz metalizada: “¿Qué has encontrado?”.

Maelis volvió a colocarse la correa y le contestó por el micrófono: no había encontrado nada. Cállate, estúpida: si eso ya lo sabía él mejor que ella, y Sylabus mejor que nadie. Pero para eso había pagado, para que la movieran como a una marioneta. Así que regresó dócilmente a sentarse sobre la cama con dosel junto a su tormento y esperó a que siguiera el juego.

Lukas se movió en la pantalla. A su lado sobre el colchón estaban las blancas manos impacientes de la doble binaria de Maelis. Él asió una de esas manos y se la llevó a la boca. Le mordisqueó los dedos, y Maelis notaba, como antes en la lengua, sus dientes afilados. Intentó soltarse pero no pudo. El fauno susurraba: “Qué mala suerte, no has encontrado nada y vas a perder la partida, con lo fácil que era. ¿Ves?” Abrió su otra mano y en la palma brilló algo: “Has perdido, y serás castigada por ello.” Se incorporó como para abrazarla y la inmovilizó, atenazándola entre sus rodillas y sujetándole las muñecas. Entonces, como en sueños, Maelis entrevió un destello de metal azulado relampagueando entre sus dedos y quiso liberarse. Demasiado tarde.

Súbitamente sintió una violenta sacudida, una descarga eléctrica que la recorrió de arriba abajo, prendiéndola como una zarza,

erizándole el vello. Gritó, un grito de sorpresa y de dolor, y buscó a tientas el botón de stop en el brazo del sillón.

Pero la voz de Lukas la detuvo: “¡Espera! Aún tengo algo para ti”. Había vuelto la cabeza hacia un rincón de la habitación oscura. Maelis siguió la dirección de su mirada y vio aparecer entre las sombras a Sylabus, como un verdugo fantasmagórico: “¿Te ha gustado el juego, nena? No me ha salido mal del todo, ¿verdad? Tendrás que reconocer que soy un genio de la manipulación háptica...”

Maelis no supo si el panegírico continuaba. Expulsó el disco de un puñetazo en el brazo del sillón y se desenganchó del aparato a patadas, apartando de un golpe la pantalla del Ludo, nunca más, más nunca esa basura, insultando en voz alta a Sylabus, ¿qué pretendía con ese cameo delusivo y nauseabundo?, vampiro, gusano, sapo venenoso… Hasta él le había robado a Lukas, lo había vuelto perverso como él, lo había adulterado.

II

—¿Maelis, estás ahí? Maelis Salem, contesta, que sé que estás ahí, soy yo, venga, que corto.

Era la voz de Mª Lancia. Se había olvidado de cerrar la aplicación. Se levantó de la cama y fue a tientas hasta el ordenador. Las piernas le flojeaban.

—Pero Maelis, ¿qué te pasa? ¡Qué cara tienes!

Su cara pálida y deformada en la pantalla. A Mª Lancia en cambio se la veía muy guapa y emperifollada.

—Estoy fatal.

—Ya decía yo. En el Centro todo el mundo está extrañado, como llevas tantos días sin aparecer... Es la primera vez que faltas sin avisar, hasta el Supremo ha preguntado por ti. Qué te habrás cogido por ahí... ¿Tienes fiebre?

—No sé. No. No, si no estoy enferma. Estoy hecha un lío.

—¿¡Max!?

—No, no. Está de turno.

—No me digas que es ese niñito, que todavía te tiene en jaque.

—Sí. Bueno, no. Si ya me despachó hace mucho tiempo.

—No me habías contado nada. ¿Te dijo que no?

—Sí. Al parecer eso fue lo que dijo.

—Chica, eres de piñón fijo. Déjalo ya. Ya tienes a Max, para qué quieres buscarte problemas, olvídate del bebito.

—No puedo. Ya lo intento, pero no puedo.

—Bueno, pues llámalo otra vez y dile que haga algo, así no te vas a quedar.

—Es que el problema es mío, no suyo. No quiero salpicar.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé.

—No entiendo cómo te ha dado tan fuerte. Si no ha pasado nada. Por lo que me has contado, ni siquiera puedes tener recuerdos.

Y los pocos que tenía, los había sublimado. Había terminado ya por profesar sus propios sueños.

—Estás peor de lo que yo pensaba —diagnosticó Mª Lancia.

—No me lo digas, que me lo creo.

—Mira, mi niña, lo que tienes que hacer es darte una ducha, ponerte tus moños y tus lujos, y nos vamos a tomar algo por ahí, que esta noche empiezan los carnavales. Y el lunes yo te consigo una bajita de un amigo muy amigo que me debe un favor, y ya está. ¿Vale, reina?

—No puedo. De verdad, Mª Lancia, no puedo.
—Venga, tonta. Arréglate y nos vemos a las doce en el Hulahop.
—Si es que no tengo arreglo.
Al salir del baño se enfrentó al espejo, a veces cómplice pero también a veces testigo traicionero como aquella noche, y se dio cuenta de los estragos. Tres días enteros sin comer casi nada, tumbada en la cama, a oscuras, masticando el agridulce arsénico de sus escasos recuerdos hasta el aburrimiento, intoxicada de imágenes lacerantes, *“de ese nombre envenenado mi boca padece amnesia”,* como diría Vero.

Cuando se reunió con Mª Lancia en un rincón del Hulahop, abarrotado como una caja de fósforos, dos enmascarados se volvieron a mirarla. Llevaba una capa negra y unas botas de mosquetero que le llegaban a medio muslo. El cobre violento de sus trenzas enmarcaba su frente pálida. Tenía los labios violáceos y los ojos anegados de reproches.
Mª Lancia estaba deslumbrante como una hiedra cubierta de rocío.
—No sé si decirte que pareces un hada o una aparición.
—No he podido hacer más en menos tiempo. Llevo varios días sin probar bocado.
—Tómate esto, que es mano de santo.
Sacó de un bolsito un comprimido color añil que se disolvió al instante en un vaso de agua y se convirtió en un bebedizo humeante.
—¿Qué es eso, Pandora?
Qué más daba. Maelis bebió: sabía a zarzamoras y a cerezas amargas. Le sobrevino una náusea pasajera y luego una sensación de calor que irradiaba en espiral desde el centro hacia afuera, activando válvulas, pistones y bielas. La sangre refluyó a sus venas, y le volvieron a salir las pecas que le salpicaban los pómulos.
—¿Ves? Ya eres tú otra vez, que te habías perdido.
Lo que no sabía Mª Lancia era que por dentro seguía escarchada.
—¡Bueno, venga, aire!
Salieron del Hulahop a codazos. El cuerpo a cuerpo formaba parte del ritual báquico. En la puerta del local, los guardias de seguridad clásicamente disfrazados de cacos les devolvieron los aerosoles de defensa personal que habían dejado consignados.
La aprensión y la incertidumbre cotidianas no impedían que la gente se echara a la calle para celebrar la gran bacanal. Por unos días, los pelotones ruidosos del tráfico le cedían el paso a la avalancha de máscaras y de encapuchados, de colombinas y de diablos, de dráculas y de vaqueros, de medusas y de piratas, de ovnis y de ángeles, de brujas, de payasos, de marquesas, de osos, de animales mitológicos y de gitanas, de navajeros reales, de rateros genuinos, de colgados a la cuarta pregunta, de pirados, de asesinos, de canallas, de esperanceras,

de anselmos y cleopatras, de hombres vestidos de mujer y de mujeres semidesnudas.

Maelis pensó que si se encontraba con Él no lo reconocería, a menos que los hados decidiesen lo contrario. Había que dejarlo todo en manos del destino.

Mª Lancia la arrastró hacia la cola de una guagua-lanzadera que había fletado la municipalidad para cubrir el recorrido hasta el Domo recién inaugurado.

—¿El Domo?

Maelis ya no leía ni la prensa local.

—¡¿Que no te has enterado?! Pues están intentando llevarse todas las cosas báquicas estas fuera de Santa Cruz, y han construido una especie como de circo cubierto a prueba de todo, y así, si la cosa se pone fea de verdad, incluso se puede usar como refugio, ¿sabes lo que te digo? Ahora lo llaman el Domo, que suena muy bien, pero ya veremos.

El tren iba de botembote de barriadines y de monjas, ¿o más bien eran camareras?, de minotauros y meretrices, y de ejecutivos desmadrados disfrazados de supermanes que intentaban meterle mano a todo lo que se movía al ritmo infame que llenaba la ciudad.

La pócima que Maelis se había tomado en el Hulahop debía de ser algo más que un reconstituyente, porque poco a poco empezó a vibrar y a dilatarse el aire a su alrededor, y todo adquiría otro significado. Un animal mintió descaradamente bajo el foco rosa de los proyectores, y ella no decía nada porque era muda.

—¿Has visto?

—No, mi niña. Soy ciego.

—¿Y tú, has visto, tú?

—Está muerto. Tiene los ojos de lana.

¿Qué estaban diciendo? No entendía nada. Las palabras cobraban todas un sentido oculto, se volvían inaccesibles, se deformaban. La vista se le nublaba. Él la apuñalaba sin histeria explosiva. La enfermera estaba recosiéndole la cremallera del pubis y el ángulo recto de su pezón, perfumado con azul prusia. Las uñas de la mujer apestaban a perejil. Prohibido escuchar el ruido del mar... Ahora los recuerdos se mezclaban con las percepciones inmediatas.

—Cuando los objetos estilísticos estén planchados y almidonados, podrás hacerte el nudo de la corbata. De la garganta.

Mª Lancia la cogió por el brazo:

—¿Qué dices, muchacha?

—Nada, nada. No me hagas caso.

Mª Lancia, reconvertida en luciérnaga, ya había pegado hebra con un supermán medio calvo que se estiraba la capa como si fuera una americana de lana fría. Luego se empeñaron los dos en emparejar a

Maelis con el amigo del supermán, que iba vestido de nerón. Lo más logrado del disfraz era la panza, que por cierto era natural. Maelis se reía.

—Eso es, guapa, di que sí.

—Afirmación persistente que salió victoriosa del terrible torneo medieval.

—Tu amiga está un poco grillada, ¿no?

Por fin llegaron a su destino. El Domo era una suerte de fortificación maciza de hormigón grisáceo, adornada para la ocasión con almenas y contrafuertes y torreones de cartón con purpurina. Para acceder a la entrada principal había que cruzar un auténtico puente levadizo, que se balanceaba peligrosamente bajo el peso de la muchedumbre versicolor. Maelis alzó la vista y leyó la inscripción tallada en la piedra artificial sobre el portón: *"Tempus delet urbium moenia"*. Mientras esperaban turno para entrar, googleó en su móvil la misteriosa frase y le maravilló enterarse de que era latín. ¿A quién se le podía haber ocurrido semejante anacronismo? *"Tempus delet urbium moenia et hominum stirpem"*, ponía en Wikiblabla; lo que, traducido a román paladino, quería decir: "El tiempo destruye las murallas de las ciudades y la estirpe de los hombres"… Ja. Ni *tempus delet* ni nada, pensó. El tiempo solo destruía la materia: las murallas, los bosques, los libros, los cuerpos de las mujeres... Pero no podía nada contra el amor. Allí estaba ella para dar fe.

Por fin Mª Lancia y Maelis lograron cruzar el puente, y ya el tropel las empujaba hacia el interior del Domo. Dentro de la fortaleza había distintos escenarios, en los que tocaban simultáneamente orquestas diferentes, según el ambiente que trataran de amenizar. Había tañedores de laúd, mariachis, saxofonistas de Nueva Orleans, un grupo compacto de Flying Elvis, varios coros de monjes tibetanos y de cartujos, un robot pianista en un *saloon* americano, tambores japoneses, gaiteros, y hasta un cuarteto de flautistas de Hamelín rodeados de ratones vestidos con fieltro marrón. Maelis estuvo a punto de dejarse caer al suelo. Se sujetó a una columna y cerró los ojos, deslumbrada por los miles de focos, asfixiada por la tufarata irrespirable. Pero un forzudo disfrazado de nodriza, con pechos postizos y un bebé de goma colgado del escote, la puso firme de un empellón ofreciéndole su par de ubres plastificadas, ¿necesitas un trago, guapa? Un bigotudo vestido de mulata movía las caderas graznando y todos le coreaban, agitados de un espasmo común. A Maelis todo le producía una hilaridad incontenible.

Anduvieron deambulando a empujones entre la gente, cogidas de la mano para no perderse, bailando al son de los diferentes ritmos, evitando las reyertas y los navajazos, dejándose llevar de un lado a otro, bebiendo de los vasos que les ofrecían al paso, hasta que por las

troneras empezó a colarse la luz equívoca del alba. Entonces Maelis recordó que estaba agonizante de una obsesión sin destino, y quiso marcharse.

Al salir, fueron en seguida a coger la lanzadera de regreso a Santa Cruz. Ya había amanecido y el sol reciente cubría de pan de oro la fortaleza. Mientras esperaban en la parada, las rodeó un grupo de sátiros con cuernecitos burlones, coronados de flores y hojas, relucientes como estatuas de bronce, seguidos de duendes alados ataviados con trajes de plástico transparente, y de varias ninfas descalzas envueltas en velos de color amatista. Intercambiaron chistes con Mª Lancia e intentaron enlazar a Maelis para bailar, pero ya ella estaba mustia y no les siguió la broma.

Detrás del fantasioso cortejo iban dos mujeres enlazadas. La más linda, disfrazada de geisha, con el pelo recogido en un moño azabache, el rostro pintado de blanco y el carmín de la boca un poco ajado a esas horas, se sujetaba con la manga desbocada de su kimono al brazo de una maritornes con catadura de jugador de rugby, pintada como un coche y vestida de no se sabía qué, de maja goyesca, con volantes y peluca, peineta y gafas de sol, y abalorios colgando de su cuello ancho.

Las cuatro mujeres se miraron al cruzarse, y la pareja siguió de largo. Pero bruscamente la pugilista soltó el brazo de su pareja, se acercó a Maelis y, antes de que ella pudiera hacer nada para impedirlo, la besó en una succión centrípeta como el vacío producido por una estrella desintegrándose en el espacio. Luego, sin mediar palabra, se marchó con su geisha, volviéndose de trecho en trecho.

Maelis se pasó la mano por la boca y se manchó los dedos con las lentejuelas del maquillaje de su anónima besadora.

—¿Has visto a la estrambótica esa? Parece que le gusté.

—Venga ya, Maelis, ¿ahora te va a dar por las chicas? Aunque más te valdría, a ver si se te pasa lo del niño ese... Pero siento decirte que eso era un tío vestido de mujer.

—Que no, hombre, que era una mujer.

—Que eso era un hombre, muchacha, no has visto qué cuello de hombre tenía, y qué piernas, mira, mira cómo camina...

Maelis intentó divisar a lo lejos las siluetas borrosas que cruzaban ya el puente levadizo de la fortaleza, pero el resplandor de los focos la cegaba. Se besó el dorso de la mano para dibujar allí la forma de su boca y luego acarició el dibujo de los labios marcados, como si fueran los de Él. ¡Había sido Él!

—Era Él, Mª Lancia, estoy segura.

—Estás obsesionada, muchaaaacha, ¿cómo va a ser él?, pues mira que hay gente hoy aquí, como para coincidir con nadie.

Que pensara lo que quisiera. Ella sabía que Él la había besado, y de

repente la vida volvía a ser una aventura digna. Digna de ser vivida.

Max se había puesto las gafas de ver de cerca y andaba hurgando en las tripas del Ludo.

—Este trasto se está quedando viejo.

Como nosotros dentro de nada, pensó Maelis, viéndolo con sus anteojos en la punta de la nariz, tan distinto del Max retador de la playa. *“Tempus delet”*, como advertía la inscripción del Domo.

Volvió a fijar la vista sobre la página del libro que intentaba leer, y se aisló de nuevo en el espacio claustrofóbico de sus recuerdos. Desde la noche del carnaval, se pasaba los días y las horas colgada del balón de oxígeno de aquel beso misterioso, persuadida de que había sido Lukas, y pensaba en volver a llamarlo. Luego intentaba convencerse de que quien la había besado era una mujer, pero concluía que debía llamarlo de todas formas: Mª Lancia tenía razón, así no podía seguir, tenía que volver a verlo, necesitaba su rendición final o su golpe de gracia. Tenía que terminar con él como fuera. Era la única alternativa para bajar a la realidad y dejarse de sueños inducidos o culebrones digitales.

Además, el dirigible en el que viajaban Max y Maelis se había desinflado un poco últimamente. Ella se amurallaba en un mutismo mohíno, y Max entraba y salía, y no hacía preguntas ni reproches. Vivían remotamente equidistantes. Ella, con sus fichas y sus libros, sin acercarse para nada al Ludo. Él, con sus turnos de vuelo y sus semanas de descanso, que aprovechaba para hacer gestiones y deporte, y para arreglar las cosas de la casa que se iban deteriorando, ya ni un fontanero se consigue en esta puerca ciudad, ni un chapuzas, y entraba y salía y quedaba, con sus hermanos, con sus amigos, con los distintos equipos de vuelo, y Maelis ausente atendía a sus providencias sin levantar acta.

Apenas se rozaban. La última vez, Max había dedicado mucho tiempo a olisquearla por todos los emuntorios y a mordisquearle un poco los maléolos, a desgranar el rosario de sus vértebras hasta el sacro, a hacerle cosquillas, y a trazar el plano de las líneas de su mano, y ella se dejaba, pero no alcanzaba el punto de caramelo que él esperaba. Luego él había querido alojarse en ella pero no había podido, estaba clausurada y se disculpaba, mejor otro día, se encontraba algo débil, no tenía muchas ganas...

Pero Max la había zarandeado un poco y la había obligado a mirarlo:

—Ya nunca tienes ganas. Ya no te gusto nada.

Qué disparates estaba diciendo, pues claro que le gustaba, si ahí más atrás, hacía como un par de días, ¿ya no se acordaba?

—No es verdad. Llevas meses dejándote querer, que no es lo

mismo, pero tú pasas, ¿crees que no me doy cuenta de que estás en otra cosa? Al principio pensaba que era eso, cansancio, una racha, pero ya me parece que es algo más. ¿No quieres que hablemos?

¡Si no había nada que hablar! Debía de ser lo que él decía, una racha, la crisis esa rara de cumplir años que no se le quitaba.

Aquella noche él no insistió y Maelis se durmió enganchada a él, repasando sus particulares zozobras. Y desde entonces, no había ocurrido nada. Pero no sabía por cuánto tiempo más podría seguir de remolona. Quizá por eso, esa tarde le costaba tanto entender lo que leía, en lo que Max traquinaba en las tripas del Ludo.

De repente el Ludo crujió y, en un rumor de goznes, pernios y circuitos, Max emergió del aparato quitándose las gafas:

—Ya lo tengo.

Había diagnosticado por fin el problema: la junta del joystick estaba como oxidada.

—Qué cosa tan rara. No entiendo cómo ha podido oxidarse esto.

—¿Hmm...?

Maelis levantó la vista del libro. El j-o-y-stick... Max estaba demasiado atareado para descubrir el pastel:

—Vamos a tener que comprar una consola nueva. He visto en el catálogo un Teledildo que tiene buena pinta. Creo que es lo último que ha salido en VR. ¿Quieres que lo compremos?

Luego empezó enseguida a recoger: tenía prisa, había quedado para cenar con el equipo, y fue corriendo a darse una ducha.

Maelis se incorporó para el beso de despedida.

—Qué porte te gastas, Antoñito el Camborio. “Moreno de verde luna, andas despacio y garboso, tus empavonados bucles te brillan sobre los ojos”, ¿no? O algo parecido.

— Guasona. A ver si se te abre el apetito y a la noche me das la sorpresa.

Volvió muy tarde. Anduvo por la habitación y luego se tumbó en la otra punta de la cama, para no despertarla. Pero la despertó. Maelis se abrazó a él. No olía a alcohol ni a gente ni a bares. Olía tan bien... Si ella lo quería a él más que a nadie en el mundo... Si ella no... pero Lukas... Intentó decir algo, pero su sueño volvió a apoderarse de ella. Soñaba que estaba en la cama en la que estaba de verdad soñando, pero en la cama del sueño ocurrían cosas raras. Ella estaba arrinconada al borde mismo del colchón y se sentía oprimida: ¿había mucha gente encima de ella? Max la abrazaba y la aplastaba, ¿intentando protegerla? Lukas también quería abrazarla, pero el cuerpo de Max actuaba eficazmente como una barrera. Era muy extraño que estuviera Lukas en la cama de casa, pero Max no hacía nada por echarlo de allí o por marcharse airado. Se limitaba a besuquearla, y Maelis pensó que querría poner celoso a Lukas,

marcarle sus dominios. Ella también besuqueaba a Max, pero le daba lástima el otro, ahí abajo, tan lejos de ella... Max estaba solo con Maelis y ella sola en el mundo con él, y el otro allí, mirando, mientras ellos se arrullaban... Alargó un brazo por encima de Max e intentó alcanzar a Lukas, y llegó incluso a rozarlo. Pero Max se había levantado, se había ido a la cocina, estaría haciendo café. Maelis también se levantó, indiferente por primera vez a Lukas. Se sentía execrable, pero le daba igual. Quien de verdad le importaba era Max, que estaba haciendo café en las tripas del Ludo. ¿Estaría enfadado? Volvieron a mamboliarse, de pie, apoyados contra la puerta de la cocina. En ese momento entró Lukas, mascullando algunos improperios en su español de bolsillo, pero como nadie le hacía caso regresó al dormitorio, seguramente a vestirse. Se oyó un portazo y el sueño terminó abruptamente.

Cuando Maelis se despertó, Max ya había hecho café, y las sábanas estaban sucias.

—Anoche al final El Camborio remató... ¿Ya se te pasó la cuarentena?

Maelis no recordaba nada, pero no se atrevió a decirlo y se puso mustia otra vez. Max en cambio parecía de buen humor. Para celebrar su reencuentro de la noche anterior, la invitó a cenar.

—Pero al Walrus no, por favor —le pidió ella.

El restaurante patagón le traía malos recuerdos. Reservaron mesa en un australiano. Canguro en vez de guanaco, tanto daba. Al menos no estaría contaminado tampoco.

—¿Qué me pongo? No tengo nada.

Era la pura verdad. Llevaba tantos meses alienada de su existencia mundana, que había perdido hasta el hábito de la ropa. Estaba en braga y sujetador frente al espejo del baño, y Max la vistió con sus brazos.

—Cuando nos conocimos, ibas más o menos así. ¿Te acuerdas?

Se miraron en el espejo y Maelis sintió melancolía de aquellos años en que para ella no había nadie más que él, no había espacio exterior, no había edades ni sexos ni otros cuerpos. Eran años de barreras, de parapetos entre el mundo y ellos, pero también de suficiencia. Debía acabar con su pesadilla, su obsesión, su tormento. Sobre todo por ella. Pero también por Max.

Al salir del garaje de camino hacia el restaurante, Max tuvo que bajarse del coche para apartar del vado a un vagabundo que estaba recostado en el portón. El hombre los insultó y los persiguió a botellazos hasta alcanzarlos de un golpe certero en el cristal trasero, que se astilló. La botella rebotó y fue a estrellarse contra el asfalto. Max pegó un frenazo, pero decidieron seguir adelante, porque todos

los mendicantes que rondaban por el semáforo de la avenida habían empezado a arremolinarse en torno al coche. Luego, al llegar al restaurante, los hicieron pasar por un contador Geiger. Maelis se asustó: ¿Qué estaba sucediendo, Max? Él la tranquilizó. Seguro que el dueño era un guiri escrupuloso, bobita.

A pesar de todo, cenaron bien y bebieron bastante. A Maelis se le ocurrió que tenía ganas de salir de la isla. ¿Y si se iba con Max en su próximo viaje? Max pensaba que la idea de viajar era buena, le vendría bien cambiar de aires, pero ¿por qué con él? Si él no iba a poder ocuparse de ella mientras tuviera turno de vuelo. ¿Las Pericas no querrían acompañarla de compras a algún sitio? Sí, claro, pero a ella le apetecía con él, tanto reprocharle su pasividad últimamente, y cuando le proponía hacer algo juntos... Pero si no iban a poder estar juntos, mi amor, ¿es que no se daba cuenta de que para él viajar era un trabajo? Pues claro que se daba cuenta, Max, pero suponía que en algún momento descansaría. ¿O no? ¿O es que nunca dormían? Y por cierto, ¿cómo dormían? Maelis nunca había pensado en ello y de pronto tuvo dudas, y quiso saber si compartía habitación con los otros pilotos. ¿O con las azafatas? Claro, las azafatas, vaya películas se montarían con el equipo, como él decía, por las noches en esos hoteles... Por eso no quería que lo acompañara. Ahora lo entendía. Maelis le dio con el puño en el brazo, y Max se reía. No estaba acostumbrada a beber, se estaba poniendo majadera, mejor no bebas más, y le quitaba la copa. No bebas más ni menos tampoco, se burlaba ella, agarrando la botella y bebiendo directamente del gollete. Después del postre brindaron: por ellos. Salieron del restaurante abrazados. Los del contador Geiger se estaban echando un purito en la puerta. Era una extraña manera de controlar la contaminación.

Maelis se empeñó en enseñarle a Max el famoso Domo*,* y dieron un paseo en coche hasta allá. La fortaleza de hormigón había perdido su esplendor festivo: parecía un monstruo dormido, agazapado en la noche; pero la amenazadora inscripción aún cruzaba la fachada como una cicatriz. Al pasar por delante del lugar donde se había acercado Lukas a besarla, o quien fuera, Maelis suspiró. Max le tiró suavemente del pelo: ¿Cansada? No, al contrario. ¿Por qué no iban al Toxic? Estaba desconocida, diagnosticó Max.

En la puerta del Toxic también había un contador Geiger, bastante menos imponente que el primero: de tanto verlo, acababa uno por acostumbrarse. Desde fuera se oía la música, se oían risas, olía a chic y a perfume. Había mucha gente, gente con ganas, se veía que estaban allí en busca de lo que fuera, y que esperaban encontrarlo con cada recién llegado. Como en el hangar de Araya, aunque en el Toxic los remedios eran de importación.

Max la arrastró hasta la barra y al pasar remolcaron miradas

indiscretas o postulantes que no podían esquivar.

—¡Eh, Ventura!

Un tipo sonriente se abalanzó sobre ellos. Max lo agarró por el brazo y le dio una sacudida amistosa:

—¡Ducati! No te pierdo de vista ni pagando…

—Estamos apalancados por aquí. Ven, que te presento a mi mujer.

En décimas de segundo, Maelis captó una imagen del grupo de pie junto a la barra y se inmovilizó, pero Max la empujaba por la cintura. Luego la soltó: de pronto él también se había quedado parado. Reaccionaron a la vez y se acercaron.

Al lado de Ducati había cuatro hombres y dos mujeres. La rubia se inclinó hacia Maelis y le dio un beso:

—Yo soy la mujer de Ducati, ¿cómo estás?

La morenita era vistosa. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo que le achinaba los rasgos. Y allí, a su lado, estaba Lukas con un vaso en la mano. De repente el Toxic se había quedado vacío. Era como si en el lugar que Él ocupaba hubiese brotado un surtidor de luz que eclipsaba todo lo demás. Maelis reconoció el ámbar de Sus ojos y el brillo feroz de Sus dientes. Hola, hola, encantada, besos cumplidos.

—¿Qué pasa, Max, no nos vas a presentar?

—Mira, Maelis, te presento al equipo. Este es Nico Méndez. Y este es el Toro, lo llamamos así porque es el que lleva los cuernos —Max se reía—, los “cuernos” del avión, ¿verdad, Toro? Es que el muchacho es un nostálgico.

Maelis no entendía el chiste. O le había sentado mal el vino de la cena, o estaba bajo los efectos de otro narcótico.

—Este es Antonóv.

Qué más daba. Si le traían sin cuidado.

—Ella es Frontera.

La morena inclinó levemente la cabeza.

—Y él es…

—…el último confín de Frontera —terció Ducati, y todos se rieron a coro, menos Maelis.

—Ya nos conocemos, es un antiguo compañero de trabajo. Hola, Lukas, ¿qué tal?

—¿Cómo estás?

Se saludaron con superficial cordialidad, como buenos actores. Luego la conversación se anduvo por otros derroteros y Maelis pudo levantar del suelo los ojos para posarlos sobre Él. Llevaba muchísimo tiempo sin verlo, y el último contacto entre ellos había sido un beso ciertamente robado. Apenas se atrevía a mirarlo, pero al amparo de las sombras recuperó Su anatomía y Su densidad, todas las variables perdidas. Irradiaba energía y calor. Irradiaba fuerza. Todo lo que a ella le faltaba.

También se le iba la vista hacia la diosa Frontera. Así que era ella la afortunada, la picadora, la gran ejecutora. Esa oscura belleza concentrada. Ojos de esfinge, o más bien de hechicera, labios soberbios y mestizos, piel mate, pelo oriental, porte altivo. Ni una sola vez desvió la mirada para cruzarla con la de Maelis. ¿Sabría quién era ella? ¿La habría reconocido como la obsesa persecutora?

Fue al baño varias veces para encontrarse en el espejo. Necesitaba mirarse en él porque Él no la miraba, necesitaba sentir que existía aunque Él ignorase su existencia. Pero cuando regresaba junto a Max, nadie aparentaba haber notado su ausencia. Todos hablaban y se reían, o Lukas tal vez no, parecía absorto, distanciado, con el codo derecho apoyado en la barra y sujetándose la cabeza con la mano, esa mano tan idéntica a la mano perversa del último videojuego. ¿Y todo lo demás? ¿Idéntico también?

Tenía que suceder algo, tenía que explotar el contador Geiger o hundirse el mundo. Con lo infinito que decían que era el universo, ¿por qué a veces se le cruzaban los cables al destino? No podía seguir allí. Le pidió a Max que la acompañara: es que no se encontraba muy bien, estaba un poco mareada.

Max se disculpó con sus amigos:

—No está acostumbrada a beber.

Mejor se hubiera callado. Se despidieron sin entusiasmo, y Lukas ni siquiera se levantó.

En el párking apestaba a miedo y a fin del mundo. Max estaba locuaz, qué casualidad, ¿a que eran buena gente?, pero de qué le sonaba aquel chico, ¿cómo se llamaba?, el compañero de Maelis, tenía la impresión de haberlo visto antes y no sabía dónde, y Maelis no contestaba, mirando obstinadamente por la ventanilla del coche.

En el semáforo había un mendicante que vendía canciones acompañándose de un timple: “¿Dónde estás, corazón? No oigo tu palpitar…”, en el fondo el ser humano era tan, pero tan aburrido, empeñado a lo largo de los siglos en las mismas absurdas pamplinas, “…yo quisiera llorar y no tengo más llanto, la quería yo tanto…” Lo de siempre.

Max la dejó en casa y decidió regresar al Toxic. Había cenado mucho, se sentía pesado, todavía estaba el canguro de la cena dándole trancos en el estómago, no tenía sueño aún, ¿a ella no le importaba, verdad?

Maelis se acostó y volvió a repasar, tumbada boca arriba, a oscuras, la secuencia del encuentro casual. ¿O no había sido casual? Sí, la idea de ir al Toxic había sido de ella. ¿Entonces, qué le hacía pensar…? Bueno, eran compañeros de Max, solían ir por allí, qué tenía de raro. Lo único inesperado había sido la presencia de Lukas, y el corazón se le agolpaba en la garganta recordando su mirada distante. Sin

embargo había algo indefinible en el desarrollo de los acontecimientos, algo que se le escapaba. De pronto se acordó: cuando Ducati los saludó y se habían dirigido hacia el grupo, Max dudó, igual que ella, en acercarse. Ella, al ver a Lukas. ¿Y él?

Pero cuando Max aterrizó a su lado en la cama fría, en ese Exámeron que ya no los mecía como antes en la madrugada esquiva y fugaz, no se atrevió a preguntarle.

III

La luz entraba a borbotones entre las ramas de una enredadera que enmarcaba la galería. Al apartar las hojas, se veía la estructura densa y rumorosa del laurel de Indias que servía de asiento a la cabaña de madera envuelta en buganvillas. Más abajo, el suelo cubierto de flores de papel de seda y, a lo lejos, el mar.

La galería olía a riga y a resina. En una esquina, una destiladera refrescaba el aire con el sonido tenue de las gotas de agua filtrándose lentamente y cayendo en el bernegal. Max Ventura levantó el recipiente de estaño que encontró junto a la talla y bebió. El agua estaba helada y sabía a arcilla. Luego se dirigió hacia uno de los arcos que comunicaban la galería con el interior de la cabaña y sigilosamente se deslizó dentro de una estancia fresca y sombría. Se respiraba un ambiente de serenidad casi mística. Los escasos muebles eran austeros y todas las paredes estaban desnudas, pero uno tenía la impresión de llegar por fin al esperado tránsito.

Fue pasando así de estancia en estancia, y en todas olía a arcones y a musgo y a cedro, y en todas daban ganas de quedarse. Pero él seguía su búsqueda.

Al salir de nuevo a la galería, finalmente la encontró. Estaba inclinada sobre la baranda, cogiendo flores, envuelta en una túnica de color azafrán que acentuaba sus formas de Venus calipígica. Su pelo azulado fluía por su espalda como una capa de raso, y su piel oscura de metal mate desprendía un aroma misterioso a henna y a pachulí. Max se aproximó sin ruido, pero ella se volvió hacia él. La camisa blanca de Max se tiñó de naranja al acercarse a ella. Por primera vez la veía sonreír, y aquella sonrisa dulcificaba sus rasgos soberbios.

—He alcanzado mi Frontera —la voz de Max en el aparato se parecía a la de Lukas.

—Has llegado hasta mí, pero tu viaje acaba de empezar.

Max la cogió en brazos y la llevó al interior de la cabaña, y ella se enroscaba a él como un zarcillo de maracuyá, ligera y abandonada. La suavidad de sus labios de canela era casi imposible de soportar. Casi tan insoportable como su perfume, como el peso de su cuerpo, como su calentura. Al deshacer el nudo que sujetaba la túnica sobre sus hombros pulidos, la incandescencia de su mirada negra le lanzó un desafío. Y cuando la tela se deslizó por su piel inorgánica y cayó al suelo, descubriendo su inalterable cuerpo de princesa lasciva, sus pechos retadores, el tapiz espeso de su sexo, cuando se le apareció así, desarmada y desnuda pero blindada, fue cuando comprendió lo

inalcanzable de su feudo. Max invadió su territorio con ímpetu, con toda la violencia de la que era capaz, para vengarse de su fría serenidad. Y solo se entregó a su propio goce cuando la oyó gemir, cuando vio sus ojos cerrarse, su rostro contraído en un gesto que era de dolor. Solo entonces.

Max yacía en la pantalla, inerte ya sobre la túnica roja arrancada, sobre la flor oscura de Frontera dormida, y Maelis los contemplaba desde el visor del Teledildo sin atreverse a pulsar el Stop. Estaba sudando bajo el traje ajustado de piel inteligente. Los potentes efectores del aparato nuevo le habían transmitido fielmente los olores, los sabores fuertes, el íntimo ajuste de la penetración, la sensación vital de poseer un miembro viril por vez primera, esa mágica sensación de poder polinizante. Le habían transmitido el placer de Max, el rapto de Frontera... Y ella allí, paralizada, sentada frente al teclado de comandos.

De nuevo se apoderó de ella la inquietante esquizofrenia de una doble personalidad, en este caso triple, multiplicada. Se sentía trífida, bicéfala, polisexuada. Diversa. Y traicionada.

Seguramente había sido una equivocación rebuscar en el armario entre las cosas de Max, y ahora lo estaba pagando. Fue después de haber estado dando vueltas por toda la casa como una posesa, ofuscada con el recuerdo del encuentro en el Toxic, delirante, frenética. Con un irrefrenable deseo de estrenar la nueva consola de juegos que Max por fin había mandado a pedir, estrenarla con su cruel cibernauta, con su tritón binario, recuperar su incorpórea presencia probablemente perfeccionada por la tecnología. Y de repente, al rescatar la cinta con el primer juego de entre su ropa interior, había tenido una idea: se le había ocurrido registrar el armario de Max, ¿y si él también tenía material de contrabando? Tanto insistir con lo del Teledildo... Y tanto rebuscó, que acabó encontrando un disco. Un disco como los suyos, anónimo, sin etiqueta.

Lo había puesto en el aparato nuevo con el sentimiento de estar profanando la intimidad de Max. Pero la finura de las sensaciones y las imágenes, las emociones prestadas, la habían enganchado enseguida. Tomó cuerpo con Max desde que lo vio en la pantalla: percibía a través de él la oscuridad refrescante, los olores a humedad y a madera, su anhelo, su expectación. También Maelis estaba expectante. Sin embargo no se decidía a detener el juego. Hasta que, entre las buganvillas, había aparecido la diosa Frontera.

No sabía por qué se sentía rara. Nunca había pensado que Max pudiera tener una doble vida. ¡Como si le hiciera falta! Ellos nunca hablaban de esas cosas tan ajenas ni perdían el tiempo con palabras gastadas. Habría sido un ejercicio de tragedia antigua que no rimaba con Max, ni con su ironía. De todas formas, Maelis no podía

reprocharle engaños ni disimulos: precisamente ella, que llevaba meses practicándolos. Y desaires y desganas. Pero se sentía estafada. Quizá por esa mujer, por Frontera, que ya le había usurpado a Lukas y que ahora se estaba apoderando también de Max. Porque aunque aquel videojuego no fuese más que eso, un juego, significaba que Max soñaba con Frontera igual que Maelis con Lukas. Y ya eran demasiadas variables en la ecuación maldita.

El problema era que los vídeos no traían manual de instrucciones para seguir adelante después de verlos. Quizá lo mejor sería contarle todo a Max y buscar entre los dos una secuela, una segunda parte con final feliz. Pero ¿cómo explicarle que había registrado su armario? Maelis volvió a esconder el videojuego en su sitio, y decidió esperar a que las cosas se ventilaran solas.

Lo consiguió durante algún tiempo. Parecía tenerlo todo bajo control: su obsesión, sus sospechas, el tiempo transcurridor que seguía sin perdonar ni un solo minuto perdido. Controlado Lukas, Max bastante controlado, y ella sobreviviendo a medias. Eso iba pensando en el coche de regreso a casa, atrapada en el cepo del tráfico inmóvil, el atasco continuo que iba desde Santa Cruz hasta más allá de Tierra del Trigo.

—¡Ya estoy aquí!

¿No había nadie en casa? Max estaba en su quincena de tierra y habían quedado para cenar juntos. Pegó un silbido.

—Max, dónde estás...

Lo encontró delante del depósito de reciclaje.

—¿Qué haces?

—Nada, tirando papeles viejos.

—¿En el reciclaje de la ropa?

—¡Andá, si es verdad!

Maelis fue más rápida que él y de un tirón sacó del contenedor una camisa que Max no se ponía desde hacía tiempo. Tenía varios botones arrancados, y la tela en su lugar estaba como desgarrada. ¿Había intentado quitarse la camisa sin desabrochársela, brutito?, preguntó Maelis riéndose. ¿O lo habían asaltado? Max se rio también, intentando agarrar la camisa; pero Maelis se lo impidió. Sin saber por qué, instintivamente, la olió: olía a pachulí y a henna.

¿Y eso? ¿Qué quería decir eso? ¿Se lo iba a contar? Maelis no se reconocía en ese papel, pidiéndole explicaciones a un Max perplejo. Arrojó la camisa al suelo y fue a encerrarse en el cuarto de baño. Él fue detrás de ella.

—¡Maelis! ¿Pero qué te pasa? —Max hablaba a través de la puerta cerrada.

Que la dejara en paz, sabía de sobra lo que pasaba, era un cínico y

un falso.

—Por favor, abre, no entiendo por qué te pones así.

Que se fuera.

—Si no abres, echo la puerta abajo.

Abrió y se quedó dentro como esperándolo, y él la cogió por los hombros y la arrastró hasta la cama.

—Se puede saber qué te ha picado.

Con la cabeza debajo de la almohada, ella le contó su batida en el armario, y su descubrimiento, y su experimento con el Teledildo, y le contó sus conclusiones, y luego lo miró, esperando que negara.

Pero Max no negaba.

—Los vídeos no quieren decir nada, son juegos nada más, ¿es que tú nunca juegas?

¿Y lo de la camisa tampoco quería decir nada?

Max levantó las cejas y sonrió, pero parecía sonreírse a sí mismo. Era evidentemente absurdo seguir fingiendo.

—Si solo fuera la camisa...

Le enseñó los hombros y la espalda, cubiertos de arañazos y rastros vampíricos de mordidas, y el cuello, y volvió a reírse a medias. La confesión siempre ha tenido un dudoso gusto a miel, quizá porque permite volver a vivir la deliciosa infracción.

Pero a Maelis no le sabía tan rico. ¿Y se lo contaba así, sin más, tan fresco? ¿No le importaba nada?

—Claro que me importa. ¡Espera!

Maelis se soltó de su abrazo y se marchó tirando la puerta. Era la primera vez que se tiraban las puertas entre ellos.

Había anochecido y amenazaba tormenta. Maelis conducía como una loca, loca y despavorida, hacia la autopista, hacia donde la arrastraba el aluvión del tráfico, hacia el horizonte donde restallaban los relámpagos, iluminando la base de las nubes. Estuvo a punto de chocar con un furgón, y el conductor la interpeló por radio y amenazó con dar parte a la helipasma.

En la autopista había atascos, como siempre, tracaladas de gente que salía del trabajo, caravanas de vehículos acorazados que rodaban esquivando cadáveres de animales abandonados, controles intermitentes, mendicantes motorizados, vendedores ambulantes que aprovechaban cualquier descuido. Sin embargo Maelis solo veía el resplandor de las nubes eléctricas en la línea de poniente. Habría debido dejar el coche en algún apeadero y seguir en el trans-sub, pero al salir corriendo no había cogido nada, no tenía ni móvil ni documentación ni visa. No le quedaba otra que seguir conduciendo, hasta que se le acabara la rabieta o la batería.

Llegó sin saber cómo hasta la costa norte, hasta el acantilado del

Socorro, allí donde el mar abierto batía sus perfumes, y se bajó del coche. Se sentó al borde del abismo y pronunció Su nombre, pero era Max el que se le aparecía cuando cerraba los ojos. Los rasgos de ambos se confundían, envueltos en el perfume de Frontera.

Sentada en una piedra, Maelis se dejó empapar por el relente que subía de las olas y esperó a que la tormenta estallara, clavándose las uñas en las palmas de las manos, sin saber qué hacer consigo misma. Se levantó para marcharse cuando cayeron los primeros goterones de lluvia.

Estuvo dando vueltas por carreteras oscuras, espantando con los focos del coche a las ratas mutantes que revolvían la porquería amontonada en las esquinas, rondando por delante del edificio donde había dejado a Lukas aquella tarde de sábado fracasado, surcando una y otra vez las mismas calles sucias y engrasadas de humedad, con tal de no regresar a casa y encontrarse allí con Max y el resto de las cosas patas arriba. Era como una pantalla con el cristal roto. Como una toalla mojada. No tenía ganas de enfrentarse a Max y a su franqueza, cuando ella no había sido ni medio franca con él. Pero además se sentía exonerada por su reciente descubrimiento: ¿Nada le impedía ya acercarse a Lukas? ¿Ya estaban ambos libres de ataduras?

Hay tantas cosas sobre las que no podemos actuar. El azar, la genética, la declaración de impuestos, el horario, las leyes, los virus, el tiempo que nos lleva hacia la muerte... Tantas, que sería una negligencia no actuar sobre las que sí podemos. Podemos expresar en voz alta nuestros deseos más íntimos en vez de esperar a que se cumplan o se estrellen solos. Podemos elegir nuestra sumisión o nuestra autonomía con respecto a las normas. Podemos optar por vivir varias vidas dentro de esta existencia que nos viene dada, tan breve. Podemos arriesgarlo todo, el equilibrio, el aplomo, la monotonía, los límites estrechos, el seguro de vida, por vivir alguna pasión más nutricia.

Tenía que ver a Lukas. ¿Lo sabría Él? ¿Sabría Él lo de Max y Frontera? Debía preguntárselo.

La tormenta dejó la ciudad desmantelada y vestida como de raso mojado. El viento había arrastrado los contenedores de basura y cuando Maelis salió a la calle los mendicadores ya merodeaban entre los desperdicios. Había sido el último temporal del invierno y olía a cambio de estación.

Había pasado el resto de la noche sentada en el sillón del Teledildo. Max la estaba esperando cuando volvió a casa, pero no consiguió que contestara a sus preguntas. Tampoco había logrado convencerla de que se metiera en la cama. Al final se hartó de contemplarla, y no habían vuelto a dirigirse la palabra. Nunca antes habían discutido, y

no sabían hacerlo. Tendrían que buscar en algún libro de instrucciones, o mirar en el diccionario, como cuando aprendían a decir te quiero.

Por la mañana, al salir, Maelis no cogió el camino de siempre. Desayunó en un bar y llamó desde allí a Mª Lancia para avisar de su retraso.

—¿Tienes hora en el médico?

—No, luego te cuento.

Si supieran que la medicina no podía hacer nada por ella... A pesar de la mala noche, estaba relumbrante, galvánica, incombustible. Nadie podía detenerla. El sol madrugador apuntó entre dos cúmulos acerados. El edificio de los archivos generales parecía un decorado de cartulina recortado sobre el fondo de nubarrones presurosos. Miró la hora: iban a dar las ocho. Apretó el paso. Quería encontrarse con Él en la puerta, para evitar tener que dar explicaciones a los colegas de la Mediateca.

Pero no Lo veía. Ni veía Su bicicleta. De todas formas nadie iba ya en bicicleta, por lo de las radiaciones. Pasó los controles de entrada y se demoró en el hall, mirando hacia la puerta. Un guardia de seguridad no le quitaba ojo y se acercó a pedirle sus credenciales: no era frecuente que la gente deambulase a esas horas por el vestíbulo. Le contó que estaba esperando a alguien, pero el gorila no pareció convencido. Como no quería llamar más la atención, optó por dirigirse hacia la cola de los ascensores. Podía subir hasta la Mediateca y preguntar por cualquiera; la única pega era que no conseguía recordar los nombres de sus antiguos compañeros. O podía improvisar una petición de inventario… Cuando le tocó su turno, entró en uno de los ascensores. Detrás de ella entraron varias personas más y, en el instante en que empezaba a cerrarse la puerta, se coló Lukas dentro de la cabina.

“O mon Bien! O mon Beau! Hourra pour l'oeuvre inouïe et pour le corps merveilleux”. En tan poco tiempo, meses solamente desde la última vez, se había hecho mayor, más cabal, los rasgos se le habían endurecido ligeramente, y se había ensanchado un poco. A Maelis se le llenaron los ojos de Su esquiva presencia, y recobró la arquitectura madurada de Su cuerpo, y entró sin pedir permiso en la alquimia de Su olor.

Él no se había dado cuenta aún. Estaba un poco pálido y tenía cara de sueño, pero seguía irradiando ese magnetismo, perceptible tal vez solo para ella, hecho de piel y volúmenes y ángulos elípticos, que lo hacía irresistible. Luego, en aquel espacio reducido en que nadie profanaba el campo de visión ajena, debió de percibir la gravidez de la mirada de Maelis y volvió la vista hacia ella. Fue como abrir un horno o prender una alcandora: ella conocía cada rincón de Su cuerpo sin

haberlo tocado nunca, había hecho con Él de todo, pero el vínculo entre ellos seguía impoluto. A pesar del incendio ella sonrió, y Él dijo:

—Hola.

Su voz parecía impropia en el silencio espeso y acolchado de cuerpos hacinados en la cabina.

Ya habían pasado la planta cárdena de la Prehistoria y la púrpura de la Edad Media, y el ascensor empezó a vaciarse. En el trasiego de gente, los dos se habían aproximado y el olor de Lukas se había ido apoderando de Maelis. En la planta opalina del Renacimiento se bajó una persona, y al dejarla pasar se rozaron sin querer y ella aprovechó para sujetarse a Él, con la excusa del empujón. Su cuerpo recién despierto desprendía un calor efímero de edredones y almohadas de plumas. Ya solo quedaban seis personas en el ascensor, y muchos pisos aún hasta la Mediateca.

Entre la planta áurea del Clasicismo y la solferina del Romanticismo, Maelis planeó lo que Le diría cuando se quedaran a solas. Le diría que, si Él quería, ella sería para Él lo que Él le pidiera, o mucho más, Su presa, Su animal de compañía, que dormiría a los pies de Su cama, que dormiría en el suelo al lado de Su cama si Él se lo pedía. Y cuando pasaron la planta gris perla del Minimalismo, pensó en decirle que Lo esperaría todo el día, todos los días, para complacerlo y dar satisfacción a sus antojos hasta que Él se cansara, y que nunca más tendría que volver a ducharse porque ella Lo lamería todo entero con sus labios y su lengua, y que se nutriría de Su néctar, que sería su único alimento, y viviría de Él y de Su saliva y de Su almíbar y de todos los humores de Su cuerpo. Le diría que podría hacer con ella lo que jamás ninguna mujer Le había dejado hacer, todo lo que a Él se Le antojara, porque era precisamente eso lo que ella anhelaba, para que nunca, más nunca, se borrara la huella que Él dejaría en ella. Le diría...

—Perdón.

El tercero en discordia que quedaba en la cabina salió del ascensor en la planta rosa chicle del Deconstructivismo. Ya estaban solos.

Maelis se volvió hacia Lukas. Llegado el momento, se había quedado sin recursos:

—¿Y qué tal, Lukas? ¿Cómo estás?

—Bien, bastante bien. ¿Y tú?

—Yo muy bien —mintiendo—. ¡Cuánto tiempo!

—Sí.

Ya faltaban solamente los pisos de las tecas: la Biblioteca, la Hemeroteca, la Discoteca y la Filmoteca, y por último llegarían a la Mediateca, fin de trayecto. No podía perder más tiempo.

—Aún no he conseguido olvidarme de ti, sabes.

—Pero para mí la situación tampoco ha cambiado. Lo siento.

Estoque. Estocada.

—Bueno, quizá haya cambiado algo, ¿no?, ahora que tu chica se buscó un entretenimiento...

—¿A qué te refieres?

—¿Ella no te ha contado?

—¿De su nuevo trabajo? Sí, claro. Ya hace tiempo de eso.

Maelis cogió aire y lo soltó.

—¿Y lo de su nuevo compañero de trabajo? ¿Lo de Max Ventura te lo ha contado?

—¿Qué pasa con Max Ventura? ¿Él no era algo tuyo?

Qué bien manejaba ya el idioma.

—Pues ahora parece que también es algo de Frontera.

—¿Qué algo?

Maelis se quedó callada. Lukas hizo una mueca de escepticismo:

—¿Qué novela has inventado ahora para mí?

—Ya no es una novela, es un videojuego, y los protagonistas son Max y Frontera —arrancó.

—Qué interesante.

No se lo tomaba en serio.

—¿Y si yo te dijera que lo he visto, que he visto ese vídeo? —lo retó ella.

—Pensaría que confundes la realidad con la ficción. Pensaría que estás mal de la cabeza. O que es un truco para conseguir lo que tú quieres.

—Pero imagina por un momento qué harías si fuera verdad lo que te estoy contando. Imagínatelo —casi suplicaba.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

—No tengo más tiempo ahora. Perdona.

Maelis lo agarró por el brazo.

—¿Nunca jamás tendrás tiempo para mí, Lukas? ¿Nunca?

Él se desasió suavemente y sonrió sin ironía:

—La respuesta a esa pregunta no la conoce nadie. Eso está solamente escrito en las estrellas.

Salió al pasillo iluminado y Maelis se quedó en la cabina. Sonaba a despedida.

—Adiós, Lukas Stern.

Él estaba allí todavía, como siempre tan desesperadamente cerca y tan inabordable.

—Adiós, Maelis Salem.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, recordó que no le había preguntado por aquel misterioso beso de carnavales. Ya de nada servía.

Durante el descenso a los infiernos pensó: adiós a mi amor imposible, a mi amante remoto. Imán. Terremoto. Se habían

consumido casi dos años desde que cayó en la trampa de su encantamiento. Y pensó en las horas, los días y las noches, que llevaba dedicándole toda su energía, el tiempo transcurrido, perdido. La destrucción de sus proyectos y la devastación de todos los recuerdos anteriores a él. Todo eso ¿para qué?, puesto que no había nunca nada escrito en las estrellas.

Pero luego pensó: *“Tempus delet urbium moenia”*, y formuló el deseo de que el tiempo destruyera también su obsesión.

IV

Después de su último naufragio en aquel ascensor, Maelis se fijó un programa inflexible de reglas y prácticas. Se había propuesto atarantarse el ánimo y en apariencia lo estaba consiguiendo. En el laboratorio de sus antiguas pasiones nocturnas ya no hervía nada, ya solo quedaban lienzos blancos en la pinacoteca de su amor, y hasta el olor a aftershave se había diluido en el aire viciado por la contaminación.

Max mientras tanto se esforzaba a su manera por penetrar en su cercado de silencio. Lo había intentado la noche de la tormenta, a la vuelta de Maelis, y lo intentó otras muchas veces; pero ella ni siquiera lo miraba. Se tapaba los ojos y los oídos con las dos manos. No quería dejarse persuadir. No quería saber nada.

Si al final compartían catre, era como dos soldados, y no se rozaban ni en sueños. Max a veces se acercaba a Maelis buscando calor, pero ella se zafaba y se quedaba al filo mismo de la cama. En realidad se moría de ganas de abrazarlo. Pero no cedería.

Él insistía en darle el parte de sus entradas y sus salidas, lenitivo y conciliador, que voy un momento a comprar esto o aquello, mira qué te he traído de Cancún, no me tires esta revista, regreso el jueves por la noche, okey hasta la vuelta, y tú pórtate bien, ¿vale?, bueno adiós. Maelis fingía no oír su monólogo y seguía, digna y cabezota, mirando al horizonte de su indiferencia afectada. Pero no perdía ocasión de tirarle puntas teatrales. Le compraba botones de camisa, y agujas e hilo, y mercromina, y vendas, de eso curiosamente sí quedaba en las farmacias, y se lo dejaba todo en su armario, al lado del videojuego infractor. Y cuando él preparó su equipaje para su siguiente turno de vuelo, ella hizo como que no sabía nada pero colocó un paquete de preservavidas sobre su bolsa de aseo. Max no se daba nunca por aludido e invariablemente se despedía de ella con un beso que ella esquivaba.

Fue por aquel tiempo cuando Maelis comenzó a urdir tretas y planes salvajes. Se empeñó en llamar a la diosa Frontera y buscó su teléfono y quiso saber dónde vivía, no para hacerle daño, jamás se atrevería, sino para odiarla de cerca, para intentar descifrar el secreto de su poder. También pensó en teñirse el pelo de negro, y hasta consiguió un frasquito de pachulí en un remoto bazar hindú, por ver si así ella también se transvestía en diosa oscura. Y aunque no lo lograba, al menos Lukas ya estaba siendo desposeído de su imperio de todos los sentidos, de su dominio sobre ella.

Una noche de junio en que ardían por los terrenos baldíos las hogueras de San Juan, desvelando el cielo con sus lenguas de fuego y sus gavillas de chiribitas, impregnando el aire de olores a resina quemada y a humo, Maelis salió taciturna y malhumorada del Centro de Recursos. Era la noche más corta del año, una noche mágica, y ella estaba sola. En las laderas de los barrancos y entre los edificios peligrosamente cercanos, se habían levantado fogatas descomunales en las que crepitaban, gimiendo y dando chasquidos, los trastos viejos y los antiguos desafectos de toda una ciudad apestada. Maelis desde el coche las contemplaba: hubiera querido arder con ellas y purificarse en aquellas piras.

Al llegar a casa, encontró sobre la mesa un paquetito plano envuelto en papel de regalo, con una flor de tela roja prendida en la cinta, y una tarjeta que ponía con letras de imprenta: “Para Maelis Salem”. Lo cogió con precaución y lo agitó, intentando descubrir su contenido, pero ni pesaba ni sonaba. Pensó en Lukas de inmediato y olfateó el paquete, pero tampoco olía a nada. La cinta se resistía y la arrancó sin deshacer el lazo. Lo que encontró no se lo esperaba.

Era un objeto ya familiar: un videojuego. Un disquito de material semiplástico, brillante, anónimo, listo para ser introducido en el aparato. No tenía ninguna indicación por fuera, ninguna etiqueta, ningún dibujo. Ningún indicio de su remitente. Esta vez pensó en Sylabus. Estaba intrigada.

Se quitó la ropa y la dejó amontonada en el suelo al lado del Teledildo. Con el aparato nuevo, en vez de aplicarse cintas de sensores y trebejos, había que ponerse un traje que se ajustaba al cuerpo como una segunda piel. Se embutió dentro y puso el aparato en marcha con la pequeña palanca hidráulica. El visor cayó sobre sus ojos, inexorable, desconectándola de la realidad, sumiéndola de nuevo en un sueño artificial.

Cuando cruzó el umbral del otro lado del mundo, se encontró en una sala de grandes dimensiones, iluminada únicamente por las luces de emergencia encima del portón de acceso. No veía su propia imagen en la pantalla, pero oía el sonido de sus pasos, los ruidos amortiguados que llegaban de la calle a través de unas vidrieras blindadas, y un persistente olor a nuevo, a madera, a cuero, a barnices, a tapices. Miró a su alrededor. Estaba en una esquina de lo que parecía ser una gran biblioteca, pero las altísimas estanterías estaban todas vacías. Había un canapé chester y dos silloncitos club de cuero granate, un quinqué bastante feo encima de un velador, y también una mesa de billar, una tumbona filipina, y un revistero sin revistas.

A medida que avanzaba a tientas, procurando no tropezar con los muebles, Maelis descubría otras salas, enormes, diáfanas, todas llenas de trastos: taburetes de bar, consolas de mármol con volutas doradas,

versátiles biombos lacados, comedores Luis XV, aparadores de la factoría Memphis, una poltrona rosada, sillones de cartón prensado como los de Frank Gehry, bancos rústicos de leñador canadiense, sillas de oficina, y miles de lámparas de techo, todas apagadas y envueltas en plástico, cabeza abajo y en fila, como una colonia de murciélagos. De una de ellas colgaba una cartulina con un precio y un nombre, "Alisson Attitude", y Maelis comprendió por fin que, quien quiera que fuese, la había transportado a un almacén de muebles. ¿Sería una publicidad para una tienda de decoración? No le apetecía nada tragarse aquel rollo, y le dio una patada al Teledildo para descargar su rabia. Pero luego recordó el papel de regalo, la flor y la tarjeta. Tenía que ser otra cosa.

Así que siguió deambulando por el enigmático escenario que alguien había inventado para que ella lo explorara, buscando alguna pista, intentando entender las reglas de ese juego extraño; pero no encontraba nada. Por fin, al fondo de una sala, llegó a una escalera y se detuvo: no sabía si debía subir o bajar, y ambas opciones le parecían dudosas. Entonces oyó un susurro de voces o de suspiros que parecían provenir de la planta alta y subió, un poco temblorosa, sujetándose a la baranda.

Era la sección de los dormitorios. El resplandor anaranjado de las luces de emergencia se reflejaba en cientos de espejos, y estos a su vez en otros cientos, en medio de un océano de camas de todos los estilos y formas, separadas unas de otras por mesillas y tocadores y butaquitas rechonchas agazapadas como ranas quietas. El rumor era ahora más audible y en la oscuridad creyó ver algo moverse entre las cortinas de un decorado que simulaba una ventana. Se acercó de puntillas para no hacer ruido y apartó la tela polvorienta con la mano. Y allí, en medio de una escena extrañamente parecida a las de sus sueños de antaño, estaba ella. Ella, o su duplicado. Y a la vez que se veía, notó de repente una tracción áspera en las muñecas, y sintió que la máquina se apoderaba de sus sentidos sin que ella pudiera hacer nada.

Se vio a sí misma sobre una cama deshecha, con el pelo revuelto, vestida solamente de cintura para arriba. Tenía las manos atadas a los barrotes del cabecero y los ojos cubiertos con una venda sucia y, a la vez que se miraba desde la ventana, sentía la ligadura de las bridas lacerándole la piel de los brazos, y el frío liso de los barrotes entre sus manos: dos Maelis Salems enamoradas de un mismo fantasma.

Y sí. Allí estaba él también, Él, ubicuo, quién si no, el veneno urticante de sus noches, el fauno inicuo. Sobre el pálido cuerpo rendido de Maelis, casi de perfil ante la ventana simulada, se inclinaba un duplicado de Lukas conforme al original, idéntico al de otros juegos, idéntico a todos los Lukas que Maelis llevaba semanas

eludiendo. Pero este, ineludible, estaba a horcajadas sobre las caderas de la Maelis virtual y, apoyándose en los codos, como un animal bebiendo, levantaba lentamente la tela que la cubría, tirando de ella con los dientes hasta descubrir sus pechos.

Eran cabalmente los pechos de Maelis, sus pechos de areolas grandes como las monedas de céntimos de euro que recordaba Max cuando se conocieron en la playa. Pero los botones dorados parecían de metal pulido y, cuando Lukas con su exquisita boca quiso morder las puntas bañadas en alguna aleación misteriosa, se oyó el repique de sus colmillos chocando con el azófar muy fino de los pezones. La inesperada coraza pareció impacientar al autómata perfecto, que se ensañó con el resto del cuerpo, como queriendo desgarrarlo. Ahora se había tumbado sobre ella, engastándola entre sus brazos y sus piernas, desordenándola por dentro y por fuera, fundiéndose con ella en el cristal líquido de la cama. Desde su escondite, espectador y paciente, la Maelis Salem de verdad sentía el peso de su cuerpo incorpóreo, mientras la Maelis Salem del juego suplicaba que no le hiciera daño.

Y sin embargo su piel reclamaba dentelladas, cuero, arañazos, látigos, porque la entrega absoluta siempre linda con la pérdida de la razón y a veces el deseo es tan excesivo que solo el dolor consigue saciarlo. El Lukas cibernético parecía saberlo, porque la hizo callar forzando la barrera de sus labios, dándole a probar la humedad sacra de su aliento.

El mundo estaba ya a punto de acabarse. Pero no. Porque una vez consumado el acto apetitoso, la transubstanciación de sus lenguas, Lukas se incorporó. “Ahora vamos a renombrar el caos”, dijo con voz acerada, “pero a ti te va a doler, mi amor”, y Maelis no reconoció sus palabras tan violentamente dulces, pues nunca antes la había llamado así, ni en sueños ni en juegos, ni mucho menos aún en la cruda realidad, aunque no le fuera dado entender aún lo que quería decirle. Él, como adivinándola, volvió a repetir con su timbre monótono: “Vamos a ponerle nombre al desorden de tu cuerpo”, y entre sus manos brilló un objeto que, de lejos, Maelis al principio no pudo identificar, y que le recordó la cuchilla de otro videojuego. Pero era una grapadora plateada.

“¿Qué vas a hacer?”, susurró ella por el micrófono. Él se volvió hacia la ventana desde donde espiaba Maelis y sonrió con una mueca de genio barrabás. Entonces, como un ilusionista, hizo el gesto de abrir un abanico y se sacó de entre los dedos unas etiquetas alargadas, iguales a las cartulinas con los precios de las lámparas. Y antes de que la doble de Maelis pudiera acudir en ayuda de su sombra amarrada a los hierros, empezó a grapar cada etiqueta sobre las respectivas secciones de su cuerpo, enunciando los nombres con los importes otorgados por su extravagancia: “¡Faringe y laringe, este frágil cuello,

80 céntimos! ¿Y por aquí qué tenemos, aquí, en la caja del pecho? ¡Ah! ¡Un pulmón por 0,00135 bitcoins, dos por 0,00232! ¡Pero hay más, señores, pasen y vean! ¡Clavícula y esternón! ¡Costillas frescas! ¡15 céntimos la unidad, pero démelas que estén tiernas! ¡Carne de mujer, veinte por ciento de descuento! Vean, señores, pasen y vean. ¡Liquidación por cambio de negocio! ¡Barato, todo barato! ¡Vísceras, horribles vísceras, 60 céntimos, por ser para usted! ¿Y aquí, qué hay por aquí? ¡¡Un corazón, señores, el primordial superórgano!! ¡0,00580 bitcoins este corazón casi nuevo! Vean que lo doy regalado, no pierdan esta ocasión tan única... ¡Atención, señores! *Rien ne va plus!*”

Nunca lo había imaginado así, inmoderado, descomunal en su ferocidad. Ella no podía defenderse, aunque tampoco hubiera querido hacerlo: por fin el héroe inmutable se había vuelto casi humano. Pero sentía un dolor candente, de fuego y de sangre, un dolor multiplicado por cada punción de la grapadora. Y aunque sabía que todo era mentira y que en cuanto ella así lo decidiera el juego terminaría, gritó de verdad en la noche poblada de hogueras, y su grito le llegó a Lukas a través del micrófono. Y gritando consiguió lo que llevaba tanto tiempo esperando: que él le ensartase al fin su espada flamígera.

Era la primera vez. En los otros videojuegos, Maelis había logrado acceder a él con paliativos y supletorios, y había tenido que remediar a solas su ansia. Pero esta vez no, esta vez irrumpía en ella, y Maelis deseó que nunca la abandonase.

Se lo dijo. Le dijo: por favor no me dejes, y él la elevó a la altura idónea y luego fue abriéndose camino a cámara lenta mientras ella le hacía sitio, y la traspasó con su vara delicuescente hasta ese límite que se convierte en capitulación. Porque ya no importaba nada, no importaba el dolor ni el miedo, ni nada de nada de nada, y Maelis perdió la noción del tiempo pronunciando el nombre deletéreo.

Poco a poco la nitidez de las percepciones fue decreciendo, como si el juego hubiera terminado. Lentamente, en una especie de fundido clásico, un desvanecido artificioso y rebuscado, la escena se fue quedando borrosa y las imágenes se disiparon. Maelis se desplomó sobre la consola y esperó, dándole tiempo a su enfebrecido corazón tasado en 150 euros.

Cuando salió del Teledildo fue como regresar de un viaje sideral. Al quitarse el traje de goma inteligente que se le pegaba como una ventosa, comprobó que las acometidas de Lukas no le habían dejado marcas. Se pasó las manos por el cuello y por el pecho, por todo el cuerpo, buscando restos de números, de letras o de grapas. Pero, a pesar del dolor lacerante, su piel seguía intacta. Le vino a la memoria una frase que había dicho, o más probablemente escrito, alguien muy sabio, no recordaba quién: *“Hay tres pasos que no dejan huella: el paso de la sombra por el muro, el paso de la serpiente por la hierba, y el paso*

del hombre por la mujer”. Ni con telemando virtual.

Seguía sin saber quién le había enviado aquel regalo, ni el motivo. Su autor no había firmado. Tampoco el obsequiante. Se le ocurría pensar en Sylabus o en Lukas, pero ninguno de los dos casos parecía probable: el primero solo movía ficha a cambio de efectivo; el segundo, a cambio solo de amor, esa inclinación maléfica, y él ya había dejado claro que no lo sentía por ella. Por cierto que todo lo demás estaba escrito en las estrellas.

Cuando Max llegó, Maelis estaba secándose el pelo, y con el zumbido del aparato no lo oyó acercarse. De repente apareció a su lado en el espejo y ella se sobresaltó, a pesar de que la emergente imagen de él, uniformado de azul, junto a la de ella, encajaba en el azogue empañado como en la composición de un cuadro.

Por un momento se quebró su máscara de displicencia fingida.

—¿Te he asustado? —se burló Max.

Pero Maelis se encogió de hombros sin contestar.

Al salir del baño, lo encontró sentado en el Teledildo, enfrascado en un juego. El aparato estaba aún humeante, apestando a pesadillas. Max parecía ajeno como siempre a esas pequeñas muertes que se vivían tan cerca de él, y no acusaba ni los terremotos ni los desprendimientos que hacían tambalearse la estructura de su cotidiano.

Maelis se sentó enfrente de la máquina y se puso a observarlo. Ahora que no la veía, podía mirarlo sin disimulo. Con los años, su cuerpo había perdido angulosidad y dureza. Había adquirido esa madurez de la carne que precede el vencimiento. Pero, en vez de parecerle menos apetecible, Maelis descubrió que ese punto de sazón le gustaba. Se descubría en él, se reconocía. Entre ellos no podía haber competencia, sino acuerdo.

Max emergió del casco y la pescó mirando.

—¿Quieres ponerte tú un rato?

Accedió a contestar que no.

—¿Ya nunca te da por jugar?

A veces. ¿Y qué? Y a él qué le importaba.

Max se sacó el traje del Teledildo, como una serpiente mudando:

—¿Y esta tarde, qué tal?

¿Qué tal qué?, contestó de mala gana.

—Pues qué va a ser, el videojuego.

¿Qué? ¿De qué videojuego hablaba?

—El que estaba sobre la mesa.

En la mesa lo que había era un paquete, desconcertada ella, tratando de desviar el tema.

—Y como el paquete ya no está, deduzco que lo has abierto —él

burlándose, como siempre.

¿Pero él cómo sabía que era un videojuego? ¿Quién lo había traído?

—Yo. ¿Te ha gustado?

Maelis se levantó y fue a la ventana. Afuera olía aún a alcrebite y a llantas quemadas. ¿Qué quería decir Max? O ella no entendía nada, o lo entendía todo demasiado. De momento prefería creerse lo primero, porque la segunda posibilidad planteaba demasiadas incógnitas. ¿Qué había dicho? ¿Que el videojuego...? Se le amontonaban las preguntas y no conseguía ordenarlas. Porque ¿de qué manera podía haber elegido Max a Lukas como su antagonista en el juego, si no sabía nada? ¿O acaso sabía algo? ¿Y qué podía saber? No tenía sentido. ¿Y de dónde habría sacado aquel disco? Era imposible. Habría necesitado fotos. ¿Cómo habría conseguido una imagen de Lukas para la clonación? Y sobre todo, ¿para qué le habría hecho él aquel regalo tan escabroso y tan raro?

Max seguía de pie junto al Teledildo, doblando el traje de látex, recogiendo los cables, esperando. Ella buscaba las palabras que le permitieran averiguar algo sin ponerse en evidencia. Empezó por la última pregunta.

¿Y a qué venía ese regalo?

Él la miraba con los ojos semicerrados, como enfocando un objetivo.

—Quería comprobar que mis sospechas eran ciertas. Y me parece que con tus reacciones me lo estás confirmando.

¿De qué sospechas hablaba? ¿Él había sospechado?

—Estabas tan cambiada, pasabas tanto de mí y de todo. No era muy complicado imaginar el motivo.

¿Pero por qué estaba aquel... aquel chico... Lukas, el chico de esa... de Frontera, en el juego?

—¿Era él, verdad?

Ella no respondía. ¿Existía alguna respuesta creíble, eficaz, prefabricada, lista para usar en casos como ese?

Max no esperó por ella:

—Me quedó claro aquella noche, ¿te acuerdas?, en el Toxic. A ti te cambió la cara, y él ni te miraba, con lo encendida que estabas. Estabas transfigurada. Yo creo que todos se dieron cuenta. Y él debía de ser el único que no te miraba. A lo mejor precisamente por eso me fijé más. ¿Y luego, recuerdas que al marcharnos te dije que me sonaba de algo? Era a ver por dónde salías tú. Por supuesto que me sonaba. Me sonaba de las fotos.

¡Las fotos! Berto el Tenso, el cambiazo. Se había olvidado de aquel jaleo. Max seguía hablando:

—Cuando el Tenso me dio aquellas fotos diciendo que eran tuyas, ¿te acuerdas?, supuse que se habían equivocado y estuve a punto de

devolverlas todas. Pero de repente tuve una corazonada y decidí quedarme con una de ellas por si acaso. Pensé que nadie se daría cuenta, y cogí una del paquete. No puedo decirte por qué lo hice. Fue porque sí. Mira, es esta —dijo, sacándola de entre las páginas del viejo diccionario inglés/danés.

Era una foto del antiguo Lukas, el Lukas de aquel sábado demoledor en que la sentenció a muerte bajo un sol de justicia, entre versos de Benedetti, sudor y lágrimas. Pero Max llegaba ya al rescate con su voz mate de rescatador de Maelis, regresándola al presente por la pura fuerza.

—Y luego la empresa decidió contratar gente nueva, y apareció Frontera en la tripulación, y en una de esas salidas nocturnas a las que tú nunca me acompañabas nos presentó a su pareja, y esa vez sí que me volví loco intentando averiguar de qué conocía yo a ese chico... Hasta que me acordé de las fotos. Al volver a casa, busqué la fotografía, y vi que era él.

—¿Y qué pensaste entonces? —preguntó Maelis. ¿Qué podía decir que no sonara a subterfugio?

—Aún no terminaba de creerme la coincidencia, aún pensaba que era eso, una casualidad. Fue la noche del Toxic cuando se aclaró el misterio. Tú te pusiste tan nerviosa, el tipo aquel haciéndose el distraído... Y además recuerdo cuando tú dijiste que era un compañero tuyo. Ahí me di cuenta de que todo encajaba.

Maelis se tapó la cara con las manos, de espaldas a Max, vuelta hacia la ventana. Tenía que acostumbrarse a lo que acababa de escuchar. En medio de sus pensamientos surgió uno, más amenazante que los otros: Max creía que ella... Era urgente explicarle que no había entendido nada.

—Max, ya sé lo que estás pensando, pero no es lo que tú te figuras. Yo no he tenido nada que ver con ese chico, no ha habido nada real, te lo aseguro, ha sido todo...

—Puede ser, no lo niego, pero en el fondo ¿qué importancia tiene? Lo cierto es que ganas no te habrán faltado, ¿no? El punto no está tan mal, supongo que a las mujeres les gustan así, crujientes, recién hechitos, con cara de no haber roto un plato. Si yo eso lo entiendo, lo entiendo muy bien. Yo soy de carne y hueso, igual que tú. ¿O qué te pensabas, que yo era un ángel? Nunca hemos pretendido serlo ninguno de los dos. Todos soñamos, hasta el moribundo en su lecho de muerte sueña con curarse… Por eso luego no pude comprender tu reacción, cuando el videojuego de Frontera. Fue una reacción excesiva, sobre todo sabiendo lo que yo ya sabía de ti, o lo que me suponía. Y tan desatinado yo creo que no estaba, ¿a que no? ¿A que no? —repitió.— Por eso te preparé el maldito juego de esta tarde. Para poner las cosas en su maldito sitio.

Había levantado la voz. Como para hacerse perdonar se acercó un poco a ella. Ella apoyó la frente contra el cristal de esa ventana desde la que había visto transcurrir su amor latebroso y cerró los ojos: Max había vivido tanto tiempo con sus conjeturas, sin dejar traslucir nada, ligero como siempre, aguantando sus jaquecas y sus impertinencias...

Estaba al lado de ella ahora, y ella se volvió y lo abrazó:

—¿Quieres que te cuente por qué...?

—¡No! No me cuentes nada, te lo pido. No quiero tener que devolverte el favor, entre otras cosas —dijo Max soltándose de su blanda atadura.

—¿Entonces tú sí...? —balbució ella.

Pero Max la zarandeó un poco:

—¿No estoy aquí contigo?

Sí estaba.

—¿Te gustaría ponerle precio a mi lengua? —le preguntó Maelis.

Mientras se besaban brevemente, disimulando, para que no se notaran las ganas, alimentándose a distancia de todo lo que habían perdido, Maelis recordó algo que había dicho Lukas en el videojuego: “Esto te va a doler mi amor”, le dijo. Ahora sabía que no era él quien hablaba. Era Max, era su deseo de prevenirla, de protegerla, eran sus palabras en boca de Lukas. Por eso la habían desconcertado.

Su abrazo era como una vuelta a casa. No hacían ninguna falta demostraciones de nada, porque todo era lo de siempre, ajeno pero propio, sin alardes. Era como iniciar una limpieza de primavera en el desván del corazón, cuando todo por dentro estaba aún por ordenar, como un armario.

A la noche, viendo pasar desde la cama unas nubes rojas y algún helicóptero, por ese cielo desvelado desde que el mundo se había vuelto hostil, Maelis recordó el regalo de Max y quiso saber por qué había elegido aquel escenario y aquel guión tan extraños. Bueno, al parecer todo había sido idea del realizador, le dijo él. Ah, dijo Maelis bostezando, ¿y dónde le habían montado el videojuego? Era una historia muy larga, le contó Max apagando la luz y retomando posesión de las viejas posturas. Pues es que resultaba que el Tenso ya no trabajaba en ese ramo, por falta de material, y encima le advirtió que no sería nada fácil encontrar un laboratorio donde le hicieran los originales, pero luego preguntando por ahí le habían contado de un especialista, un tipo raro, un poco siniestro, que al principio solamente hablaba de tarifas, y ya entre sueños Maelis creyó oírle nombrar a un tal Sylabus. ¿O se lo imaginó?

V

“Seguramente lo único que importa es averiguar cuáles son nuestros deseos profundos, nuestras prioridades. Lo único importante, pero también lo más difícil: discernir entre las costumbres y la inclinación, entre las pulsiones y la autoindulgencia, los apetitos y las intuiciones, la competitividad, los ciclos, entre todo eso, averiguar qué nos es vital. Corre una cierta prisa: nadie ha logrado nunca rebobinar su vida, cada segundo que pasa lo hace sin retorno y nada tiene vuelta atrás. Por eso ahora urge registrar los pilares y las vigas, los muros de carga del alma que a uno lo habita y lo sustenta. ¿Y cuál será el alimento esencial de esa estructura? ¿Será vivir el momento o será trascenderlo? ¿Y qué importancia tienen los dictados sociales, si incluso en el mismo instante en que me abstengo de besar unos labios ajenos que no me han sido debidamente presentados, o que no me corresponden ni por jerarquía ni por edad ni por sexo, en ese mismo instante hay alguien en algún lugar agonizando, repasando tal vez su trayectoria de labios que no se atrevió a besar, ahora que ya no podrá hacerlo?

Por eso sal de mí, libérame, pues no he accedido a traspasar la línea infranqueable de tu cordura, ni tengo acceso a tu carne inefable, ni a tu piel vetada, ni a tus muslos terriblemente obscenos ni a la obscenidad terrible de tu altivez. Se incendian los escaques en la franja que divorcia mi apremio de todos tus enroques, el alma se revuelca en la feroz impotencia. Ni una sola de mis semillas ha germinado en el jardín enrejado de tu sobria fidelidad, mis trigos no han merecido ni una sola de tus pajas en la topiaria vallada de tu indiferencia. Y a medida que el tiempo transcurre y mis anhelos se vuelven selectivos, mi ansia crece y se desborda, desnuda de esperanza y expuesta al sol y al viento de secano, aunque nunca resignada.

Pero ya es necesario restañar mis derrotas. Sal ahora de mí y libérame para siempre.”

VI

El Centro de Recursos bullía en el calor inexplicable de la primera semana de diciembre. Se había averiado el aire acondicionado y el servicio de mantenimiento ya no tenía repuestos de ese modelo. Por los filtros ópticos que habían instalado en las ventanas entraba una luz cegadora, y los más aprensivos llevaban gafas de sol dentro del edificio. Olía a tubos de escape y a gases fétidos y a pereza canicular y a desidia.

Maelis se había atado un pañuelo de algodón sobre la frente para que el sudor no le cayera en los ojos, y se había desabrochado la camisa. En la mesa de al lado, Mª Lancia se aflojó el cinturón y se sacó el sujetador sin quitarse la camiseta; se había rapado el pelo al cero para no tener que lavárselo, porque ya habían empezado las restricciones de agua. Liuba hablaba por radio con un novio: discutían acerca de un cierto "Master en Erección", muy reputado por su Taller de Caricias en lenguaje máquina. Ya nadie se extrañaba de tales licencias y todos las practicaban a diario. El "Supremo" se había vuelto tolerante, decían. Corrían rumores de males incurables, se vivía en un ambiente de guerra en el frente, de cataclismo, un ambiente irreal y permisivo.

De la mesa de al lado, Mª Lancia le hizo señas a Maelis:

—Una llamada para ti.

Maelis cogió el aparato sin soltar el listado que estaba repasando:

—¿Quién es?

—¿Maelis Salem?

—Sí.

—Hola. Soy Van Der.

(¿Wonder?)

—¿Quién?

—Van der Brandeler, ¿te acuerdas de mí?

(¿Wonderbra qué? No le sonaba de nada.)

—Sí, sí, claro.

—¿No te acuerdas? El intercambio de fotos...

—¡Ah sí! Claro que me acuerdo. ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal, cómo estás?

—Bien, bien. ¿Y tú?

—Pues mira, aquí, sobreviviendo. ¿Y tú, qué te cuentas?

(¿Qué querría?)

—Pues nada, que quería pedirte un favor.

(Pues vaya.)

—A ver, dime.

—Pues es que… —no arrancaba—. ¿No te interrumpo en tu trabajo, no?

—No, no, tranquilo.

—Es que… es que resulta que desde que te vi una noche de carnaval por fuera del Domo…

¡E-l b-e-s-o! ¡La caja de los truenos! Todos los recuerdos desatados de golpe, corriendo como locos por el despacho, levantando nubes de polvo, desordenando papeles, tirando las sillas, haciendo juegos de ilusionismo por las esquinas. Recuerdos cargados de recuerdos, gastados, raídos, desfondados: "¿Y si en el mismo instante en que me abstengo de besar unos labios ajenos que no me han sido debidamente presentados o que no me corresponden ni por jerarquía ni por edad ni por sexo…"

—¡Fuiste tú! ¿Fuiste tú, el del beso?

"…en ese mismo instante hay alguien agonizando, repasando su trayectoria de labios que no se atrevió a besar, ahora que ya no podrá hacerlo?"

Hubo un silencio, y luego Van Der, tosiendo un poco:

—Sí, es que… espero que no te molestara, pero… bueno, es que estabas espectacular, y yo bastante borracho…

Decepción, descalabro, despecho: aquel no había sido el beso anhelado de su amante remoto. No, ella no había conseguido traspasar la línea infranqueable de Su cordura, ni había tenido acceso a Su carne inefable, ni a Su piel vetada, ni a Sus muslos terriblemente obscenos, ni a la obscenidad terrible de Su altivez. Ni una sola semilla había germinado en el jardín enrejado de Su sobria fidelidad.

Pero Maelis pulsó enseguida la tecla *delete* en su corazón amaestrado. Había pasado casi un año desde aquel carnaval aciago. Habían pasado nueve meses desde su capitulación en el ascensor vacío. Vertió agua en un vaso de cartón y lo alzó en un brindis: esa por Lukas. Por Él.

—Pues tú besas muy bien.

Se rieron. De nuevo un silencio. Y Van Der:

—Bueno, ¿qué? ¿Te cuento mi rollo? —ella no decía nada—. Pues es que resulta que por fin me he matriculado en la Facultad de Imagen, y para la prueba de acceso hay que escribir una historia, bueno, es más bien como un guión, sabes, y se me ocurrió inspirarme en ti para uno de los personajes…

—…Y he pensado en ti para uno de los personajes.

La voz de Maelis se había superpuesto a la de Van Der. Él se quedó callado unos segundos y luego empezó a reírse:

—¿Cómo lo sabías? No, en serio, ¿cómo lo has sabido?

—Es un fenómeno de *déjà-vu*.

Él no captaba la ironía. ¿Cómo iba a captarla?

—¿Entonces, qué? ¿Quieres?

Sí. Sí quería. ¿Mañana? ¿O ahora? Mejor ahora. Ya mismo. Antes de que ocurriera nada. Antes del fin de. Antes del fin del mundo.

Agradecimientos

Quien escribe nunca escribe solo. Escribe nutrido por años de lecturas, primero cuentos y más tarde cómics y novelas y poemas, y libros de texto y artículos de periódico y diccionarios; años de ver películas y escuchar conciertos, años de encuentros y desencuentros, de conversaciones y discusiones, de visitas a museos, de viajes con y sin retorno... A todos aquellos que me han alimentado a lo largo del tiempo quiero darles las gracias.

También quiero darles las gracias a los lectores, a los que me leen o leerán o han leído, porque sin ellos el solitario oficio de escritor sería mucho más yermo.

Pero sobre todo quiero darles las gracias a Rosana Ara, por cederme una obra suya para la portada de esta novela, a Verónica Fernández Martín por prestarme unos versos, y a Ruth Martín Durango y Pablo Martín Carbajal por sus sabios consejos.



Biografía

Ana Criado es profesora y escritora.

Se ha ganado la vida dando clases de francés en una Escuela Oficial de Idiomas de Tenerife. Durante varios años, por motivos familiares, residió en diferentes países: Siria, Mauritania, Canadá, Dinamarca y Alemania, hasta que comenzó la carrera de Filología Francesa en la Universidad Complutense de Madrid. Al terminar sus estudios se trasladó a Tenerife, donde vive desde entonces.

En 1997 quedó finalista de un Premio de cuentos con *“Un relevo irrelevante”*. Al año siguiente obtuvo el Primer Premio de cuentos de CajaCanarias por el relato *“Con la zeta de fuerza”*. En 2000 resultó ganadora del VI Premio de cuentos Ateneo de La Laguna por el conjunto de relatos titulado *“El ruido de las miradas”*, publicado en 2001 por la editorial Lengua de Trapo de Madrid. Esta última obra quedó finalista del Premio Tigre Juan en 2001.

Fue colaboradora habitual del periódico La Opinión de Tenerife entre 2000 y 2007, con una columna semanal. En 2007, ediciones Idea publicó un volumen recopilatorio de dichas columnas, con el título *"Pan de Leña"*. En 2009, también ediciones Idea le publicó en su colección Narrativas un conjunto de relatos titulado *“El imitador hermético y otros des(EN)cuentos”*.

ÍNDICE